La vuelta del halcón
Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EL JINETE SOLITARIO

El jinete se precipitó por la ladera a una marcha terrible. La cuesta era muy inclinada y pedregosa, y un tropiezo en el descenso suponía un peligro mortal. El jinete, sin embargo, no parecía darse cuenta de lo arriesgado de la aventura, y, como si hubiese avanzado por terreno llano, espoleaba a la cabalgadura, que bajaba verticalmente, tan desdeñosa de las leyes del equilibrio como el jinete.

La noche estaba en plena cerrazón. Las nubes obscurecían la luna, y aquel jinete de las praderas, lúgubre y espectral se amparaba agradecido en las tinieblas.

Al pie de la colina, tiró de las riendas y se detuvo ante un matorral. Allí se puso a escuchar. En su rostro, enjuto y demacrado se dibujaba una fría e inexpresiva sonrisa y los únicos sonidos perceptibles eran las misteriosas armonías de la soledad. Un jaguar lanzó un rugido. En la dirección del desierto aullaban los coyotes. Sus fieros hermanos, los lobos, ululaban horrisonamente a lo lejos, en la montaña del desierto.

El jinete prosiguió su camino y a lo largo de una vereda. El tiempo había sido seco, y el polvo cubría los cascos del caballo apagando el ruido de la marcha y flotando en remolinos a su espalda.

La vereda ascendía gradualmente y aparecía cada vez más pedregosa. El chocar de las herraduras del animal turbaba el silencio de la noche.

El jinete frunció el entrecejo y torció las riendas de su caballo para llevarlo hacia el campo raso. La mayor blandura del suelo en aquel paraje apagaba en cierto modo el rítmico galopar del caballo, hasta convertirlo en un sonido que recordaba el de un trueno intermitente y apagado.

Esto era precisamente lo que el jinete buscaba, pues en todo momento le asaltaba el temor de que alguien pudiera haber oído el caballo y sospechar su presencia. Era indispensable que llegase a la población montañesa de Summit sin ser visto por nadie. El ser descubierto significaba la muerte para él... también para otros.

El caballo aminoró ligeramente la marcha al cruzar un chaparral denso y espinoso, en que las piernas cambroneras llegaban hasta los estribos. El jinete se protegía las piernas con sus zahones, pero ello no impedía que de vez en cuando alguna zarza más alta que las demás le hiriese en el rostro.

Un rasguño más o menos no parecía tener gran importancia para un hombre que dentro de unos minutos caería, probablemente, acribillado a balazos.

La aventura en que se hallaba empeñado era realmente desesperada, pero merecía la pena de arriesgar la vida, pues en ella se ventilaba toda una fortuna en oro; miles de dólares, para pagar los jornales de vaqueros, mineros y leñadores.

El factor tiempo era el que más significaba en la empresa. Un minuto más o unos segundos, tal vez, podía representar su fortuna y su liberación o su muerte.

El aventurero hizo saltar al caballo sobre una quebrada que se abría en la ruta, el animal la salvó ágil y denodadamente y siguió su marcha, como impulsado por unas alas misteriosas. Al fin, penetró en un desfiladero. Por aquellos gigantescos murallones de roca, chorreaba el agua de infinidad de corrientes que se filtraban por el terreno y que comunicaban al aire su humedad.

El caballo y el jinete descendieron luego por una hondonada y llegaron a un pinar. La luna acechó al misterioso jinete por el borde de una nube, pero sólo por unos instantes. Los rayos

del astro de la noche sorprendieron al caballero y a su cabalgadura, haciéndoles aparecer en el fondo de la noche como un centauro.
Un poco más abajo, desparramada por la ladera, aparecía la población de Summit, que al rielar de la luna, se presentaba a la imaginación como una encantada ciudad de elfos o de gnomos.
Unas cuantas farolas callejeras brillaban débilmente a través de un velo de neblina. La mayor parte de las casas estaban sumidas en la oscuridad, y todos los edificios, en aquella incipiente Calle Mayor de la población, estaban envueltos aún en el negro capuz de la noche. Hasta los cafés habían apagado las luces.
Hacia la mitad de la calle hallábase un pequeño edificio cuadrado. Dos cortaduras que se veían a uno y a otro lado de la casa eran otros tantos callejones que le separaban de las inmediatas.
Aquel edificio, bajo y cuadrado, era el Banco de los ganaderos, donde la muerte acechaba aquella noche. El jinete llevó su caballo por la ladera de la colina y tiró de las riendas para aflojar el paso al llegar a la entrada de la población.
A buena distancia, y hacia el norte del primer edificio que aparecía iluminado, describió en su marcha un amplio circulo hasta llegar a un pasadizo en la parte trasera del Banco. Allí desmontó y ató su caballo en las tinieblas y junto a una ruinosa pared de adobes.
La noche había alcanzado su máxima calma. La misteriosa y solitaria figura avanzó sigilosamente a través del pasadizo y llegó a la puerta de atrás del Banco.
La población de Summit tenía un sereno, el nocturno visitante lo sabía, pero toda la vigilancia nocturna de Summit la constituía un sujeto viejo y decrépito, y además, el pueblo no había sido víctima de salteadores ni atracadores. El misterioso merodeador se sentía, pues, amparado en su aventura por el hecho de que el sereno de Summit estaba en aquellos momentos descabezando un sueño o fumando en pipa en algún rincón.
En la parte alta del pasadizo se oyeron de pronto unas suaves pisadas de animal. Los nervios del merodeador pusierónse en tensión, e instintivamente llevó la mano a la culata de su revólver, aunque sin sacarlo de la funda. Aquel rápido movimiento de la mano revelaba, sin embargo, que no se trataba de ningún novato en aquellas lides. Las pupilas, se le percibían escasamente, a través de los entornados párpados.
De pronto, se repuso de la emoción y no pudo menos de reírse. Toda aquella alarma la había causado un individuo motado en un burro, que usaba aquel callejón, para atajar en el camino: un buscador de oro que se adelantaba a la aurora para poder llegar al desierto antes de que le sorprendiera en el camino el sol ardiente de Arizona.

Lo silencioso de las pisadas de la cabalgadura lo explicó pronto cuando percibió que el buscador de oro cabalgaba sobre un burro mejicano, probablemente sin herrar.

No había nada que temer, pues, por aquel lado.

El desconocido al llegar a la puerta de atrás del Banco, sacó un pedazo de alambre gancho, y luego, lo metió en el ojo de la cerradura. Moviendo el alambre, primero en una dirección y luego en otra, fue observando cuidadosamente los choques.

Varías veces sacó el alambre y lo dobló de manera diferente, para meterlo de nuevo en la cerradura. Al fin oyó el chasquido que esperaba. Hizo girar el pomo de la puerta y entró en el Banco.

Dentro no había ninguna luz, pero a unas cuantas yardas del Banco, una farola brillaba sobre su fachada y dejaba penetrar la luminosidad en el interior del edificio.

El Banco de Ganaderos, de Summit, era una institución pequeña y montada a la antigua. No había más que una ventanilla y una sola mesa donde escribían los depositantes.

Un rayo de luz difusa incidía sobre la combinación de la caja de caudales, detrás de la ventanilla. La caja era de construcción tan antigua, que resultaba ridículo forzarla con herramientas modernas.

El solitario visitante cerró la puesta del Banco y se dirigió hacia la caja. Antes de llegar a ella, dio media vuelta y se acurrucó al oír unas voces que hasta él llegaron de pronto.

No cabía duda de que alguien se acercaba al pasadizo detrás del Banco.

Transcurrió un minuto. Oyóse luego el ruido apagado de pasos que avanzaban furtivamente por la parte de afuera. El individuo en el interior del Banco escuchó de nuevo cuidadosamente y calculó que en el grupo habría cinco o seis personas. Hasta él llegaron algunas palabras.

-Muy bien. Vigilad aquel callejón mientras Jim abre la puerta.

El individuo en el interior del Banco reconoció la voz. Los ojos le destellaban de emoción. Al escucharla de nuevo sonrió:

-No diréis que os he engañado. Este es el Banco más fácil que hay en todo Arizona.

-Si lo que dices es verdad -profirió una voz-, yo me comprometo a abrir esa caja con un abrelatas.

-No nos va a costar ningún trabajo -dijo el que había hablado primeramente-. Y dentro hay mucho dinero, Jim. Este será tu último trabajo. Después de esto te puedes retirar con lo que te toque.

El hombre de dentro del Banco marchó de puntillas a guarecerse detrás del tabique de la caja. Las manos las tenía apoyadas en las culatas de sus Colts. Oíase a uno de aquellos intrusos -indudablemente, Jim,- emplear una palanqueta para abrir la puerta.

Al fin se oyó el crujido de la madera al quebrarse.

La puerta se abrió violentamente. El solitario personaje, detrás del tabique, pude distinguir hasta seis figuras que avanzaban aceleradamente. Esperó un momento hasta que logró divisar la silueta de todos ellos en la medía luz entre la caja y la ventana lateral. En este momento, apuntó simultáneamente con sus dos 45.

-¡Manos arriba! -exclamó con voz estentórea.

Los ladrones se quedaron rígidos y aunque no podía distinguírseles la cara, sus posturas denotaban asombro e indecisión. Dos de ellos levantaron las manos. Los otros cuatro, por el contrario, empuñaron sus revólveres.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El estrépito en el interior del Banco era ensordecedor. Uno de los asaltantes enloqueció de pánico, al darse cuenta que con toda probabilidad la población, en masa, caería sobre ellos. El bandido sin pensarlo más salió corriendo como alma que lleva el diablo. El revólver del individuo que se hallaba detrás del tabique seguía disparando. De pronto, oyóse un lamento agónico y el ruido de un cuerpo pesado al caer sobre el suelo.

Dos de los bandoleros, los que habían levantado las manos, giraron sobre sus talones y echaron a correr hacia el callejón. Sin embargo, otros dos continuaban allí, o tres, para hablar con más precisión, pues uno de ellos estaba tendido en el suelo. Esos dos habían volcado la mesa, despidiendo al hacerlo una lluvia de papeles, además de los tinteros y las plumas, que rebotaban por el suelo en todas direcciones.

La mesa era de nogal y ofrecía una buena protección contra el plomo que vomitaban los revólveres del solitario personaje, allí parapetado.

Uno de los bandidos mantenía el fuego incesantemente. Este parecía ser el jefe de la partida. En uno de los momentos en que cesó de disparar para cargar el arma, se volvió airadamente contra los dos fugitivos diciéndoles:

-¡Aquí otra vez, compañeros! ¡No os vayáis! ¡No tengáis miedo! ¡Sólo hay un hombre y podemos con él!

Inmediatamente renovó el duelo. Él y su colega estaban mejor parapetados que los demás. La luz no era buena, pero los tiros iban acercándose al blanco cada vez más. Uno de los

proyectiles dio en la manga al individuo que se ocultaba cerca de la ventanilla; otro le perforó el sombrero Stetson con que cubría su cabeza.

Pero el fuego del rival era incesante. Dos de los fugitivos penetraron por la puerta, pero tan sólo uno de ellos logró colocarse detrás de la mesa que estaba volcada. El otro dejó escapar un lamento de dolor y de rabia. El revólver le cayó al suelo. Había sido alcanzado por un proyectil en el brazo, y una vez más se retiró hacia la calle.

Los bandidos, sin embrago, tenían la ventaja de ser tres contra uno. Las armas al disparar producían el efecto de luciérnagas en la oscuridad, y las balas rebotaban contra la malla de la ventanilla y contra la pared del banco. El solitario seguía descargando su revólver, sin dar tregua a sus rivales. Uno de los disparos se vio recompensado con un alarido de dolor.

-¡Lo mejor que puedes hacer es tirar ese revólver, Bristow el "Halcón"! -ordenó autoritariamente-. Elige una u otra cosa; la cárcel o Boot Hill[1].

El jefe de la banda lanzó una exclamación de sorpresa, al reconocer al personaje que así le hablaba. Su revólver, siempre humeante, dejó escapar un disparo más contra la malla de la ventanilla. Inmediatamente, se precipitó hacia la puerta y desapareció por ella.

Los otros bandidos se sintieron desfallecer, al observar que su jefe los abandonaba y huía. Los dos: uno con una herida leve y el otro con un rasguño en el hombro, imitaron a su jefe y salieron precipitadamente a la calle.

Allí se detuvieron un momento para soltar una descarga a su enemigo, que había dejado su parapeto para continuar la batalla a campo abierto, los fugitivos saltaron sobre sus caballos.

A toda prisa, el solitario cargó sus armas, en el momento en que a se oía galopar de los caballos en la huida. Un rayo de la farola cubrió a uno de los fugitivos.

El rostro del solitario se inundó de solemnidad al reconocerlo, y hubiera podido fácilmente herirlo en la espalda, pero había formado el propósito de agarrarlo con vida, aunque fuera al precio de dejar escapar a los demás. Así, se dirigió a toda prisa hacia el callejón en que había dejado su caballo.

De pronto se detuvo medio paralizado. Un hombre yacía en el polvo de la calle. El solitario se inclinó sobre él. El caído lo miró con ojos vidriosos.

-¡Me han herido! -murmuró con voz entrecortada. El herido se revolcaba en el suelo y lanzaba lastimeros quejidos.

El solitario lo levantó del suelo y lo llevó hacia la puerta del Banco.

Los ciudadanos de Summit empezaban ya a dar señales de vida. En las ventanas comenzaban a verse luces, y las gentes salían a la calle lanzando gritos, percibiéndose el ruido de fuertes pisadas en las aceras hechas de planchas de pino.

El solitario se desprendió de su carga junto a una farola. El herido lo miró con ojos apagados. De pronto pareció revivir en ellos la luz.

-¡Por todos los santos del cielo! -exclamó.-¡"Pistol" Pete Rice! ¿Es que ese golpe en la cabeza me ha vuelto loco o eres realmente tú, Pete?

CAPÍTULO II
PETE SE LLEVA UN SUSTO

El *sheriff* "Pistol" Pete Rice, que había impedido el robo del Banco de Summit, dirigió la vista hacia el ensangrentado rostro del herido.

-¡Sam Hollins! -exclamó.-¿Cómo es que estás aquí tan lejos de tu casa?

[1] Boot Hill (colina de la Bota), donde está el cementerio de la Quebrada del Buitre.

-Es que me iba hacia casa, cuando oí unos tiros...

Sam Hollins lanzó un nuevo quejido y perdió el conocimiento. Pete observó que tenía un chichón del tamaño de un huevo en la nuca. Esta mostraba una herida de alarmante tamaño y junto a ella el pelo estaba empapado con la sangre que manaba de la herida. Hollins estaba mal herido y necesitaba atención médica inmediatamente.

Pete levantó aquellas doscientas libras de humanidad, y, se dirigió hacia el sitio en que estaba su caballo. Pete Rice contempló desconsolado a los bandidos que huían. Sin embargo, guiado por sus piadosos sentimientos, no pensó más que en salvar al herido.

De momento, le intrigaba también el hecho de que Sam Hollins estuviera en aquel lugar. ¿Qué motivo podría tener Sam para encontrarse en aquel sitio y en hora tan intempestivas?

Sam Hollins y Pete Rice eran antiguos amigos. Sam era un comerciante bien reputado, dueño de una tienda de granos en la Quebrada del Buitre, situada cerca del despacho oficial del *sheriff*.

¡Bang!

Una bala pasó silbando junta a Pete Rice, y le hizo apartar sus pensamientos de su piadosa misión.

¡Bang! ¡Bang!

Dos tiros más siguieron en rápida sucesión. Uno de ellos dio en la ventana del Banco de los Ganaderos. Al sonido del disparo, siguió el estrépito del cristal de la ventana que caía hecho añicos. Pete Rice había llegado ya cerca de donde estaba el caballo de Sam. Otra bala cruzó el aire silbando junto al animal. Este se espantó momentáneamente, pero como estaba muy fogueado se calmó enseguida.

Pete Rice depositó al herido sobre la acera, y empuñando tranquilamente sus dos revólveres se colocó rodilla en tierra.

Por un momento pensó que tal vez los bandidos volvían al Banco. Mas pronto distinguió entre las sombras a cuatro individuos que se movían en zig-zag, y que con variadas intermitencias aparecían y desaparecían detrás de los portales, disparando contra él. Era la vanguardia de los vecinos de Summit que se habían despertado con el tiroteo.

Pete Rice dejó los revólveres en el suelo, y haciendo bocina con las manos gritó:

-¡No tirar, compañeros, que soy el *sheriff* Pete Rice!

Dos disparos de un par de 45 ahogaron el eco de su nombre, y una bala le dio de refilón en la bota del pie derecho. Pete Rice trataba de defender con su musculoso cuerpo, al herido que estaba tendido en la acera.

Una vez más su nombre resonó en el aire, para darse a conocer a los que contra él disparaban; pero sus palabras se ahogaron en el ruido de una nueva descarga. Aquellos cuatro individuos, que se iban acercando a él con gran derroche de valor, aunque no de inteligencia, disparaban sin cesar.

El tiroteo del Banco les había robado el reposo, y con un humor de mil diablos disparaban sus armas sin tregua. En el misérrimo alumbrado de la calle, habían descubierto tal vez a Hollins, tendido sobre la acera, y esto le hizo creer que Pete Rice era uno de sus compañeros.

Las tinieblas de la noche, que en cierto modo le favorecían, eran al mismo tiempo un peligro para Pete Rice. Las balas no daban en el blanco, pero iban acercándose cada vez más, y una de ellas le había desmochado el frunce de los zahones de *cowboy* y pasado a cortísima distancia de Sam Hollins, que seguía tendido en la acera.

Pete volvió a gritar:

-¡No tiréis más! ¡Soy Pete Rice, de la Quebrada del Buitre! ¡No seáis brutos!

El individuo que iba en vanguardia acababa de cargar su revólver y apuntaba ya deliberadamente a la figura que se le ofrecía delante, rodilla en tierra. De pronto, pareció reconocer en el sonido el nombre de Pete Rice, y volviéndose hacia sus compañeros, gritó con voz atronadora:

-¡Alto el fuego! ¡Hemos disparado contra el *sheriff*!
Pero no todos parecían dispuestos a obedecer la indicación. Uno de los que habían disparado: un individuo alto, membrudo, de fiero aspecto y con un bigote en forma de herradura, avanzó hacia Pete, aunque uno de sus compañeros trató de detenerlo, y cruzando la calle de un salto, largó una rociada de plomo contra el *sheriff*.
Pete pudo sólo escapar a los proyectiles, saltando como un gamo sobre la acera.
-¡Aguanten a ese loco! -gritó el *sheriff*-. ¡Soy Pete Rice!

El individuo del feroz mostacho continuó disparando. Pete cogió a Sam Hollins y lo llevó a rastras al otro lado de la acera que se levantaba sobre el suelo. Una bala pasó de refilón junto a la cabeza del herido y se llevó un pedazo de madera del canto de la acera.
El individuo parecía como enloquecido en el furor de su solitaria ofensiva, pero sus compañeros no cesaban de gritarle que no disparase más. Nadie, sin embargo, se atrevía a salirle al paso y cruzar la línea de fuego.
-¡Métase en el callejón, *sheriff*! -gritó uno de los vecinos de Summit-. Este es Sorenson, que no lo oye. ¡Corra y métase en el callejón!
Pete midió mentalmente la distancia y pensó que podría ponerse a salvo, pero no podía escapar, sin llevarse al mismo tiempo a Sam Hollins, si quería evitar que Sorenson se acercase y acabara con el herido.
Pete podía derribar de un tiro a su perseguidor, pero ni siquiera le asaltó la idea de hacerlo, pues Sorenson era un valiente que creía que, al disparar sobre Pete, lo hacía en cumplimiento de un deber.
El *sheriff* se refugió detrás del caballo de Sam, como último recurso. El gigantesco Sorenson suspendió el fuego, sin duda porque no quería herir o matar al caballo. Esos segundos de indecisión fueron los bastantes para que Pete Rice concibiera y realizara su plan. Cogiendo el lazo que colgaba de la silla, se adelantó tres o cuatro pasos, de manera que el caballo no corriera peligro de ser alcanzado por una bala.
Los disparos de Sorenson habían sido un poco altos, y Pete Rice que conocía la balística como nadie, sabía que en muchos casos hay que hacer varios disparos para corregir el defecto en la puntería. De este modo, avanzó seguro de que el próximo disparo sería también un poco alto.
Y así resultó, en efecto. En un momento, la cuerda describió vertiginosos círculos sobre la cabeza de *sheriff*. La maniobra no era difícil para un hombre como Pete que había nacido, puede decirse, con un lazo en la mano. La cuerda se cayó en los hombros de Sorenson, sorprendiéndole en el momento en que apretaba el gatillo. El tiro dio en el suelo. Pete tiró de la cuerda y el hombre cayó pesadamente.
El *sheriff* dirigió una mirada de lástima a su prisionero y le quitó el humeante 45 que llevaba en la mano.
-¿Estás loco, hombre? -exclamó Pete, imprimiendo al vocablo "Hombre" ese tono de suprema masculinidad con que se emplea en el Oeste-. ¿Te has empeñado en matarme? ¿No entiendes inglés?
Los tres compañeros de Sorenson se le acercaron. Unos momentos después había allí un corro de una docena de vecinos.
-Es que no le ha oído a usted, *sheriff* -explicó uno de ellos-. Sorenson es sordomudo.
Uno de los del grupo, un individuo alto, delgado y con pelo color estopa, se acercó a Sorenson Y empezó a hablarle con las manos. A los primeros ademanes, los ojos del sordomudo parecían saltarle de las órbitas. Aterrorizado, clavó la mirada en la estrella distintiva del cargo del *sheriff* y empezó a hacer signos con las manos al individuo de pelo estopeño que servía de intérprete. Este se volvió hacia Pete.

-El viejo dice que lo siente mucho, *sheriff*. Él sabe que usted pudo matarle sí hubiera querido. Pero tenía todos sus ahorros en el Banco de los Ganaderos y pensó que usted era uno de los bandidos. El viejo le está muy agradecido.
-Dile que está bien -contestó Pete-. Y, a propósito, mira si le puedes conseguir un médico a éste. Lo más pronto posible. Lleva en la cabeza un chichón, de órdago. Vamos a ver si lo podemos levantar y que lo examine el doctor.
El muchacho asintió y salió corriendo calle abajo. La multitud crecía por momentos y se agolpaba en torno de Pete Rice.
-*Sheriff*, usted siempre tan oportuno. Ha llegado en el momento en que era necesario -exclamó uno de los circunstantes-. ¿Se han llevado los ladrones algún dinero del Banco?
-Absolutamente nada -aseguró Pete, aunque sin aclarar el motivo de que en aquella hora él se encontrase en Summit-. No os pongáis todos en corro. Apartaos un poco que el pobre hombre está gravemente herido.
-¡Qué más da -dijo uno del grupo-, si es uno de los ladrones!
-¡Tiene tanta culpa como puedas tenerla tú -contestó Pete-. Este es un honrado comerciante de la Quebrada del Buitre, que pasaba por el Banco en aquel momento y trató de defender vuestro dinero. Por eso está ahí tendido. ¡Y ahora, no empujéis más, muchachos!
A pesar de la recomendación del *sheriff*, la gente seguía apretujándose en torno de Sam Hollins. Unos cuantos vecinos más aparecieron montados en sus caballos, y no pocos de los recién llegados mantuvieron la creencia de que Sam Hollins era uno de los ladrones.
Pete dio señales de enojo, pues el tiempo que allí perdía era un tiempo precioso que necesitaba para perseguir a los bandidos. Pete tenía que esperar a que llegase alguna autoridad a quien poder explicarle quién era Sam Hollins, o de otro modo, algunos de los más exaltados podrían echarle a Hollins una cuerda al cuello y colgarlo de un árbol, dejando para más tarde la tarea de averiguar si era o no culpable del intento de robo. La multitud estaba bastante enardecida, y Sam Hollins, por otra parte, era desconocido en el pueblo.
El único que podía impedir un desaguisado en aquellas circunstancias era Pete Rice. No se trataba de un hombre atractivo, y él era el primero en reconocerlo, pero su aspecto revelaba autoridad y carácter.
Pete experimentó una sensación de alivio cuando vio llegar al alcalde de la población montado en un caballo bayo. Al lado de él, caballero en una jaca roja, se acercaba también Simmons Capehart, presidente del Banco de los Ganaderos.
Capehart frisaba en los sesenta y cinco años, llevaba patillas muy largas y lentes de oro, pero el arco que formaban sus piernas estiradas sobre la cabalgadura revelaba que era un *cow-boy* retirado.
-Buenos días, *sheriff* -dijo al llegar-. De manera que se han escapado con el dinero ¿eh? Los billetes tal vez puedan encontrarse, pero querría saber si se han llevado el oro.
-Ni un quilate. Lo que se han llevado es plomo -dijo Rice con sequedad.
Sam Hollins fue llevado a la parte anterior del Banco. El rojo pañuelo de Rice empapado en agua, sirvió de primera cura al herido. Hollins había recobrado el conocimiento, pero la herida le dolía intensamente. Pete hablaba con Hollins, en tanto que el alcalde y el presidente del Banco se esforzaban por mantener el orden en la calle.
Sam explicó de modo incoherente que había estado en una población más allá de Summit, recogiendo pedidos de grano y que se había quedado a cenar y a jugar luego una partida de poker en la casa de un ranchero.
-Era ya tarde cuando emprendí el viaje de vuelta a la Quebrada del Buitre –dijo-, y al pasar por aquí oí los tiros, y no es que yo sea ninguno de esos héroes de novela, pero no pude resistir el deseo de mezclarme en el barullo. Tenía ya a uno de los ladrones en la mira del revólver, cuando me alcanzó un balazo. Uno de esos “socios”, luego, se vino hacia mí y me sacó la raya con el cañón de su pistola.

Sam parecía deseoso de referir el episodio en todos sus detalles, cuando el chico de Sorenson llegó con el médico. Este le lavó la herida. Sam apretó los dientes y dibujó en su semblante varias muecas indescriptibles, cuando el médico le puso yodo en la herida. El doctor le dio luego un calmante y Sam cesó de quejarse. Finalmente, se quedó dormido.

"Pistol" Pete, observó que la multitud daba muestras de inquietud. El alcalde de Summit estaba preocupado con la situación. Su puesto era electivo y no era uno de esos cargos permanentes en el distrito. Pete sabía que el alcalde era honrado, leal, y sincero, pero no sabía cómo entendérselas con la multitud.

Pete hubiera deseado que los comisarios Teeny Butler y Hicks "Miserias" hubiesen estado allí para prevenir cualquier desafuero. El viejo Capehart se acercó a Pete y le dio una palmadita afectuosa en el hombro. El presidente del Banco de los Ganaderos no había dejado de ser un *cow-boy* en espíritu y en palabra.

-Pete, eres listo como un zorro -dijo en tono que revelaba su admiración por el *sheriff*-. ¿Cómo te las compones para llegar siempre a tiempo?

-Tenía noticias de que Bristow el "Halcón" se había fugado de la cárcel de Florence -replicó Pete.

Capehart dejó escapar un apagado silbido. Hawk Bristow era un bandido temible, que llevaba con él el desorden y el crimen. Pete Rice lo había capturado hacía algún tiempo.[1]

El patíbulo estaba ya montado para ejecutarlo, cuando un leguleyo de Mesa Ridge logró que le conmutaran la pena de muerte por la de cadena perpetua, que no cumplió por haberse fugado de la prisión.

-¿Quién te dio el soplo? -preguntó Capehart.

-Silver Renton. Silver es un ranchero que me debe algún favor, y que vive en las montañas. Bristow se detuvo un día en su campo para pedirle de comer. Probablemente pensó que Silver no le reconocería, y desde luego no sabía que Silver era un antiguo amigo mío.

-¿Pero cómo supiste que iba a robar el Banco?

-Verás, Silver sabe escuchar y oyó una conversación entre Bristow el "Halcón" y sus compañeros, sin que lo vieran a él. Bristow habló de proveerse de dinero en el Banco de los Ganaderos, al que llamó el Banco más fácil de robar en todo Arizona. Y Silver me mandó un indio que le ayuda en su trabajo, para decirme que Hawk había emprendido el vuelo. Yo monté a caballo y llegué al Banco con el tiempo justo.

Capehart escuchaba al *sheriff* con profundo interés.

-Silver Renton recibirá su recompensa -dijo el banquero-, y tú también, Pete.-Capehart de pronto movió la cabeza, con gesto compungido-. ¡Y esos forajidos dicen que mi Banco es el "más fácil de Arizona"! Pete, por varios meses, me has estado pinchando para qué modernice el Banco. Yo siempre había creído que la caja era lo suficientemente fuerte, pero ahora me doy cuenta que yo no entiendo nada de esas cosas y que continúo siendo lo que siempre he sido: un ranchero vulgar e ignorante.

-OH, no te lo tomes tan a pecho -exclamó Pete-. Todos tenemos nuestros defectos, y si algo hay en este mundo que me sea antipático, es un hombre que lo haga todo a la perfección. De todas maneras, no se ha perdido nada, y lo que tienes que hacer ahora es telegrafiar a Tucson y pedir que te manden inmediatamente una puerta de acero. Y mientras llega, pon dos guardias en el Banco.

Capehart prometió hacer lo que el *sheriff* le recomendaba. Luego dijo:

-Compadre ¡y pensar que tú pudiste entrar en el Banco! Has estado bueno, Pete. ¡Eso es lo que sé llama quedar a la altura!

-¡Bah! -replicó Pete-, cuando un hombre hace una cosa bien, no sólo sorprende a los demás, sino que se sorprende a sí mismo.-Y luego, variando el asunto, de la conversación sugirió: -

[1] Véase "El Sheriff de la Quebrada del Buitre", de la misma colección.

Vamos a echar un vistazo al Banco, pues no me extrañaría encontrar dentro a uno de esos hombres.
En la parte de atrás del Banco había una farola encendida, y sus rayos se proyectaban sobre una forma inerte que yacía en el suelo. Capehart y el *sheriff* levantaron el cuerpo del bandido y lo depositaron en el despacho.
Era el forajido que Pete había matado en los principios del tiroteo. Pete Rice, por regla general, se contentaba con poner a sus enemigos fuera de combate, pero en aquel caso, el combate era de cinco contra uno, y la luz además no era muy buena. En aquellas circunstancias, Pete no podía permitirse lujos ni filigranas en la puntería.
El muerto debió de haber sido una autoridad en el arte de hacer saltar cajas de caudales: indudablemente un compañero de prisión de Bristow. Probablemente, se trataba del "Jim", a quien Bristow aseguraba que aquel sería su último trabajo.
La muchedumbre en el exterior del Banco era en aquellos momentos más densa y más ruidosa que nunca. En ella figuraban señaladamente los vagos y los borrachos habituales que habían sido despertados por la conmoción en el pueblo. Otros eran depositantes del Banco que, aunque moderados en apariencia, podían convertirse en un momento en seres levantiscos, capaces de linchar al primero que se les pusiera delante en el caso de que hubieran sido robados los fondos del Banco.
Un individuo de musculosa y gigantesca apariencia y cara de pocos amigos penetró en el despacho de Capehart. Este personaje llevaba dos revólveres colgados del cinto. Al entrar lo hizo pisando el cadáver del bandido, y volviéndose luego hacia él, lo pateó despiadadamente. Luego, mirando a Sam, que allí estaba como muerto, refunfuñó:
-Uno muerto, ¿eh? Y este otro debía hacerle compañía.
-Oye tú -dijo Pete Rice con acento grave-. Este hombre es tan honrado, por lo menos, como puedas, serlo tú. No ha tenido nada que ver con el robo, y lo único de que lo puedes acusar es de haber tratado de impedirlo. ¡Y ahora, lárgate de aquí, y no esperes a que te lo diga dos veces!
El individuo de talla gigantesca se plantó ante el *sheriff*.
-Sí, ya veo que lleva usted la estrella. Ya veo que es usted *sheriff*. Pero eso no quita para que le diga que usted miente ahora para llevarse a este coyote a la cárcel, sin que nosotros le hagamos nada. Nosotros, los que tenemos dinero en el Banco, tenemos derecho a decir algo.
-Te he dicho que te vayas -replicó Pete con voz baja pero llena de firmeza.
-¿Marcharme? ¿Y por qué? Usted nadie para decirle a un ciudadano...
¡Crac!
Un sonoro puñetazo descargó sobre la cara del intruso, que cayó sobre el cuerpo del bandido y allí permaneció tan inmóvil como el muerto.
Pete Rice las gastaba así. Cuando llegaba el momento de pegar, pegaba.
El *sheriff* llamó al alcalde de Summit. Este penetró en el despacho.
-Ese hombre es de una influencia perniciosa en un momento como éste -le dijo Pete-. Métalo en la cárcel.
El alcalde asintió con un gesto.
-Voy a llamar a un par de *cow-boys* para que lo pongan en el caballo -dijo él-, y sólo espero que no vuelva en sí hasta que lo tengamos metido en la celda.
-Si no ocurriese así -dijo Pete-, no vaya usted a andarse con ternezas. Es un matón, y los matones siempre miden su valor por la timidez de los demás.
Pete se volvió hacia Capehart.
-Sam -le dijo-, es hora de que me vaya a seguir el rastro de esos coyotes. Pero antes quiero saber que a Hollins no le va a pasar nada y quiero que me prometas que te lo vas a llevar a tu propia casa en tu propio caballo. No creo que nadie se atreva a asaltar tu casa. Esta es toda la recompensa que espero, pues a mí me pagan para que mantenga el orden.

-Te lo prometo -dijo Capehart, sin vacilar-. Pero tú dices que los bandidos son cinco. ¿No quieres llevar a alguien que te acompañe?
-No, prefiero ir solo. Si me llevo a esa gente conmigo, tendremos de seguro un linchamiento, y yo no estoy por esos cuadros. Además, dos de los bandidos están heridos y los otros salieron huyendo durante el tiroteo en el Banco. Por lo visto, se trata de principiantes mal aconsejados por Bristow.
Sam Hollins abrió los ojos.
-Lo que es el que me dio a mí el "sartenazo" -dijo resueltamente no era ningún principiante.

-Cálmate, Sam -le aconsejó Pete-. No te alteres.
Pero Sam Hollins no pareció prestar gran atención a las palabras del *sheriff*.
-Ya sé yo quién era el que me arreó, y me hubiera caído de sorpresa, aun, sin haberme dado él en la cabeza con el cañón del revólver. La luz de la farola de la calle le daba en la cara. Y te vas a quedar parado, Pete, cuando sepas quién era ese coyote. ¡Era, para que lo sepas, Olin Swain!
Pete Rice dio un salto como si hubiera pisado una culebra. En sus grises ojos se pintó un asombro indefinible y una vez más miró a Sam Hollins, para ver si estaba delirando.

¡Olin Swain! ¡Sólo pensarlo era un absurdo, una imposibilidad!

Olin Swain era uno de los empleados del Banco, a quien la población de Summit tenía en el más alto concepto de honradez. Swain era un hombre casado y con hijos, cuyo único deleite consistía en llevar una vida apacible y sosegada. No bebía, ni fumaba, ni jugaba: un ciudadano ejemplar, con un sentimiento de justicia profundamente arraigado en el corazón. Varias veces había formado parte en las "posses" o partidas que organizaba el *sheriff* para perseguir a los forajidos de aquellos contornos. Además, era amigo de Pete Rice.
Sam Hollins se dio cuenta de que Pete Rice no se decidía a creerlo.
-No me mires ahora, como si estuviera ya loco, Pete -dijo con muestras de impaciencia-. Ya sé que tú y Swain sois amigos. También es amigo mío, y no lo acusaría si no estuviera seguro de ello.
-¡Quién lo había de decir! ¡Olin Swain! -exclamó Pete con cierta incredulidad-. Hay gentes en este mundo que son tan rabiosamente meticulosas, que da gusto verles hacer de vez en cuando algo ridículo. Swain es una de esas personas.
-Pues esta vez -contestó Sam visiblemente resentido-, seguramente ha hecho algo ridículo, como tú dices. Y no considero -añadió sarcásticamente-, que el darle a un amigo un culatazo en la cabeza, sea una prueba de buena educación.
Sam hablaba en tono enfurecido. Un aroma de alcohol invadió la atmósfera del Banco. Pete Rice no pudo reprimir una sonrisa, más profundamente dibujada en sus labios de lo que él acostumbraba. El *sheriff* trataba por todos los medios de convencerse de que Sam Hollins había visto visiones.
-Oye, Sam -dijo-, tú y yo somos amigos, y sé que no te vas a enfadar si te digo que llevas un "tablón" como para ti solo. El aliento te huele a *whisky* a un kilómetro de distancia, y es muy posible que estés equivocado en eso que dices de Swain.

-Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida, Pete. Es verdad que me tomé unos tragos de *whisky* mientras jugaba al poker, pero eso no quiere decir nada, y además tú sabes bien que yo no me emborracho.
La sonrisa se borró de los labios del *sheriff*.
-Tienes razón, Sam -dijo Pete-. Tú no eres hombre que bebes *whisky* y luego te das friegas con él, como otros hacen, y estoy seguro de que si todos supieran beber como tú bebes, no tendríamos tanta guerra en el distrito.
Pete Rice quedóse meditabundo. Su único interés en la vida era el hacer cumplir la ley: su única devoción, su madre, pero aparte de una y otra, aun le quedaba algún tiempo y algún

espacio en sus afectos para dedicarlo a sus amigos, entre los cuales contaba principalmente a los comisarios Butler y "Miserias", sus colegas en el trabajo de mantener la paz pública. Pero sus amigos eran la legión y se encontraban por todas partes: en la población y en la campiña.
Pete aceptaba a sus amigos con toda espontaneidad, sin mirar cómo vestían, y sí sólo a base de la simpatía que le inspiraban. Y Olin Swain era una de las personas por quien él sentía verdadero afecto.
Su amistad con Swain no databa de mucho tiempo, pero de todas maneras, lo apreciaba y lo respetaba. La revelación de Sam Hollins había dejado a Pete mentalmente paralizado. Si Swain había tratado de cometer el robo y su aparente honradez no había sido más que una máscara hipócrita, Pete Rice sufriría una decepción que en lo sucesivo habría de cambiar su actitud con sus amigos.
Sam Hollins parecía leerle los pensamientos.
-Ya sé que no es muy agradable, Pete -dijo-, pero tengo la cabeza completamente despejada, y la vista, gracias a Dios, es excelente. Ya te he dicho antes y te repito ahora, que el que me golpeó en la cabeza esta noche, fue Olin Swain.

CAPÍTULO III
LA ESTRATEGIA DEL BANDIDO

Una vez seguro de que Sam Hollins no sería víctima de la violencia de la multitud, el *sheriff* Pete Rice se dirigió hacia la puerta trasera del Banco por la que desapareció en menos que se tarda en referirlo.
Pete no quería que nadie lo viese salir, pues se exponía a que los vecinos le obligasen a ir acompañado. Esto tenía tres inconvenientes. Su falta de experiencia en aquellas lides probablemente haría que se escaparan los bandoleros. Segundo, si éstos eran capturados, lo inmediato sería un linchamiento; y tercera, de entrar en batalla con los fugitivos, era siempre posible que cayeran en el encuentro varios honrados ciudadanos.
El *sheriff* se dirigió apresuradamente hacia el sitio en que tenía arrendado su caballo, *Sonny*, detrás de aquella pared de adobe. Levantó las riendas y montó sobre la silla.
-¡Adelante, *Sonny*! -le dijo al caballo-. ¡El deber nos llama a los dos!

El caballo partió al galope, sin esperar a que el jinete picara espuelas. Pete Rice consideraba a su caballo como un comisario más, y de hecho, el caballo ostentaba una estrella blanca en la frente, que naturalmente le daba la autoridad de un *sheriff*. *Sonny* había pasado con Pete Rice por innumerables peligros, en más de una ocasión había salvado la vida de su dueño.
Con los incidentes ocurridos en la población, después del intento de robo en el Banco, se habían perdido valiosos momentos, que el caballo trataba de compensar en su rápida carrera. *Sonny* partió al galope y al poco tiempo el rumor de las voces de los ciudadanos de Summit fue apagándose en la distancia, hasta perderse por completo. La sublime majestad de la campiña del Oeste se extendía ante *Sonny*, que devoraba la distancia. Pete había encontrado el rastro de los bandoleros, y el dar con ellos era sencillamente cuestión de tiempo.
Pete Rice encontraba instintivamente el rastro de su presa. Las gentes decían que el *sheriff* como los gatos, veía de noche, y esto que era una hipérbole creada por sus admiradores, al menos parecía ser verdad cuando se medía por los resultados.
Los grises ojos de Pete eran como los de un águila, y estaban acostumbrados a las sendas del Sudoeste, donde no había nadie que pudiera competir con él en el conocimiento del país, como no fuera un indio, llamado Hopi Joe, que vivía en la Quebrada del Buitre.
-¡No te duermas, *Sonny*! -exclamó Pete-, ¡mueve esas patas!

El caballo entendía las palabras del jinete, pues inmediatamente aceleró la marcha. La senda torcía hacia el Este, Pete pensaba dirigirse más tarde hacia el Sur, para cortarles el paso a Bristow y a sus compañeros, que probablemente tratarían de ganar la frontera.
El *sheriff* sonrió. Sabía que en aquella dirección los fugitivos serían alcanzados, pues había dado instrucciones a Capehart para que telegrafiase a todas las autoridades en los pueblos del Sur, donde la policía estaría esperándolos cuando llegaran, y de resolver los bandidos huir hacia el Norte, era seguro que Pete Rice y sus comisarios los atajarían más pronto o más tarde, aunque aquella noche lograran escapar a la persecución.
Las huellas de las herraduras se remontaban hasta lo alto de una colina y cruzaban luego una pradería, para perderse al fin en una región estéril y desierta. *Sonny* era tan seguro como una cabra, y entraba en las hondonadas con la misma rapidez que salía de ellas. La distancia que le separaba de los fugitivos iba siendo cada vez más corta, y Pete Rice se acercaba por momentos al lugar del peligro.
Las palmas de las manos las tenía junto a las culatas de nácar de sus revólveres, en los cuales veíanse las iniciales "P.R.", dispuesto a esperar, si el combate se aplazaba, o a entrar en acción en un segundo, sí lo reclamaba así la ocasión.
Las huellas de los fugitivos doblaban ahora en ángulo, hacia el Sur. El rastro era más fácil de seguir de lo que Pete había creído. Los fugitivos continuaban todos juntos. La luna se remontaba por encima de una masa de nubes.
Pasó media hora. *Sonny* devoraba las millas, y caballo y jinete se encontraban ya al borde del desierto, dejando atrás el monte bajo, para penetrar en la región de los cedros, pinos y robles. Pete siguió su laberíntica ruta a través de macizos de robles y álamos y por en medio de selvas pobladas de pinos y de cedros. El aire era puro y cargado de fragancias.
Ordinariamente, los momentos más felices de la vida de Pete Rice eran cuando en nombre de la ley cabalgaba en persecución de los enemigos de ella. ¡Ley, orden! He aquí las dos mágicas palabras en que resumía su existencia. Por el mantenimiento de la Ley, el *sheriff* exponía gustoso su vida, con una sonrisa en los labios y un canto en el corazón.

Sin embargo, los grises ojos de Pete aparecían en aquella noche que consagraba al imperio de la Ley, densamente velados por la preocupación. Las líneas de su rostro revelaban la inquietud de su espíritu. Sobre su corazón pesaba todo el plomo que llevaba en su cartuchera. Pete Rice en aquellos momentos salía en busca, no solamente de Bristow el "Halcón" y su partida de facinerosos, sino también de Olin Swain, su amigo.
Y este episodio en la vida de Pete era también una manifestación de triunfo de la Ley. Pete Rice no cejaba nunca en la persecución de un delincuente, una vez que había encontrado el rastro. La amistad terminaba donde comenzaba la delincuencia, y Olin Swain era tan sólo un criminal como cualquier otro. Si Swain se había confabulado con los bandidos y había herido a Sam Hollins...
Un pensamiento asaltó al *sheriff*. ¡Si hubiera herido a Sam Hollins! ¿No habría mentido Sam Hollins? ¿Había dicho la verdad, cuando trató de explicar su presencia en el Banco en el momento en que se intentó el robo? ¿No cabía dentro de lo posible que Sam Hollins mintiera para protegerse él mismo?
Pete Rice hizo una mueca como si se hubiese llevado a la boca algo desagradable y trató de borrar de su mente aquellos pensamientos, con la misma resolución con que hubiese arrojado de su boca una fruta venenosa.
¡No!
Pete Rice admitió la posibilidad de que las cosas hubieran ocurrido tal como Sam Hollins las había relatado. El tendero de la Quebrada del Buitre era una persona honrada e incapaz de mentir.

Por otra parte, Olin Swain no parecía ser en nada distinto a Sam Hollins. Pete se acordaba de una vez en que había sido invitado a la casa de Swain en la Quebrada del Buitre.
Los perros de la casa habían ladrado gozosamente a la llegada de su amo. Los tres hijos lo habían abrazado y besado, y su esposa expresaba el orgullo que sentía de tener tal hombre por marido.
Y Pete se acordaba con emoción de aquella visita de la que había regresado con un paquete: un regalo para su madre en el día de su cumpleaños.
Era verdad que Pete hacia más tiempo que conocía a Hollins que a Swain, pero de todos modos, creía que lo había tratado lo bastante para reconocerlo. Uno de sus mayores orgullos era el de adivinar a un taimado bajo una máscara hipócrita de respetabilidad.
De todo aquel meditar, Pete Rice salió más confuso que antes, e inconscientemente temblaba y clavó las espuelas en los ijares del caballo. Este, no acostumbrado al acicate, saltó frenéticamente.
Dos puntos luminosos se destacaban en la nebulosa preocupación que invadía el ánimo de Pete. Sam podía haber, delirado, o podía estar equivocado. No era nada extraño que una persona con una herida en la cabeza padeciese de alucinaciones, dijese cosas absurdas y aun acusase a su mejor amigo con evidente falsedad.
Pete, en su carrera de *sheriff*, presenció casos de hombres enloquecidos por efecto de llevar una bala en la cabeza. Había visto a criminales empedernidos, en esas circunstancias, invocar el nombre de sus madres a las que no habían visto hacia años, y cuyas vidas habían acibarado con su propia conducta. Había, igualmente presenciado el espectáculo de unos labios maldicientes, entonar una plegaria que no habían repetido desde su infancia.
A pesar de todo, el *sheriff* no lograba desprenderse de aquella pesadilla que le oprimía el ánimo, aun en aquellos momentos en que marchaba a caballo con la mirada avizor y el oído atento a los más tenues rumores. Pete llevaba el revólver en la mano cuando *Sonny*, se encaramaba por la ladera en la dirección del río Bonanza. Una sorpresa podía esperarle allí.

Sin embargo, por ninguna parte se percibía señal de vida. El río se deslizaba perezoso y tranquilo. Unas cuantas millas más abajo, hacia el villorrio indio, el cauce de la corriente se inclinaba, y el Bonanza dejaba caer sus aguas en un torrente vertiginoso. En el paraje en que el *sheriff* se encontraba, sin embargo, el río discurría con poética placidez. El agua que durante el día era turbia, a la luz de la luna, rielaba como una cinta de plata.
En otros momentos, el espectáculo del Bonanza hubiera tal vez impresionado a Pete Rice con su majestad. En aquella hora de amargura, el alma del *sheriff* no respondía a los encantos de la Naturaleza.
¿Qué podría haberle ocurrido a Swain? ¿Habría desfalcado al Banco, asociándose luego con Bristow, con objeto de cubrir así el “déficit” causado por sus malversaciones?
¿Habría ocurrido en su vida alguna horrible tragedia que él no quería revelar? ¿Se habría vuelto loco a consecuencia de esa tragedia?
Pete Rice mantenía alerta la mirada, mientras en el pensamiento le daba vueltas al problema. Había seguido el rastro de los fugitivos a lo largo de la margen del río y se encontraba en aquel momento galopando a través de un pinar.
El camino se bifurcaba allí. La mirada del *sheriff* se clavó en el suelo. Parecía que los fugitivos, al llegar a aquel punto, se habían dividido en dos grupos. El problema consistía en saber cuál de las dos ramas de la bifurcación debía él de seguir. En rigor, el problema podía ser más complicado de lo que parecía. Pete Rice conocía aquellos andurriales y podía haber trazado el mapa de toda aquella sección en las tinieblas.
El camino se bifurcaba allí, pero unas cuantas millas más hacia el Sur, las dos ramas del camino volvían a encontrarse a poca distancia de la frontera, formando al hacerlo una línea cerrada, que encuadraba una gran extensión de terreno inculto y selvático.

¿No conocería Bristow el "Halcón" aquel lugar también? Varios de sus secuaces eran mestizos, tal vez no asesinos, pero extremadamente pobres, y como tales, fáciles de persuadir y sólo con algún riesgo. Esos hombres debían conocer palmo a palmo la frontera. Y siendo así ¿por qué se habrían separado?

Pete Rice creía saber la razón. Con tal estratagema, probablemente Bristow se proponía prepararle una emboscada en aquel sitio, cualquiera que fuese la rama de la bifurcación por que optara.

Pete miró cautelosamente en derredor. A lo largo del camino de la izquierda los árboles crecían con profusión. El camino de la derecha torcía después en la dirección del río Bonanza. La maleza era allí abundante, pero no había árboles.

Pete Rice optó por el camino de la izquierda, que le pareció más seguro para *Sonny,* y protegido también para él en caso de emboscada.

Pete Rice no vacilaba en arriesgarse hasta lo increíble cuando la situación lo requería. En el asalto al Banco de los Ganaderos, los bandidos sólo hubieran podido llegar a la caja pasando por sobre su cadáver. Pete hubiese protegido aquel dinero, que representaba el honrado sudor de tanta gente, con su propia vida. De esta manera entendía Pete Rice su misión, pero cuando las circunstancias no lo exigían, era un hombre cauteloso y discreto.

Sonny emprendió de un salto el camino de la izquierda. El *sheriff* iba preparado para cualquier contingencia, mas a pesar de ello, en su cerebro continuaba devanando aquel problema que cada vez parecía más insoluble.

No era nada nuevo para Pete Rice ver a un hombre honrado colocarse de pronto al margen de la Ley, aún en casos en que la transformación iba precedida de muchos años de una vida de honradez y de respetabilidad. Algo, indudablemente, les atacaba el cerebro, ya que en un instante se transformaban de ciudadanos honrados en vituperables criminales. Era como si un perro se hubiese vuelto rabioso de repente; un animal afectuoso que, inesperadamente, cesa de menear la cola, regocijado a la vista de su dueño, y se convierte en una fiera pronta a morder.

A un perro rabioso se le daba un tiro. Pero a un criminal...

El *sheriff* terminó su íntima disertación con una mueca indescifrable. Pete Rice tenía un concepto elevado de la amistad, pero la Ley era más que la amistad.

¿ Se habla vuelto loco Olin Swain?

Las preguntas se retorcían en la mente de Pete Rice como si fueran serpientes venenosas.

¡Pam! ¡Ziss! ¡Paf!

Una bala pasó silbando junto a la cabeza de Pete y se empotró en un árbol a cortísima distancia de donde se encontraba. Una segunda bala rebotó a dos pulgadas de él.

¡Pete Rice había caído en la emboscada! ¡Y qué emboscada! A cierta distancia, hacia la derecha, un rifle vomitaba fuego por entre los matojos. El 45 de Pete no alcanzaba tan lejos.

No estaba seguro de si el tirador lo había ya visto. El bandido debía de guiarse del sonido para disparar: el sonido del galope de *Sonny*. Pero la puntería iba siendo cada vez mejor, y con aquellas balas blindadas, bastaba con dar en el blanco una sola vez.

El *sheriff* no tuvo mucho tiempo para meditar su plan de defensa. Pudo, en verdad, haberse apeado del caballo, avanzar por entre la maleza y tratar de silenciar aquel rifle, pero Pete Rice era demasiado veterano para incurrir en tal puerilidad.

Eso podía ser precisamente lo que sus enemigos buscaran: el que cayera de lleno en la trampa de alguno de los forajidos que lo cazara como un conejo. La muerte lo acechaba en el bosque.

Un proyectil, le pasó rozando.

¡Pete no sabía qué hacer!

CAPÍTULO IV

UN HOMBRE SE VUELVE LOCO

Pete no sacó el otro revólver. En lugar de ello, volvió a meter en la funda el que llevaba en la mano. Un revólver no sirve de nada cuando no se distingue el blanco o cuando éste se halla tan lejos, que no hay manera de alcanzarlo.

El *sheriff* en la emboscada miró en derredor. A breve distancia, un poco hacía la izquierda, se veía una rama que colgaba de un pino. Oprimió las espuelas a *Sonny*. Tenía que pasar por un claro iluminado por la luna y esperaba una rociada de plomo al llegar a aquel sitio.

Sus vaticinios se cumplieron en toda la línea.

¡Pam!

La bala se estrelló a considerable distancia de Pete.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Los 45 entraron en acción. Uno de los proyectiles dio de refilón en una de las botas del *sheriff*.

Otra bala le arrancó uno de los frunces de los zahones. Pete Rice se movía ágilmente y no ofrecía punto seguro al blanco de sus enemigos. Por otra parte, el bandido emboscado no tenía tiempo para apuntar, y así el *sheriff* pudo escapar inmune a los ataques de sus adversarios.

El jinete y su caballo pasaban de la luz a la sombra con la inquieta rapidez de un murciélago. En un momento, Pete sacó los pies de los estribos echó las manos por alto. Sonó otro disparo, y la bala pasó a gran distancia del *sheriff*.

Este se agarró a la rama de un árbol, incitó a Sonny con el pie para que se apartase de la línea de fuego, y se encaramó en el árbol.

¡Bang! ¡Bang! ¡Poo--oom! ¡Bang!

Los disparos de los 45 del rifle continuaban cortando el aire y sonaban como los ladridos de unos fox-terriers que acosaran juguetonamente a un lebrel o a un perdiguero.

Los enemigos de Pete salieron al fin de la emboscada y Pete percibía ya el ruido producido por sus botas al rozar la maleza. Los 45 seguían disparando.

Pete se adentró en la frondosidad del árbol y por entre el encaje de la enramada espiaba a sus perseguidores, y aunque de momento no podía divisarlos, percibía sin dificultad los llamarazos de sus disparos, que iban a cercándose en la dirección del sitio que él ocupaba.

Pete sospechaba que, con excepción de aquellos escasos momentos en que se había visto expuesto a la luz de la luna, sus enemigos más bien lo habían oído que visto. En aquel momento concentraban el fuego en el lugar en que lo había sorprendido, resultaba completamente inofensivo.

Con excepción de una bala que se incrustó en el tronco del árbol en que se hallaba, los otros disparos dieron a gran distancia, como podía apreciarse por el ramaje que se desprendía en la trayectoria de la bala. Pete en el árbol recibía la impresión de encontrarse en un bohío contra cuyas paredes se estrellasen las descargas de sus enemigos.

Los disparos cesaron por un momento. A cierta distancia se oía el pisar de *Sonny* sobre la hierba seca. Alguien lanzó un grito en español y un momento después volvieron a sonar los 45, que barrían el sendero por donde marchaba la cabalgadura de Pete, quien determinaba la dirección en que venían las balas por los lívidos llamarazos de los disparos.

Nerviosamente, esperaba el momento de oír el relincho agónico del caballo, al ser herido. El sudor le corría por la frente. Oyóse un juramento en español. Con profundo alivio de Pete cesó el fuego. *Sonny* había llegado a un punto lo suficientemente lejano para que no le pudieran alcanzar las balas. Los enemigos de Pete creyeron que el jinete había partido juntamente con el caballo y no sospechaban que su presa estaba todavía oculta en el árbol.

Dos individuos con enormes sombreros aparecieron arrastrándose entre la maleza, a la derecha de la senda, y se dirigieron al pino en que se guarecía Pete.

-Se ha marchado, chico -dijo uno en español-. Habrá que oír al jefe, cuando se entere de que se nos ha escapado.
Su compañero no dijo una palabra. A Pete, le pareció ver que se encogía de hombros en indiferente ademán.
Cuando el bandido se detuvo y rascó una cerilla, para encender un cigarro, Pete observó que llevaba una especie de cabestrillo hecho con un pañuelo o serape, que le colgaba del cuello, y en el que le descansaba el brazo derecho. El *sheriff* supuso que aquél debía ser uno de los bandidos que tomaron parte en el frustrado asalto al Banco de los Ganaderos.
Principalmente le intrigaba saber dónde pudiera hallarse el jefe de la banda, Bristow el "Halcón". Un juramento en inglés dejóse oír en la maleza, en la que se percibía también el ruido de unas botas contra la hierba seca. Una masa humana, de vigorosa corpulencia surgió finalmente de la oscuridad.
-¡Sois todos unos imbéciles! -gritó con voz atronadora-. Se os ha escapado, ¿eh? ¿Por qué, diablos, no disparasteis contra el caballo?
El aire resonó con una nueva serie de juramentos e interjecciones. Pete Rice halló la situación bastante divertida. Bristow el "Halcón" probablemente, carecía de muchas cualidades, pero no podía negarse que sus gritos y blasfemias eran de lo más escogido.
-No sé por qué me parece que te la vas a "cargar", Ramón -dijo el del brazo en cabestrillo-. Yo tengo la excusa del brazo.
Ramón contestó en tono tan bajo, que Pete Rice no logró entender lo que decía. Unos momentos más tarde, se unió a sus secuaces que lo esperaban bajo un árbol. Bristow llevaba un *rifle*. Sus blasfemias cortaban el aire y se dejaban oír a larga distancia.
-No lo hemos podido evitar, señor Bristow -dijo uno de los bandidos-. Nosotros oímos el caballo, vimos una sombra que parecía un fantasma. Un segundo después lo vimos a la luz. Disparamos contra él, y el hombre se desvaneció en el aire. Yo creo que es uno de esos magos o encantadores.
Bristow el "Halcón" le dio un empujón al que así hablaba, y se agachó para observar las marcas de las herraduras en el sendero. Siguiólas por una corta distancia y luego regresó.
-¡Debisteis colocaros más cerca del sendero, idiotas! -exclamó furioso-. ¿Es que teníais miedo? ¡Mal rayo!...
-Chico y yo hemos hecho lo que usted nos dijo -insistió el bandido llamado Ramón-. Usted dijo que no disparásemos más cuando Chico y yo podríamos haberlo cazado como un pájaro.
Bristow el "Halcón" continuó maldiciendo a sus secuaces y profiriendo blasfemias más fantásticas que reverentes. Bristow había trazado sus planes, que él no creía podrían fallarle en modo alguno y no se resignaba a reconocer su propia culpa en el fracaso.
-Si hubiera venido por el otro camino, le hubiera volado la cabeza en un minuto –dijo-. Yo no me aparté del borde del camino, en tanto que vosotros es metisteis en un sitio en que os sentíais seguros.
El bandido con el brazo en cabestrillo no decía una palabra. El otro, Ramón, parecía estar enojado. El *sheriff* desde su atalaya, se daba cuenta de lo bien que Bristow había preparado la emboscada para cogerlo.
Si Pete hubiera seguido la vereda opuesta, con toda seguridad hubiera quedado vacante el puesto de *sheriff* en la Quebrada del Buitre. Pero Rice al evitarla, se había guiado de su intuición, aunque tal vez las plegarias de su madre, que le acompañaban en todas sus aventuras, le habían salvado la vida en aquella ocasión. Pero fuese una cosa u otra, o sencillamente su buena estrella, la que lo había protegido, lo cierto era que Pete Rice estaba a salvo y que los tres bandidos habían caído en la trampa.
El *sheriff* en aquel momento llevaba en las manos los dos revólveres de culatas de nácar. Los tres bandoleros eran un blanco infalible y pudo haberlos derribado, uno a uno, como esas

figuras de escayola que se ven en las galerías de tiro. Pete, sin embargo, era un hombre que sólo disparaba en defensa propia y a demás, tenía especial interés en coger vivo a Bristow.
Con uno de sus 45 encañonó a Bristow, en tanto que con el otro apuntaba al mejicano Ramón. Iba ya a proferir el mandato de que soltasen sus armas y pusiesen las manos en alto, pero se dio cuenta de que podía permitirse el lujo de esperar.
¿Estaría Swain por allá? ¿Se le habría asignado algún puesto en aquella emboscada tan minuciosamente preparada? ¿O habría regresado al pueblo por otro camino? Probablemente -pensó el *sheriff*- Swain proyectaba llegar a su casa antes del amanecer, para ponerse a tiempo su máscara de respetabilidad y reanudar con ella su trabajo en el Banco, aunque era igualmente probable que, en vista de haber fracasado el robo, hubiera emprendido la marcha hacia la frontera, antes de que se descubriese el desfalco.
-¿Quién anda por ahí? -exclamó una voz algo apagada por la distancia- "Halcón".
-¡Por aquí! ¡Hacia la izquierda! -contestó Bristow.
-¿Lo has atrapado? -preguntó la voz, todavía a la distancia.
-Estos imbéciles lo han dejado escapar -gritó el forajido.
Pete aplazó la intimación a los bandidos para que se entregaran. De estas manera, pensaba atrapar a cuatro en lugar de tres. La voz que se oía en la distancia podía ser la de Swain.
Oyóse el ruido que producía la llegada del nuevo personaje, al avanzar a través de la maleza. La figura que al principio aparecía borrosa, empezó a recortarse con más claridad, a medida que se acercaba. Los cuatro bandidos estaban ya a merced del *sheriff*.
Las manos de Pete Rice temblaron por primera vez en su vida. ¡Aquel bandido que se sumaba al grupo de Bristow y los dos mejicanos, aquella figura de amplios hombros, con uno de ellos un poco más alto que el otro y el sombrero Stetson con el pico retorcido, le era familiar!
Los cuatro forajidos conferenciaron, llevando Bristow la voz cantante. Su conversación estaba salpicada de estruendosas blasfemias. Bristow rascó una cerilla en el cañón de su revólver y la llevó al cigarrillo que le colgaba de los labios.
La llama reveló los ceueles rasgos de su fisonomía. Al mismo tiempo descubría el perfil del recién llegado: su nariz aguileña, la del *sheriff* estaban tan tensos, que parecían eminencia en el labio superior y unos mechones de pelo ya gris que asomaban por debajo del Stetson.
Los músculos en la angular mandíbula a punto de quebrarse. Olin Swain no era lo que podría llamarse un hombre guapo, pero sí un tipo de impresionante masculinidad, que trocaba su fealdad en hermosura.
¡Y pensar que Pete había podido creer que aquel rostro era indicativo de firmeza de carácter! Su decepción no era menor que la que hubiera experimentado si su fiel caballo, *Sonny*, le hubiera dado traicioneramente un par de coces.
En su corazón no había ya un adarme de compasión, y en sus venas fluía la indignación y la cólera. ¿Lo has atrapado ya? ¡Y era Olin Swain quien lo había preguntado! ¡Olin Swain, el hombre que él había considerado como uno de sus mejores amigos!
La boca del *sheriff* se convirtió en una línea irregular y en sus ojos resplandecía la cólera.
Pete Rice, sin embargo, sentía pena y compasión por la esposa y los hijos de Swain. Este, indudablemente, se había vuelto loco, o llevaba dentro de él el alma de un lobo, con todas las apariencias externas de un fiel mastín, guardador de su hogar y de su familia.
En aquellos momentos tan amargos, Pete Rice se había olvidado del "Halcón". De éste nadie podía esperar más que mal, pero la presencia de Swain en aquel sitio había derrumbado sobre la cabeza de Pete Rice todo el edificio de la fe en la naturaleza humana, y jamás podría volver a tener confianza en nadie y en nada: exceptuando, claro está, a sus comisarios Teeny Butler y Hicks "Miseria". Mientras los bandidos conferenciaban en voz baja, un pensamiento asaltó la mente del *sheriff*.

¿Por qué no matar a Swain en el sitio mismo en que se encontraba? Y ¿por qué no matar a Bristow? Este, al fin y al cabo, era un asesino que merecía la muerte y a quien ya habrían ahorcado, a no ser por el picapleitos que lo salvó del patíbulo.
Este pensamiento lo asediaba irresistiblemente. Sus secuaces se irían para la frontera y nada dirían de aquel episodio. A Sam Hollins no sería difícil tampoco sellarle la boca, pues era hombre de corazón tierno cuando se trataba de mujeres y niños. Una vez que Sam conociera las circunstancias, comprendería la necesidad de guardar silencio.
De este modo se borraría la infamia sobre la memoria de Swain y habría manera de inventar alguna mentira que salvase el honor de la familia. Podría decirse, por ejemplo, que Swain había muerto al lado del *sheriff* en un encuentro contra los bandidos. Su esposa lo lloraría, pero al menos quién sabe si Pete Rice lograría obtenerle una pequeña pensión como viuda de un hombre que había sacrificado su vida en una noble empresa.
Mas, pronto este pensamiento se disipó en la mente del *sheriff*.
¡No!
Él no tenía derecho a acabar con la vida de aquellos criminales. Esta era la función de la Ley. El juez Grange y el jurado eran los llamados a resolver ese punto; no él. La misión de Pete Rice era detenerlos y ponerlos a disposición del juez. Eso era lo que la Ley mandaba.
Empuñó los revólveres, y ordenó:
-¡Arriba las manos! ¡Tú, Swain y tú, Bristow! ¡Suelta ese rifle, que no te sirve para nada!
Pete sabía la clase de gente con quien se las había, y que lo más lógico en aquel caso hubiera sido sencillamente matarlos sin entretenerse. Pero el honor y la dignidad de su cargo le impedían proceder lógicamente.
Bristow el "Halcón" se enderezó al oír la imperativa voz del *sheriff* y soltó el rifle. Ramón, sin embargo, tratando probablemente de redimirse ante su jefe, se revolvió rápidamente y disparó tres tiros contra el árbol.
Una bala cortó el aire con un gruñido salvaje y se alojó en el tronco cerca de la cabeza de Pete, levantando una astilla que se clavó en la mejilla del *sheriff*.
Los tres compañeros de Ramón, se escurrieron, espantados como conejos.
Echáronse los tres a tierra y comenzaron a disparar contra el árbol.
El sentimiento de humanidad y de respetuosa observación de la Ley que había guiado la conducta de Pete, se había vuelto en su contra. Pete se veía otra vez luchando por defender su vida contra un enemigo superior.
Su rostro volvió a reflejar la tensión muscular que expresaba la suprema determinación que le embargaba.
Sus revólveres vomitaban fuego. Un penetrante alarido y un lamento en español se dejaron oír en la espesura. Las palabras cesaron súbitamente. Ello quería decir que Chico o Ramón habían pasado a mejor vida. Pete Rice, a pesar de su odio instintivo de privar a nadie de la vida, había acabado con la de uno de esos bandoleros.
El *sheriff* había entrado en acción. Instintivamente, sabía cómo conducirse en un caso como aquél. Las armas de los bandidos disparaban, pero los proyectiles no alcanzaban a Pete Rice, que había vuelto a colocar el revólver en la funda y se encaramaba por las ramas del árbol hasta ganar, con la agilidad de un gato montés, las de otro árbol.
Estas crujían bajo su peso. Inmediatamente, los Colts del enemigo empezaron a disparar, y las balas llegaban cada vez más cerca, pues los bandidos habían descubierto la situación del *sheriff*. Se encaramó sobre una rama cerca del tronco y se expuso a que le alcanzara alguno de los proyectiles que silbaban a su alrededor.
Una bala le rozó la mandíbula, y la dolorosa sensación casi le hizo perder el equilibrio. Sin embargo, instintivamente, siguió con las manos agarradas a la rama del árbol y con el balanceo se sacudió el aturdimiento que momentáneamente le había embargado.

El ruido de los disparos apagaba el que él mismo producía saltando de un árbol a otro, con la agilidad de un jaguar. Al llegar a unos treinta pies del primer árbol, decidió descender saltando al suelo protegido por la oscuridad reinante.
Los bandidos seguían haciendo fuego contra el árbol en que habían oído crujir una rama. Pete, que sabía dónde estaban sus enemigos, describió cautelosamente un ancho círculo, y avanzando sin ser visto, llegó hasta unos diez pies de uno de los bandidos. Swain y Bristow habían desaparecido, y Pete no sabía dónde se encontraban. El bandido cerca de quien se hallaba era Ramón o Chico, a juzgar por el tipo de sombrero que llevaba.
-¡Manos arriba! -gritó Pete.
El forajido volvióse rápidamente y percibió él brillo de los cañones de los revólveres del *sheriff*. Levantó enseguida en alto las manos dejó caer su 45.
Pete Rice se agachó a cogerla, sin perder de vista al otro, y dispuesto a meterle una bala en el cuerpo si trataba de sacar algún otro revólver que pudiera llevar escondido. El bandido, sin embargo, estaba amedrentado y era inofensivo en aquellos momentos. Pete reconoció a Ramón, ya que su colega Chico era el que llevaba el brazo en cabestrillo.
-¿Dónde están los otros? -preguntó imperativamente Pete, mientras barría con la mirada los árboles y matojos, dispuesto a entablar un duelo con sus enemigos en caso necesario.
-Se han marchado al campo -dijo Ramón, con el espanto en la voz y en la mirada. La cara de Ramón no era repulsiva, pero las cicatrices y la vida miserable que llevaba le habían dado un aspecto siniestro.
-¿Es verdad lo que dices? A mí no me vengas con mentiras. ¿Dónde está el campamento?
-Está ahí abajo, hacia el río Bonanza. Me dijeron que me escondiera y los esperase, que ya volverían. Ellos creían que usted se había escapado, e iban a buscarlo con toda su gente por estos sitios.
Pete, después de coger el revólver del bandolero, le aflojó la canana.
Bristow y Swain podían volver cuando quisieran, ya que Pete, con tres armas de fuego y todas aquellas municiones se consideraba seguro en aquel baluarte.
-Dame el cinturón -le dijo Pete al cautivo-, que te voy a atar a un árbol. ¡Y no te olvides que te puede salir mal la cuenta si me vienes con mentiras!
-Yo no le miento a usted -dijo Ramón al mismo tiempo que entregaba el cinturón-. He visto que se llevaban los caballos y...
-¡Yo que tú no me molestaría en atar a ese hombre! -dijo una voz suave y acompasada que salía por entre la maleza, a unas veinte yardas de distancia-. ¡Lo mejor que puedes hacer es soltar las armas y poner las manos en alto!
Era la voz de Bristow el "Halcón". Por toda respuesta, Pete disparó tres tiros al azar y se hundió en la maleza. Había empezado un duelo a muerte, en el que caería Bristow, o pronto habría un nuevo *sheriff* en la Quebrada del Buitre.
Pete no podía menos de sorprenderse de aquel tono retador en la voz de Bristow, después que éste había salido huyendo cuando se encontró con Pete Rice en el Banco. ¿A qué venía a desafiarlo ahora?
El "Halcón" estaba bien defendido, pero Pete no lo estaba menos, y con su acostumbrado arrojo, podía liquidar para siempre la carrera criminal de Bristow.
-¿No quieres hablar conmigo, *sheriff*? -preguntó Bristow desde su escondite, con el mismo tono retador.
-Lo único que te voy a decir es que voy a contar hasta tres para darte tiempo de que salgas con las manos en el aire, y si no lo haces, "Halcón", te voy a volar la cabeza. ¡Uno!
Oculto en la maleza, Bristow lanzó una sonora e insultante carcajada.
-¡No acabes de contar, *sheriff* -dijo-, a no ser que te quieras quedar sin el caballo, al que supongo le tendrás algo de cariño.

Pete Rice sintióse desfallecer. Tal vez Ramón había mentido, o quizá había emprendido el viaje hacia el campamento de los bandidos en Bonanza. Pero Bristow se había tropezado con su *Sonny* y tenía el magnifico animal como prenda o rehén para parlamentar con Pete. Todo el distrito de Trinchera sabía el cariño que el *sheriff* sentía por su alazán.

-Así, *sheriff*, no me vengas con prisas -dijo Bristow-. Aquí tengo a *Sonny* amarrado a un árbol, y a la primera equivocación que cometas, le meto una bala por esa estrella blanca que lleva en la frente.

Pete oyó el chasquido e un látigo y casi simultáneamente *Sonny* lanzó un relincho. Pete lo conocía tan bien, como *Sonny* conocía las voces de los comisarios Teeny Butler y Hicks "Miserias".

-Yo que tú, soltaría todo ese arsenal -insistió Bristow-, y dejaría que me atara a un árbol ese hombre, pues de un momento a otro vas a escuchar un tiro y no te va a gustar nada, pues con él morirá tu hermoso caballo.

Pete Rice se consideró derrotado. El mismo relincho volvió a llegar a sus oídos, inmediatamente después de sonar el chasquido de un látigo.

Pete veía en su dolorida imaginación la piel sedosa de *Sonny* temblar bajo el rebenque. Y él mismo, temblaba de cólera al reconocer su impotencia. Por unos instantes hizo cuanto pudo para contener el impulso de soltar una rociada de plomo en la dirección en que Bristow se encontraba. Pero el temor de herir a *Sonny* lo detuvo. Había que confesar, por amargo que fuese, que Bristow le había ganado por la mano.

-¿Y qué dirás tú si le meto un balazo en el cuerpo a tu compañero, zorro indecente? -replicó Pete.

Bristow soltó una segunda carcajada, más estruendosa que la primera. Tal vez se le ocurría que Pete Rice no llevaría a efecto su amenaza, y lo que era más probable, al "Halcón" le tenía sin cuidado que matase al otro.

-¡Mátalo, si quieres! No vayas a creer que me voy a echar a llorar por tan poca cosa.

-¡Piedad, señor! -suplicó el cautivo-. Yo no soy más que un pobre peón. ¡Por todos los santos del Cielo, no me mate!

-Sólo te quedan dos segundos, *sheriff*. O sueltas el revólver o...

Pete Rice cumplió con la orden del bandido; *Sonny* le había salvado la vida tantas veces, que era sólo justo que se la salvase él ahora. Pete estaba dispuesto a compartir el peligro con *Sonny*, pero no podía permitir que pereciese de aquella manera. Pete Rice había conjurado todo su valor para entregarse a Bristow. Sabía que en ello le iba la vida, pero todavía alentaba en él la esperanza de encontrar algún escape providencial.

-¿Ha soltado el revólver, Ramón? -preguntó desde lejos el "Halcón".

-Sí, señor -dijo, pero no ya con el acento suplicante con que había implorado la clemencia de Pete unos momentos antes. El bandido había recobrado la imprudente arrogancia del desesperado de la frontera. Ramón había cogido las armas de Pete y con ellas lo había encañonado.

Bristow el "Halcón" no iba a correr un peligro innecesario, y se detuvo a unos pocos pasos de su prisionero.

-¡Bien hombre! ¡Aquí tenemos al gran "Pistol" Pete Rice! -dijo jocosamente-. ¿Dónde te has metido el revólver, *sheriff*?

El bandido añadió luego con marcado acento de odio:

-Tú me tenías sentenciado a muerte, Pete Rice. ¡Piensa en eso por un minuto! ¡Este es todo el tiempo que te concedo!

-Y sigues bajo sentencia de muerte -contestó Pete-. ¿Qué te crees tú, mala víbora? ¿Es que piensas que me va a asustar? Si me matas mis dos comisarios te habrán arrancado esa piel sarnosa antes de veinticuatro horas.

El bandido le dirigió una mirada cínica y cruel.

-De modo que creías que ibas a ganarle la partida a Bristow el "Halcón", ¿eh? Pues, estabas equivocado de medio a medio. Tus minutos están contados, Pete Rice. No me voy a dar siquiera el gusto de torturarte. Mira si llevo prisa.
La palabra tortura parecía fascinar al bandido. El aplomo y la sangre fría de Pete Rice frente a la muerte, desesperaban al bandido. Bristow se volvió hacia su compañero.
-Pégale una bofetada, Ramón -le ordenó.
El otro vaciló un instante.
-¡Pégale, te digo! -insistió su jefe.
¡Pam! El bandido descargó un fuerte puñetazo contra el *sheriff*, dejándole ligeramente aturdido.
Pete estaba pensando en la probabilidad de escapar de aquella trampa que su propia generosidad le había tendido. ¿Qué le pasaría si se decidiese a saltar sobre Bristow? ¿Podría arriesgarse a que el primer tiro de su revólver le diese en el hombro y no le matase?
-¡Bastante, Ramón! -dijo el bandido con voz áspera.
Este se echó hacia atrás unos pocos pasos con los dos revólveres juntos.
La luna, se reflejaba sobre los cañones de sus armas.
-No vas a tener tiempo de rezar mucho, Pete –dijo.
Las bocas de los revólveres le parecían a Pete las cuencas de una calavera.
Pete sabía ahora que a no ser que ocurriese algo inesperado, le había llegado su hora. Sus dos comisarios estaban investigando otro caso cerca de la Quebrada del Buitre. De haber estado allí, la cosa hubiese sido distinta. ¡Pero no estaban¡

CAPÍTULO V
EL CUATRERO BARATO

Al mismo tiempo que Pete Rice estaba a punto de perder la vida en manos del "Halcón", los comisarios Teeny Butler y Hicks "Miserias" se hallaban ocupados en otro caso de delincuencia en el distrito de Trinchera.
En la región ganadera de Arizona, el tipo de ladrón conocido con el nombre de *slow-elker* es tan despreciado como el ratero vulgar en los centros metropolitanos. Es despreciado hasta por sus más exaltados camaradas del crimen. Este *slow-elker* o cuatrero barato, se dedica como el cuatrero a robar el ganado, pero al hacerlo no pone corno éste una nota pintoresca en el robo, sino que a hurtadillas penetra en el rancho, se apodera de la res, la despelleja y se lleva la carne, después de enterrar la piel delatora. La carne la vende luego a los indios y mestizos, que atraídos por la baratura del precio, no se preocupan de indagar si la procedencia de la res es o no legítima.
Pete Rice había puesto coto al cuatrerismo barato en el distrito de Trinchera, pero de vez en cuando estos ladronzuelos hacían de las suyas, y Pete había tenido que enviar a sus comisarios a un rancho, cuyo propietario se había quejado de las demasías perpetradas por tan inmundo elemento, en su propiedad.
Los dos comisarios habían pasado allí varias horas, emboscados, con el fin de sorprender a los cuatreros que se habían llevado varias reses del rancho de Parker. Sin embargo, al regresar a la Quebrada del Buitre, aquellos servidores de la Ley, se sentían decepcionados. El cuatrero que ellos habían estado acechando no había caído en la trampa.
-Estoy que trino -dijo Hicks "Miserias"-, y voy a pedirle a Pete que me encargue a mí personalmente de este trabajo. Voy a dormir cuantas noches sea necesario en el rancho y un día u otro acabaré por dar con esa culebra. ¡Y cuando lo coja, le voy a dar una paliza, que le va a quitar para siempre las ganas de volver por allí!

"¡Oye, tiburón -continuó, apretando las riendas de su caballo para ponerse al lado de Teeny Butler-. ¿A qué obedece eso de venir por el camino, callado como una ostra? ¿A qué se debe ese aire misterioso? ¿Has encontrado algo que no quieres decirme?

Teeny Butler barrió con la mirada el lado del camino y cuando se puso a hablar, lo hizo con el acento peculiar de los tejanos.

-¡Cállate la boca, insignificante microbio! –dijo-. ¿No te das cuenta de que es de noche y de que alguien puede escuchar la conversación? Espérate a que entremos en el camino de la Quebrada del Buitre.

Teeny Butler continuó silencioso hasta que él y su colega abandonaron el sendero del rancho, en el punto del pueblo. El terreno, a ambos lados del camino, era llano como la palma de la mano. No había, pues, peligro de que nadie les escuchase, y Teeny detuvo a su cabalgadura y encendió una cerilla.

-Oye, cuartillo de aguarrás -dijo-, mira esto.

En su enorme mano llevaba un pañuelo de hombre. Al resplandor anémico de la cerilla se divisaba una inicial, una "S" en una de las esquinas.

-Lo he encontrado -dijo-, junto al agujero en que estaba enterrada la maldita piel, y me figuro que allí se le cayó al cuatrero que buscamos.

Hicks "Miserias" exclamó:

-¡Vaya una pista que acabas de descubrir! En el Estado hay doscientas mil personas, y veinticuatro letras en el alfabeto, de manera que ese pañuelo puede pertenecer a diez mil personas. Y aun tal vez más, pues incluye todas las personas que se llaman Smith, que sabes son bastantes, y puede significar "Sam" o "Steve" o "Salvador". Si es que la prenda resulta pertenecer a algún mejicano.

Teeny sonrió maliciosamente. El minúsculo "Miserias" se gozaba humillando a su colega cuando estaban juntos, aunque, con el mismo deleite lo ensalzaba invariablemente en presencia de los extraños. El gigantesco Teeny puso al galope a su cabalgadura en la dirección de la Quebrada del Buitre y "Miserias" lo acompañó en la carrera.

-Se me ocurre ahora que ese pañuelo puede igualmente ser de Sam Hollins, y éste es el hombre más decente en todo el Estado -dijo "Miserias".

Teeny no se detuvo a seguir la controversia con su camarada, seguro de hacerlo enfadar más permaneciendo callado. Teeny se limitó a señalar con un movimiento de cabeza hacia una de las casas en los alrededores de la Quebrada del Buitre.

-Parece que hay luz en la casa de Olin Swain. Deben de tener visita, cuando están todavía sin acostarse a esta hora.

-Tal vez -dijo "Miserias", buscando todavía tema con que enzarzar a su amigo en una discusión-. Y a propósito, esa "S" de que hablabas puede también ser de Swain. Y Swain no es hombre capaz de quitarle nada a nadie. De oírte hablar me pongo enfermo, ridículo mastodonte.

-Pues mira, si te pones enfermo -replicó Teeny-, lo mejor que puedes hacer es tomarte uno de esos remedios que vendes en tu barbería; esa medicina que siempre estás recomendando a tus parroquianos para curarle sus miserias. ¡Eres tan insignificante, que si tuviera un canario tendría que darle todos los días dos como tú, para que no se muriera de hambre!

-Sí, tienes razón -replicó "Miserias"-, y si yo tuviera un oso, todo lo que tendría que hacer para matarlo de un atracón sería meterle en la boca una de esas patas tuyas, que parecen barcazas.

La festiva controversia duró hasta que llegaron a la Quebrada del Buitre. Todas las tiendas estaban cerradas a excepción de un par de cafés. La pareja se apeó frente a la barbería de "Miserias", detrás de la cual estaba el despacho oficial de Pete Rice. En el despacho no se veía luz.

-¿Por dónde andará Pete? -preguntó Teeny-. ¿No quedó en esperarnos hasta que llegásemos para darle el informe?
-Así dijo -contestó "Miserias" que en este punto había olvidado ya la discusión que había sostenido con su compañero-. Tal vez haya ido a la cárcel.
Pero en la cárcel respondieron que Pete Rice no estaba allí tampoco. Entonces los dos comisarios se volvieron al despacho del *sheriff* y encendieron la luz. Pete no había dejado ningún recado escrito para ellos.
Teeny y "Miserias" se dirigieron al "Descanso de los Vaqueros" en la calle Mayor. Pete Rice no, bebía, pero pudiera estar allí para interrogar a alguien o ver a algún amigo.
Los comisarios dirigieron la mirada a través de la nube de humo que inundada el local. Allí no parecía hallarse ninguno de los amigos del *sheriff*. Ni Curly Fenton ni Charles Bridger se veían por ninguna parte.
Teeny Butler tuvo una idea.
-Quién sabe si Pete está en casa de Olin Swain –dijo-. ¿No te acuerdas de que hemos visto luz en su casa al pasar? Vamos a ver si lo encontramos allí.
A "Miserias" le pareció bien la idea, y junto con su colega partieron al galope hacia la casa de Swain. En ella había todavía luz y la esposa de Swain no se había acostado aún, pues estaba esperando a su esposo, que según dijo, había salido para un asunto en las primeras horas de la noche.
Los dos comisarios no encontraron rastro alguno de su jefe hasta que hubieron llegado a la parte de la población ya densamente habitada. Curly Fenton y Tom Welcome, un individuo que había venido a la Quebrada del Buitre a reponerse la salud, se dirigían al "Descanso de los Vaqueros". Curly los saludó al encontrarse con ellos.
-¡Hola, amigos –dijo-. Me voy a tomar un trago antes de irme a dormir. Os extrañará encontrarme, pues no soy hombre que salga mucho de casa.
Los dos comisarios acogieron la observación con una sonrisa, pues, Curly Fenton acababa de casarse.
-¿No has visto a Pete? –preguntó "Miserias".
-Sí, lo he visto -contestó Fenton-. Esta noche pasó a caballo frente a mi casa. Mi mujer, precisamente, observó que iba a galope tendido hacia el camino de Summit. Iba tan deprisa, que casi no lo pudimos ver. ¿Queréis tomar algo conmigo?
Los comisarios movieron negativamente la cabeza. Teeny Butler, un día adicto al whisky, no bebía ahora más que té, y en cuanto a "Miserias" todo el líquido que veía era el que les echaba en el cabello a sus parroquianos.
Teeny y "Miserias" se miraron después de despedirse de Fenton, que había entrado en el café. Pete Rice no había ido a Summit de aquella manera, sin tener alguna razón para hacerlo. Y Pete debía llevar mucha prisa cuando no les dejó ningún recado.
-Si Pete se ha marchado a Summit, eso quiere decir que hay bronca -dijo "Miserias"-. Ya que tenemos que ir a Villa India por la mañana, para ver si aquel cuatrero les ha vendido la carne a los indios Hopi, y Summit está en el camino, ¿ qué te parece si nos llegásemos allí esta noche? Por mi parte, yo puedo pasarme sin dormir.
Teeny Butler asintió.
-Estoy contigo y voy a donde quieras -dijo.
Los dos comisarios partieron a galope tendido. Pete Rice podía en aquel momento encontrarse en peligro y necesitar su ayuda. Si el viaje resultaba vano y el *sheriff* aparecía sano y salvo por la mañana en la Quebrada del Buitre no se había perdido nada. De cualquier modo, podrían aprovechar el viaje y llegar hasta Villa India.
Los caballos parecían sentir la ansiedad de sus jinetes y en medio de la noche avanzaban como si acabaran de salir del establo. Sólo una vez la cabalgadura de "Miserias" se asustó un poco al oír el aullido de un coyote mientras galopaban a través del campo raso.

Los jinetes atravesaron desfiladeros, subieron colinas, se hundieron en las hondonadas y al fin siguieron el cauce del río Bonanza. Este río pasaba por Villa India, donde podían interrogar a un par de indios y seguir su camino hacía Summit.
En una vuelta de la vereda, los jinetes divisaron una hoguera en un macizo de árboles, entre el río y el punto en que ellos se encontraban. Tal vez se trataba de un campo ganadero, pero los comisarios sólo advertían pisadas de herradura y no las huellas de la carreta. La pareja contuvo el paso a sus caballos y avanzó hacia el campo.
-¡Salud, señores! -dijo “"Miserias”.
-¡Salud! -contestaron del campo-. ¿Qué buscan por aquí?-La respuesta la habían dado en inglés, pero con acento español y en tono poco amistoso.
-¿Han visto por aquí a Pete Rice? -preguntó “Miserias”-. Nosotros da la casualidad que pasábamos...
-¡Socorro!
Fue una sola palabra que se ahogó en la garganta del que la profirió.
Luego, silencio.
-¡Compadre! -exclamó “Miserias”-. ¡Hemos llegado a tiempo!
-¡No te entretengas! -dijo Teeny Butler.
Antes de terminar sus palabras clavó las espuelas al caballo y éste salió galopando en la dirección del campamento. La jaca de “Miserias” alcanzó en tres saltos al caballo de Teeny. Los dos comisarios llevaban sus 45 en la mano.
No habían reconocido la voz que pedía socorro, pero no cabía duda que algún prisionero, atado, aunque sin amordazar, había lanzado el grito desesperado, antes de que sus secuestradores tuvieran tiempo de taparle la boca. No cabía duda que habían llegado a un campamento de forajidos, y el prisionero que había pedido socorro, podía ser el propio Pete Rice.
¡Buuuum! De la selva partió una descarga de rifle, y uno de los proyectiles pasó silbando entre Teeny y “Miserias”.
Estos se apearon de sus caballos, a los que espantaron, para que se apartaran de aquel lugar, y se parapetaron en la densidad de la maleza.
La vegetación en aquella zona estaba formada en su mayor parte por cactos, cuyas espinas se les clavaban en la carne. Sin embargo, no era aquel el momento para pensar en molestias. Los disparos de los bandidos se sucedían sin interrupción y sonaban como una matraca en los arbustos, en torno de los agentes de la Ley. El ataque tenía todo el carácter de una granizada, acompañada de truenos y relámpagos.
Teeny y “Miserias” entraron en acción, y dirigían los disparos hacia el lugar en donde percibían los llamarazos de las armas enemigas, sin tener para nada en cuenta si sus rivales eran muchos o pocos. Todo lo que los comisarios sabían, era que allí les llamaba su deber, y se dispusieron a cumplirlo.
El fuego de los bandidos iba en aumento y los proyectiles silbaban cada vez más cerca. Los comisarios cesaron de disparar por unos segundos, y se escurrieron por entre el espinoso matorral hacia la izquierda, donde hablaron en voz baja unos momentos.
Las balas llovían en aquella parte de la maleza de que acababan de apartarse.
-¿Dónde nos hemos metido? -preguntó Teeny.
-¿Qué más da dónde nos hayamos metido? –contestó con aspereza “Miserias”-. Tal vez esa voz era la de Pete, que pedía socorro.
-No me pareció que fuera Pete -dijo Teeny, sin abdicar de su valor, pero siempre cauteloso.
Teeny Butler era un soldado veterano, que sabía cuándo avanzar y cuándo retirarse. La hora del amanecer no estaba lejos, y aunque en las tinieblas podían defender contra un enemigo superior y escapar a caballo si la necesidad lo exigía, en cuanto asomase el alba quedarían a merced de sus enemigos. Así era como razonaba Teeny Butler.

Este llevaba en la mano su látigo de mango corto, de madera, y tralla larga, que en la titánica mano de Teeny era un arma mortífera. Su destreza en el manejo de aquel sencillo artefacto era tal, que encendía con él una cerilla sostenida entre los dedos de cualquier persona, sin tocar a ésta.

-Si pudiéramos coger nada más que a uno de esos hombres -susurró-, podríamos hacerle decir, si ese era Pete o no. Creo que la voz no era la suya, pues de haber sido Pete nos hubiera llamado por nuestros nombres, para darnos a entender quién era.

A "Miserias" le pareció lógico lo que su camarada le decía, pero el barberillo de la Quebrada del Buitre estaba empeñado en liarse a tiros con alguien, antes de que saliera el sol.

-No lo pienses tanto, Teeny. ¡A esa morralla nos la merendamos en un santiamén! -dijo con aquella confianza que lo caracterizaba. Al hablar lo hizo con tal entusiasmo, que levantó la voz más de lo que en aquellos momentos convenía a su seguridad. El fuego de los bandidos, que había cesado por un rato, empezó de nuevo.

Por encima de un tronco apareció el cañón de un rifle, a muy corta distancia, y a la izquierda de donde se hallaban. El bandido que llevaba el arma, tan a oscuras como los demás, no se percató de que el rescoldo de la hoguera del campamento, detrás de él, le recortaba la silueta. A Teeny le interesaba apoderarse de aquel rifle, sin duda un Winchester: una adquisición valiosa en caso de que los bandidos decidieran atacarlos.

Teeny no perdió un solo segundo. Guardó el revólver en la funda, cogió su látigo y se deslizó por entre la maleza, hacia la derecha.

El menor crujido de una rama seca suponía la muerte, a manos del bandido. Pero Teeny razonaba que si podía colocarse más allá de la línea de aquel tronco, en que se parapetaba su enemigo, podría atacarlo por el flanco y eliminarle sin gastar un solo cartucho. De este modo, lograría hacerse de aquel Winchester que tanto necesitaba.

La idea, como todas las de Teeny, era un portento de valor, serenidad y estrategia.

Sigiloso como una culebra, de escurrió por la maleza, siempre calculando que la presencia del bandido en aquel sitio podía significar que sus compañeros estaban efectuando un movimiento envolvente, para atacarle a él y a "Miserias" por la espalda, haciéndoles salir de su escondite y cazarlos luego con aquel rifle que los esperaba.

Teeny no tenía mucho tiempo que perder en vacilaciones. Aquel Winchester podía ser su salvación y la de su compañero en cualquier circunstancia.

Teeny se colocó en línea con el tronco del árbol, a una distancia de unos doce pies hacia la derecha. Avanzó hasta colocarse un poco más cerca de en enemigo, que se destacaba, aunque no muy claramente, en la oscuridad. Teeny se puso de rodillas y luego se levantó aunque agazapándose. Finalmente, alzó la mano en el aire y le imprimió un enérgico movimiento, en el que el látigo salió despedido con una fuerza formidable en la dirección del bandido.

Este dio la vuelta empuñando el rifle, pero no tuvo tiempo de apretar el gatillo. *¡C-r-rac!* La correa produjo en el aire un chasquido como un disparó de rifle y alcanzó al bandido en medio de la cara, haciéndole caer al suelo.

Inmediatamente, Teeny Butler se fue hacia él para apoderarse del rifle. Sus botas resonaban al chocar con la maleza. Los bandidos dispararon hacia el lugar de donde procedía el ruido, pero sin asomarse ni exponerse a los disparos de "Miserias", que protegía la maniobra de su compañero.

Uno de los bandidos, más valiente que sus colegas, abandonó su refugio. "Miserias" hizo fuego sobre él y el bandido se desplomó. "Miserias" de un salto se puso al lado de su camarada. El tronco se hallaba situado entre ellos y sus enemigos.

¡Zinc! ¡Pof! Las balas de los rifles y de los 45 mordían el tronco tras el cual estaban parapetados los comisarios, que respondían con un mortífero fuego.

Teeny disparaba ya con el rifle que, como había creído, resultó ser un Winchester. Las fuerzas se habían equilibrado y los dos servidores de la Ley estaban además bien guarecidos, por temor de ser atacados por los flancos.
Súbitamente, se oyeron disparos por detrás, confirmando las sospechas de Teeny, que había recelado que los bandidos trataban de rodearlos, y aparentemente lo habían ya logrado.

Teeny no cesaba de apretar el gatillo de su Winchester, sin perder la serenidad, y al parecer, con satisfactoria puntería, a juzgar por los lamentos que de vez en cuando se oían en las filas enemigas. "Miserias", tendido en el suelo, disparaba furiosamente, dispuesto a vender cara su vida.
Los bandidos atacaron por detrás y se hundieron en la maleza. Dos de ellos llevaban rifles de repetición.
Los dos comisarios luchaban contra fuerzas numéricamente superiores. Ellos eran, al fin y al cabo, seres humanos, y como tales, una bala podía alcanzarlos. Una bala igualmente podía darles en el corazón. Pero lo que no conseguiría ninguna bala de Arizona sería infundirles miedo.
Teeny y "Miserias" siguieron disparando. Era necesario matar para poder vivir, aunque no tenían el menor deseo de matar a nadie. La Ley a cuyo servicio estaban, los ponía en aquel trágico compromiso. Teeny Butler y Hicks "Miserias" se habían encontrado en muchas situaciones difíciles en la vida, pero ninguna tan comprometida como la que se encontraban en aquellos momentos.
Pete Rice, al hallarse a merced de Bristow el "Halcón", había pensado en sus dos compañeros, y éstos, en análogas circunstancias, se acordaron de Pete Rice.
Este, aunque ellos no lo sabían, se encontraba en una situación mucho peor que la suya. Teeny y "Miserias" por lo menos, podían defenderse. Pete Rice no podía.

CAPÍTULO VI
UN BILLETE PARA EL CEMENTERIO

Bristow el "Halcón" no supo resistir a la tentación de mofarse de su rival que nada podía hacer, encañonado como estaba por el revólver del bandido.
-No te devanes los sesos, Pete Rice, que esta vez no hay escape posible -dijo Bristow-. En estos dos revólveres hay doce balas, y te las voy a meter en el cuerpo. Son otros tantos billetes de entrada en el cementerio de Boot Hill; billetes de ida, pero no de vuelta. ¡Y aun creías tú que le ibas a ganar la partida a Bristow el "Halcón"!
Este empuñaba firmemente sus armas. En su cara de halcón se reflejaba una indescriptible crueldad. Las circunstancias estaban a su favor, y él lo sabía. Bristow no se resignaba a sacrificar el deleite de la victoria.
-Bristow el "Halcón" es demasiado listo para dejarse coger por Pete Rice -dijo en tono despectivo-. ¡Demasiado listo!
El *sheriff* había abandonado su plan de abalanzarse sobre el bandido, que se había echado hacia atrás un paso más, dispuesto a poner fin a la escena y a la vida de Pete Rice.
Este era ligero de piernas, pero no hay piernas tan ligeras como una bala. El *sheriff* pensó que tal vez podría ganar tiempo ofendiendo la vanidad de Bristow, a cuya merced se encontraba. Tal vez lograra que el "Halcón" lo guardase para torturarle, y de este modo, siempre existía la esperanza de que alguien viniese en su ayuda.
-¡Eso de que tú seas tan listo como dices es algo que me hace reír! -respondió Pete a las baladronadas de Bristow-. Tú no eres más que un granuja. Precisamente, por eso has elegido

una carrera que te ha llevado a presidio y que te volverá a meter allí, aunque sólo por poco tiempo; mientras te preparan la cuerda para echártela al cuello.
Pete pensó que una observación tan injuriosa precipitaría su muerte o, tal vez, una tregua, y decidió correr el albur.
En aquel momento se oyeron un par de jinetes que venían trotando a través de la maleza, de las márgenes del Bonanza. Uno de los jinetes era probablemente Olin Swain que volvía del campamento de los bandidos. ¡Si Pete pudiera contener al "Halcón" hasta que llegara Olin Swain!
Este era un malvado, mas Pete Rice no podía aceptar la idea de que el empleado de Banco fuese un canalla completo. Swain, por lo menos, podía entretener a Bristow hablando. Cualquier cosa podía ocurrir, y Pete Rice esperaba que sucediera.
El *sheriff* volvió a correr un nuevo albur y trató de encolerizar a Bristow, para que éste aplazase su muerte para someterlo a la tortura.
-No hay nadie más necio, Bristow -dijo-, que aquel que cree que lo sabe todo. Y en eso, tú le das ciento y raya al más pintado.
Bristow refunfuñó por toda respuesta. El bandido había anticipado el placer de contemplar a su enemigo pidiéndole misericordia.
-De todas maneras -replicó-, si soy tan necio como dices, tú no tendrás ocasión de saberlo. Mira por última vez este revólver. Te he ganado por la mano, y por mucho tiempo he estado esperando que llegara este momento. A lo mejor, me dará por matar también a mis compañeros, y luego me iré para la frontera y nadie sabrá quién mató a Pete Rice.

-Eso es una tontería más, como todas las tuyas -contestó irónico Pete. Los jinetes se acercaban, y Pete pensó que si seguía hablando, tal vez Bristow los oiría antes de decidirse a disparar contra él-. Eso de que los muertos no hablan no es tampoco verdad -dijo Pete-. Los muertos hablan, y más de la cuenta muchas veces. Estoy cansado de mandar gente al patíbulo por la acusación de los muertos.
Pete seguía ganando tiempo. Las figuras de los jinetes comenzaban a dibujarse en la oscuridad.
-Claro que no han acusado de palabra -continuó Pete-, pero la forma en que la muerte había tenido lugar me decía más que si los muertos hubieran hablado. Yo ya sé que estoy perdido, pero tú, Bristow, no tienes más posibilidades de escapar que la que puede tener un cordero entre una manada de lobos.
Los jinetes aparecieron por fin. Uno de ellos tenía aspecto de mestizo; el otro era Olin Swain. Pete pudo distinguir el amplio sombrero Stetson con el ala curvada, así como los amplios hombros, uno más alto que el otro, y la nariz aquilina que se perfilaba en la oscuridad.
¿Se atrevería Bristow a matarle? ¿Quién era el jefe allí, Swain o Bristow?
El jinete alto se apeó de su caballo.

-¿Qué pasa aquí, "Halcón"? -preguntó el recién llegado.
-Bristow el "Halcón", portándose como un hombre, tal como acostumbra -respondió el interrogado, en un alarde de hombría-. ¡Y lo que es más, no hay nadie que me impida hacerlo! Pete Rice se va de este mundo en un par de segundos.
El jinete se lanzó sobre el bandido. De cada uno de los revólveres que empuñaba Bristow salió un llamarazo.
Una de las balas hirió de refilón a Pete en la sien derecha, marcando en ella una línea superficial. El otro proyectil le rozó la oreja izquierda. El *sheriff* se sintió aturdido y débil, pero antes de caer observó que el compañero de Bristow le había desviado el arma homicida.
Al mismo tiempo oyó varios disparos, como si a cierta distancia, hacia el norte, se estuviese librando una batalla. ¿Era que Teeny Butler y "Miserias" venían a auxiliarlo, o se trataba sólo de una ilusión?

El suelo se estremecía debajo de él, o al menos, así lo parecía. Los oídos le zumbaban. ¿Volverían a sonar los disparos? ¿Lograría Bristow aniquilarlo de un balazo?
¿A qué se debía aquella dilación? ¿De dónde procedían aquellos disparos que él percibía débilmente en la distancia? De pronto sintió en la cabeza una extraña sensación, que atribuyó al efecto de una bala al alojarse en el cerebro.
Pete revivía en su mente las escenas familiares en la "Quebrada del Buitre", con su madre y sus compañeros Teeny Butler y "Miserias". Estas escenas se disiparon pronto en las tinieblas.
Pete abrió los ojos y miró en derredor. Sobre la cabeza le descargaban unos diez mil martillos. Pete estaba tendido en el suelo entre la maleza. El bandido Ramón había desaparecido. Pete oía la voz de Bristow:
-Este es el momento, Swain, de librarse de él. Tú no conoces a Rice como yo lo conozco, y si no quieres arrepentirte, déjame que le meta un par de balas en el cuerpo, ahora mismo.
La conversación siguió luego en voz baja, y a Pete le pareció que Swain no quería que se le matase inmediatamente.
¿Era posible que Swain fuese tan perverso, que quisiese también someterlo a la tortura?
Pete trató de levantarse, pero sus fuerzas no se lo permitieron. Movió violentamente la cabeza para sacudirse la torpeza que le invadía el cerebro. Un segundo después oyó un ruido en la maleza y vio a Ramón que se dirigía hacia él, llevando de la rienda a *Sonny*.
El animal se resistía y sus señales de rebeldía se mostraban en los resoplidos de sus dilatadas narices, en la elevación de la cola y en el blanco de los ojos, que le resplandecían en la obscuridad.
Aun en su abatida condición, Pete comprendía los movimientos de *Sonny*, al cual la crueldad y el mal trato lo volvían tan peligroso como un caballo salvaje. Bristow había infligido la tortura a *Sonny*, en aquellos momentos el animal era tan temible como un toro enfurecido. *Sonny* era un animal que podía montar un niño, pero un bandido ¡nunca!
El *sheriff* vio al caballo que se levantaba sobre sus patas traseras dispuestas a hundirle el cráneo a Ramón.
Esa era probablemente la pena que Ramón merecía, pero Pete no toleraba en su presencia que se despojase de la vida a un ser humano, aparte de que sabía que Bristow mataría al caballo.
-¡Abajo, *Sonny*, abajo! -gritó Pete, con una voz que parecía venir de la lejanía-. ¡Abajo, *Sonny*!
Sonny bajó las patas y empezó a corvetear juguetonamente al oír la voz de su dueño, y tirando de la rienda de que Ramón lo llevaba, se dirigió hacia donde estaba Pete.
Este trató de incorporarse, con la idea de montar sobre *Sonny* y perderse en la obscuridad.
No sabía si podría lograrlo, pero reflexionaba que, de cualquier manera, nada perdería con probarlo, pues todo era preferible a quedarse en aquel lugar, donde a cada instante le acechaba la muerte. Pete logró ponerse de rodillas y luego, de pie. Las piernas le temblaban cuando trató de acercarse al caballo.
Bristow el "Halcón" saltó hacia él, profiriendo una blasfemia. ¡Crac! La culata de un 45 cayó violentamente sobre la cabeza del *sheriff*. Toda resistencia tiene su límite. Instintivamente, Pete pegó un puñetazo a Bristow, pero las piernas se le doblaron y volvió a desplomarse con la cara contra el suelo.
-¡Vete, *Sonny*! -gritó. La voz tenía un sonido extraño en sus propios oídos-. ¡Vete, *Sonny*!
Sonny se precipitó velozmente por entre la maleza. Ramón levantó su 45, disparó al azar y erró el tiro. La segunda vez apuntó con más cuidado.
-No tires, Cerillos -dijo Bristow-. No tengo interés en matar al caballo. Ya lo cogeremos cuando nos convenga. Además puede que lo necesite.
Pete sintió una sensación de alivio, al ver que Cerillos cumplía la orden de Bristow y bajaba el arma.

Un pensamiento feliz asaltó de pronto la mente de Pete. Él estaba en manos de unos asesinos, pero a *Sonny* no lo volverían a agarrar más, aunque ellos creyeran lo contrario. Y si aquellos tiros que él oía a lo lejos le indicaban la proximidad de Teeny Butler y "Miserias", *Sonny* podía aún encontrar a los dos comisarios y guiarlos a aquel lugar.
Pero pronto pensó que la ayuda, para ser de verdadero efecto, tenía que llegar sin pérdida de tiempo. Hawk Bristow estaba hablando con Ramón y con el otro bandido que había venido del campamento.
-Vosotros dos -dijo-, id a recoger a ese "socio". ¿Has visto alguna vez tostar a un *sheriff* en la parrilla, Cerillos?
-No, señor -dijo el otro, con voz temblorosa.
Bristow y el otro bandido soltaron una diabólica carcajada.
-¡Vaya un amigo que nos ha salido! -dijo Bristow para humillar a Cerillos-. No vaya a resultar ahora que te desmayes de ver sufrir a un hombre. Tu educación comienza ahora, Cerillos. Vas a oír a un hombre chillar como un conejo, tan pronto como Swain vuelva a la Quebrada del Buitre.

CAPÍTULO VII
UN BANDIDO MISERICORDIOSO

Los bandidos cogieron el inerte cuerpo de "Pistol" Pete Rice. Ramón Cerillos lo aguantaba por los brazos. Los otros dos forajidos, uno de ellos un individuo corpulento y con una horrible cicatriz en la cara, lo llevaban por los pies. Lo conducían como si hubiera sido un muerto, tal vez en anticipación de lo que pronto iba a ser en sus manos.
La comitiva avanzó por entre la espesura y emprendió luego el camino a lo largo de una empinada vereda. Hacia la izquierda se oía el dulce murmullo del agua que fluía tranquilamente. Iban acercándose a las márgenes del río Bonanza.
Pete percibía el olor de la madera al quemarse y calculó que venía del campamento de los bandidos. Haciendo un esfuerzo trató de librarse de la modorra que le invadió. ¿Cuántos hombres habría ocultos en aquel campamento? Muchos, con toda probabilidad, pues Bristow, en sus fechorías, contaba con la superioridad numérica de su gente.
El bandido iba a la cabeza de la comitiva, abriendo el paro y marcando el camino. Si de Bristow hubiese dependido, a aquellas horas Pete Rice sería ya cadáver.
Más ¿por qué no habría consentido Swain que mataran al *sheriff*? Swain debía estar aviándose para cruzar la frontera, y debía saber que en cuanto se marchara, Bristow no sólo mataría a Pete, sino que lo torturaría antes de matarlo.
El viento soplaba de la parte de la ladera, trayendo un ruido apagado de voces. Estas se oían aún en la distancia, y una vez en el campamento, la probabilidad de escaparse era muy remota. Pete tenía sólo una ventaja en su favor y era que sus enemigos creían que estaba aún privado del conocimiento, ya que de otro modo, le hubieran atado los brazos y las piernas.
Pete Rice tenía un poder, maravilloso en extremo, de recobrar sus facultades. Con la inmensa confianza que tenía en sí mismo, pensó en sobreponerse a las circunstancias y tratar de ganar su libertad sin ayuda extraña.
Desde el primer momento, Pete comprendió que Ramón Cerillos no era un bandido sanguinario. La pobreza y la miseria podían haberle arrastrado al crimen, y según las palabras que le había oído a Bristow, Ramón no podía resistir el espectáculo del tormento. Ramón, de todas maneras, no era tan perverso como sus compañeros.
Era absurdo el creer que los mestizos eran crueles en su totalidad. Entre ellos los había buenos y malos, y algunos, como Cerillos, eran la mitad buenos y, la otra mitad malos.

Pete meditaba. Si en un momento dado pudiera agarrar a aquellos tres mestizos por sorpresa sólo le quedarían por enemigos Bristow y el individuo de la cicatriz. Es claro que dos eran ya bastante, pero no se había hecho aún de día, y de conseguir escapar, podría llamar a *Sonny* con la señal que el inteligente caballo conocía tan bien.
El animal vendría a buscarlo y *Sonny* era el caballo más ligero en todo el Suroeste. Había llegado el momento de jugarse el todo por el todo.
La senda torcía hacia la izquierda, en la dirección de la margen elevada del Bonanza. El olor a madera quemada era cada vez más perceptible. Las voces se escuchaban con toda claridad. El campamento de los bandidos estaba casi en la cima de la colina. No había tiempo que perder, pues cada paso que la comitiva avanzaba era una desventaja más para Pete.
Suspendido por los brazos y las piernas, el *sheriff* era un peso muerto. Con los ojos entreabiertos observaba a Bristow el "Halcón". El bandido marchaba con la cabeza inclinada absorto en sus siniestras maquinaciones de venganza y tortura. Era éste el momento oportuno; el momento que reclamaba la acción.
Si la estratagema no le salía bien, Pete calculaba que lo matarían sin dilación, lo que sería siempre preferible a la tortura, y si aquellos disparos en la lejanía eran de Teeny Butler y "Miserias" que se acercaban, tal vez los comisarios oirían los tiros que Bristow y el bandido de la cicatriz dispararían contra él.
Pete se enderó, dio un feroz puntapié para desasirse del hombre de la cicatriz, y le metió el tacón de la bota con toda la fuerza en los riñones. El forajido lanzó un alarido, al mismo tiempo que soltaba la pierna izquierda, impelido por la bota del *sheriff*.
Pete, al mismo tiempo que descargaba su formidable puntapié, se desasió de Ramón, que lo sujetaba por la muñeca izquierda. En aquellos momentos el *sheriff* no se fiaba ni de Ramón, a quien le dio un demoledor *uppercut*, que lo hizo caer de espaldas. Pete, al perder el apoyo de Ramón, cayó al suelo juntamente con éste, y en el momento en que tocó tierra con el pie derecho, le plantó un puñetazo a Bristow detrás de la oreja. Bristow lanzó una blasfemia y llevó la mano al revolver.
El 45 del bandido hizo un disparo. Pete se echó hacia la derecha. ¡Pam! El puño del *sheriff* descargó otra vez con toda la fuerza detrás de la oreja del bandido, que cayó a tierra. ¡Bristow había errado el tiro! La pólvora al quemarse le había socarrado al *sheriff* la camisa y el chaleco.
Pete le arrancó a Bristow el arma de la mano de un puntapié. Inmediatamente, se echó a correr hacia el río, pero a cierta distancia de la vereda. Al correr describió un zig-zag, como si fuese un conejo. Una bala le pasó silbando cerca de la cabeza. Otra le rozó la oreja izquierda. El plomo llovía en derredor suyo, por entre las piernas y hacía sonar las hojas y las ramas secas por entre las cuales avanzaba. La rapidez en el correr y la oscuridad eran sus únicos aliados en la huída.
Bristow el "Halcón" debió recoger el revólver que Pete le había quitado de la mano y debía también haber sacado el otro revólver que llevaba, pues ambos disparaban sobre el *sheriff*. Una bala rozó el cuello a Pete en su desesperada carrera.

Pete siguió corriendo en la esperanza de ganar la margen del río. Era un gran nadador y no le preocupaban las traicioneras corrientes del río Bonanza en aquella parte de su cauce.
Por unos momentos el fugitivo se refugió al amparo de las rocas que lo protegían momentáneamente. Pero unos instantes después, llegó a un claro, en donde el chaparral no le ofrecía seguro alguno contra las balas de sus perseguidores. ¡Pero el río estaba ya a la vista!
De uno de los cedros que flanqueaban la ruta de Pete, salió una voz atronadora. La cima de la colina estaba llena de bandidos, revólver en mano. Pete había perdido toda la posibilidad de salvarse.
Algunos de los forajidos iban armados de rifles, con las cuales podían cazarle, antes de que diera un solo paso. A pesar de todo, Pete continuó su carrera, pensando que era mejor morir

así que no torturado por sus enemigos. Entretanto, Bristow el "Halcón" seguía disparando detrás del fugitivo.
-¡Alto! -ordenó una voz áspera desde lo alto de la colina-. ¡No tires más, Bristow!
El tiroteo cesó en aquel momento.
-Acércate, Rice -dijo la misma voz-. Es inútil que trates de escapar.
Pete se había dado perfecta cuenta de ello sin que se lo dijeran. ¡Otra vez había caído en la trampa! Pete calculaba que aquella voz debía ser la de Swain, aunque había perdido su individualidad a tanta distancia. Sin embargo, sólo Swain podía ser quien daba órdenes a Bristow.
Bristow y sus mestizos esbirros rodearon a Pete. Bristow le metió el revólver en las costillas y dio orden de que lo ataran, lo que Ramón y el hombre de la cicatriz hicieron inmediatamente, utilizando unas correas.
Pete había fracasado en su intento de recobrar la libertad y esta vez su situación era aun menos esperanzada que antes.
Él que había hablado desde la cima de la colina ordenó a Bristow que le llevara al prisionero, y Bristow repitió la orden a los bandidos, quienes cargaron sobre sus hombros a Pete, atado de pies y manos, y con él a cuestas escalaron la ladera. El forajido de la cicatriz dirigió a Pete soeces insultos, sin duda recordando él furioso puntapié que el *sheriff* le había dado en la espalda un rato antes.
Al amparo de unas rocas que circundaban el campamento, los bandidos habían encendido varias hogueras. Las rocas eran más altas en la dirección Norte y del Sur. Hacia el Oeste se marcaba la garganta que daba salida al Bonanza. Hacia Oriente, una selva se perdía en la obscuridad.
A Pete, una vez en el campamento, lo dejaron junto a una roca de granito, no lejos de la hoguera. El *sheriff*, inmediatamente, pasó la mano por el suelo, esperando encontrar algún casco de botella como los que en más de una ocasión le había servido para cortarse las ligaduras. Pero fue inútil.
Pete permaneció echado resignadamente, y agitando el cuerpo en la medida que le permitían las ligaduras, consiguió cambiar de posición, hasta que, desde el sitio en que se encontraba, podía ver la cara de Bristow, sentado junto a la hoguera. Frente a él, y de espaldas a Pete, se encontraba el jefe.
-Como te decía, Swain -Bristow era el que hablaba-, no debemos perder un minuto en matarle. Si no hubiera sido por Rice, a estas horas tendríamos el dinero del Banco.
Pete logró solamente percibir unas pocas de las palabras con que Swain contestó.
-No. Espérate a que yo me vaya, y entonces, puedes hacer de él lo que te parezca, que a mí lo mismo me da. Si la *posse* de Summit viene a buscarnos y nos corta la retirada, tiempo habrá entonces para volarle la cabeza.
Pete continuó agitándose.
-¡Swain, tú estás loco! –exclamó-. ¿Qué va a ser de tu mujer y de tus hijos? ¿Es posible que te hayas convertido en una fiera? ¿No tiene tu familia derecho a alguna consideración? Tú sabes que en esta partida llevas la de perder, y deberías tener talento suficiente para conocerlo.
Pete no esperaba que Swain le contestara y Swain no le contestó, pero un par de minutos más tarde, un mestizo se llegó a Pete con un par de pañuelos grandes, uno de los cuales le puso en la boca a manera de mordaza. El otro se lo ató alrededor de la cara. La mordaza le hizo perder a Pete las fuerzas, más que las ligaduras que le sujetaban.
El *sheriff* yacía meditando sobre lo extraño del caso de Swain, para quien la única piadosa explicación que encontraba era que se había vuelto loco. Más importante, sin embargo, que la situación de Swain era la suya propia. Toda esperanza de escapar se había disipado en su corazón. Las ligaduras que lo sujetaban eran de cuero duro.

Era, sí, probable que en Summit se hubiese formado una *posse* para salir en su busca pero en el momento en que sus amigos avistaran a los bandidos y empezaran a sonar los tiros, sólo le quedaría resignarse a una muerte rápida.
El *sheriff* contemplaba la hoguera. Alguno de los troncos podía despedir una brasa en su dirección. Una vez consiguió cortar de aquella manera las ligaduras que lo amarraban. Aquella noche, sin embargo, las circunstancias no parecían favorecerle.
Varios de los bandidos se hallaban en aquel momento tendidos sobre sus mantas, y algunos descansaban con la cabeza apoyada en la mano, fumando mariguana. Otros estaban bebiendo pulque, aunque no parecían ebrios. Bristow el "Halcón" se preocupaba de que su gente no se emborrachase.
A cierta distancia en la vereda se oyeron pisadas de caballo. Unos minutos más tarde todo el campamento estaba sobre las armas. Un mestizo llegó a todo el galope de su caballo. Más allá de la hoguera, Pete lo veía hablando con los bandidos. Evidentemente, algo extraño sucedía. Tal vez el mensajero traía noticias de que la *posse* de Summit venía en aquella dirección. De ser así, Pete pensó que probablemente no vería el próximo amanecer.
La conferencia terminó. Los jefes de la partida y varios de sus secuaces saltaron sobre sus caballos. Pete oía el galope a lo largo de la vereda. Los bandidos se dirigían hacia Villa India, a lo largo de las márgenes del Bonanza.
Sin embargo, en el campamento quedaba bastante gente para guardar el prisionero. Pete oyó la voz de Ramón, a quien él creía más honrado y de mejor corazón. A Pete le asaltó la idea de persuadir al mestizo, prometiéndole dinero e inmunidad.
Tal vez el hombre sabría sentirse agradecido hacia Pete que lo había salvado de morir aplastado entre las patas de *Sonny*, aunque a última hora pudiera resultar uno de tantos desalmados que habitan la frontera.
En el campamento volvió a reinar el silencio. Pete Rice era hombre que no se amilanaba, aun en los momentos más comprometidos. Su máxima era que siempre hay salida para todas las situaciones de compromiso en la vida. ¿Pero cómo? ¡Si él pudiera atraer a Ramón, sin despertar las sospechas de los otros bandidos!
Pete oyó hacia la izquierda un ruido, como el de algo que se arrastraba, a cierta distancia ya de la hoguera. El ruido se mezclaba con los ronquidos de los bandoleros que se habían entregado al sueño. Alguien, evidentemente, venía hacia él. ¿Quién podría ser? ¿Sería Ramón? ¿Le habría juzgado acertadamente?
La misteriosa forma se iba acercando furtivamente en la oscuridad. Pete no podía distinguir quién era, aunque sí sabía que se trataba de uno de los bandidos, pues podía ver el sombrero picudo que llevaban todos. Sin embargo, no lograba verle la cara.
Un momento después, Pete vio que el desconocido llevaba un cuchillo en la mano. ¿Era Ramón que venía a cortarle las ligaduras?
Una brasa saltó de uno de los troncos, y por unos instantes alumbró el rostro del bandido, que se encontraba nada más que a unos pies de distancia de Pete Rice. El bandido levantó la cabeza y se puso el cuchillo en la boca.
Pete perdió toda esperanza. El bandido no era Ramón, sino el bandido de la cicatriz, a quien el *sheriff* le había asestado un formidable puntapié en los riñones. Este, una vez alejados sus jefes, quería llevar a efecto su venganza.

CAPÍTULO VIII
TEENY RECONOCE UN CABALLO

Teeny Butler y “Miserias” continuaron defendiéndose con las espaldas apoyadas la una contra la otra. Por uno de los lados estaban protegidos por aquel tronco de árbol. Los dos comisarios conocían, como cualquier indio apache, la táctica del Suroeste: cuándo luchar en grupo, cuándo cambiar posiciones y cuándo desparramarse.
Dos veteranos de aquel calibre podían muy bien defenderse contra una fuerza superior en la obscuridad de la noche. Pero con el rayar del alba, las cosas cambiarían de aspecto. El sol disiparía su superioridad temporal con la misma facilidad con que disipa las sombras. Las tinieblas son siempre el aliado del débil.
El Winchester de Teeny se estaba portando admirablemente. Teeny tiraba a matar, pues las circunstancias así lo exigían.
Los bandidos, que habían mostrado cierta intrepidez cuando se las habían sólo con los 45, se enfriaron un poco en cuanto el Winchester entró en acción, de tal manera, que la mayoría de los bandidos habían vuelto a sus posiciones, sin atreverse a asomar la cabeza fuera de ellas. Los más audaces quedaban aún en el campo, y unos cuantos más se quedarían allí por mucho tiempo, a no ser que alguien viniera a enterrarlos.
Las balas seguían haciendo de las suyas entre la maleza que ocultaba a los dos comisarios. De vez en cuando alguna se incrustaba en el tronco que les servía de baluarte o silbaba por encima de ellos. Los tiros, sin embargo, procedían de larga distancia, ya que los bandidos no se atrevían a acercarse al Winchester.
Uno de los dos tiradores que disparaban por detrás de donde se hallaban los comisarios, estaba herido. El otro disparaba con la mayor cautela, y aunque su puntería no era tan certera como la de su compañero, constituiría siempre un peligro mientras operase en aquel lugar estratégico.
Una preocupación había asaltado a Teeny. Las municiones del Winchester se acababan, aunque el tirador que él había derribado probablemente llevaba municiones en abundancia. Pero el bandido había caído a cierta distancia y entre él y los comisarios había varios bandidos que no cesaban de disparar. Teeny Butler tendría que recurrir de nuevo a su 45, a no ser que eliminara al otro tirador y se apoderase de la canana de éste.
Teeny pensó en repetir la hazaña que antes había realizado victoriosamente con su látigo, aunque en aquellos momentos, rodeado como estaba de enemigos, la aventura podría resultar un poco más peligrosa.
De pronto “Miserias” lanzó un grito de dolor. Teeny mostró no menos pena en su semblante, pues para el gigantesco Butler, era el pequeño barberillo de la Quebrada del Buitre como un hermano.
La sombra de la preocupación se le borró sin embargo del semblante, cuando “Miserias” se le acercó y le dijo al oído:
-Aquí hay que ser astuto. Tal vez nos convenga más que crean que estamos muertos o heridos...
Teeny comprendió la idea, aun antes de que su compañero acabara de expresarla. De todas maneras, le tranquilizaba que el lamento de “Miserias” hubiese sido fingido.
Teeny se puso en pie, para invitar así el fuego de sus enemigos. El Winchester flameó en la obscuridad. Al llamarazo respondió una descarga. Teeny lanzó un grito de dolor, que se le ahogó en la garganta. El Winchester cesó de disparar por un minuto.
Los bandidos lanzaron un grito triunfal y avanzaron hacia el lugar en que estaban ocultos los dos comisarios. El individuo que llevaba el Winchester creía que la batalla había terminado y cargó a través de la maleza, con el rifle al hombro, hasta que “Miserias” le metió una bala de su 45 en el hombro mismo en que llevaba el rifle. El bandido cayó, lanzando un grito de dolor, que esta vez era auténtico.
En tres saltos, “Miserias” estaba junto al herido. Dos de sus compañeros lo atacaron, pero Teeny, que protegía la salida de “Miserias” derribó a uno de sus atacantes.. El otro se escurrió

como un conejo por entre la hierba. Un momento más tarde, “Miserias” tenía en su poder la canana del herido, y su propio rifle vomitaba fuego contra los bandidos.
Cada uno de los comisarios contaba ahora con un Winchester y la canana del herido sería bastante para suministrarles municiones mientras durase el combate, aunque no interesaba abrirse paso a través de sus enemigos y saltar a toda prisa sobre sus caballos.
En los primeros instantes del encuentro habían percibido ruido de disparos, en la dirección del río Bonanza, y sospechaban que su jefe Pete Rice se hallaba en peligro. De ser así, su puesto estaba con él.
Teeny y “Miserias” creían que la ocasión les favorecía en aquel momento para retirarse con relativa seguridad. Uno de los bandidos había huido a toda prisa y supusieron que iba en busca de refuerzos,
Los dos compañeros celebraron una conferencia en tono apagado, mientras los proyectiles les silbaban por encima de la cabeza o chocaban contra la hierba. “Miserias” se marchó arrastrándose hacia uno de los lados, y allí dio la vuelta para llegar al sitio hacia donde habían espantado los caballos.

Teeny, mientras tanto, no cesaba de hacer fuego. De vez en cuando cambiaba de sitio y soltaba un par de tiros con sus 45, dando así la impresión de que había dos tiradores detrás de aquel tronco de árbol, en lugar de uno. En aquel momento no tiraba a matar. Los bandidos habían recibido su lección, y en lo sucesivo se lo pensarían mucho antes de atacar a los representantes de la Ley.
De entre los árboles salió un grito apagado, que pudo haber sido el de un búho, aunque Teeny reconoció que venía de “Miserias” que le indicaba que los caballos estaban ya listos para escapar de aquella encerrona.
Teeny disparó tres tiros en la dirección de los bandidos, pero sin fijar la puntería, y con una agilidad que no hubiera cabido esperar en un hombre de su tamaño, se deslizó hacia uno de los lados. Allí disparó dos tiros más y volvió a cambiar su posición.
Los bandidos, que no sospechaban la estrategia del comisario, abrieron otra vez el fuego contra él.
Con su gigantesco cuerpo cortó a través de la espesura, atrayendo hacia sí el fuego concentrado de sus enemigos, de manera que tuvo que agacharse y devolver el fuego. Finalmente, sin embargo, se encontró al lado de su caballo y saltó sobre la silla. “Miserias” estaba ya montado sobre su huesuda cabalgadura. Los dos comisarios picaron espuelas y emprendieron la marcha a lo largo de la vereda, en dirección a Villa India.
Los bandidos se dieron entonces cuenta de que se les había escapado la pieza, e hicieron contra los fugitivos dos o tres descargas. Teeny y “Miserias” siguieron su camino, sin acordarse de la aventura que acababan de correr y completamente seguros de que nadie osaría alcanzarlos.
-¡Que me coma un coyote -dijo-, si no me da el corazón que Pete está en un apuros! Aquellos tiros y aquella voz... ¿Estás seguro que no era la voz de Pete que pedía socorro?
-Seguro del todo -replicó Teeny.
-Entonces, ¿quién crees tú que pudiera ser?
-¡Por tu madre, medio cuartillo! No me vengas a mí con jeroglíficos. De todos modos, pase lo que pase, aquí llevamos un par de Winchesters que es lo que hemos sacado de la última trifulca.
-Tienes razón. Y ese látigo tuyo vale su peso en oro. Yo me dejé las “boleadoras” en el caballo y más de una vez hubiera querido tenerlas allí conmigo.
El rostro de Teeny se mostraba sombrío y solemne.
-No deja de ser extraño -dijo-, que cuando andábamos buscando a Pete, nos hayamos encontrado con alguien más en poder de los bandidos. Empiezo a pensar que entre una cosa y otra hay alguna relación...

Teeny suspendió aquí su discurso. En aquel momento atravesaba una alameda. El mayor de los comisarios agarró la rienda del caballo de su compañero y lo atrajo hacia el refugio que ofrecía la espesura.
En el prado que se extendía hasta la serva se oían pisadas de caballo. Unos momentos después divisaron a cinco jinetes, cuyas figuras se recortaban en la obscuridad. Tres de ellos llevaban sombreros de copa puntiaguda.
-Esos deben ser los refuerzos que salió a buscar aquel mestizo -dijo en voz baja Teeny-. Tal vez podamos capturar a todos, esos hombres, y averiguar así de lo que se trata.
Teeny sacó su 45 y apuntó al primero de los jinetes.
-¡Alto! -gritó con voz de trueno-. ¿Qué os trae por aquí?
Un tiro resonó en el aire por toda respuesta. La bala se incrustó en el tronco de un árbol, cerca de uno de los caballos. Dos disparos más siguieron al primero.
Teeny e Hicks se apearon inmediatamente y ocultaron sus caballos en la maleza. Los dos comisarios tenían la ventaja de la posición y pudieron haber aniquilado a aquellos merodeadores, pero preferían capturarlos vivos.
Los del grupo se dieron cuenta pronto de la desventaja en que se encontraban en aquel lugar abierto, y a una voz de mando de su jefe, picaron espuelas a los caballos y se refugiaron entre los árboles, disparando la carrera.
"Miserias" había tenido la precaución de no desmontar sin llevarse las boleadoras con él. Con éstas en la mano, apuntó cuidadosamente al primero de los jinetes. Las boleadoras cruzaron el aire y se arrollaron en las patas del caballo, que cayó a tierra como herido por un rayo. El jinete saltó por las orejas, y el caballo que venía detrás tropezó con el caído, y aunque no vino a tierra, derribó en la sacudida al jinete que lo montaba.
La estrategia de "Miserias" había cambiado la situación. Los tres bandidos que quedaban en la silla, gritaban acaloradamente en español, y volviendo grupas, se aprestaron a la huída.
Los otros dos jinetes que rodaban por el suelo los hicieron detenerse, al mismo tiempo que hacían fuego contra los árboles. Los dos eran hombres de extraordinaria corpulencia. Uno de ellos llevaba un sombrero Stetson, con el ala curvada. Empuñaba dos brillantes revólveres y no cesaba de disparar.
El látigo de Teeny entró en este momento en acción, alcanzando al del Stetson en la mano y haciéndole soltar el arma que llevaba. *¡Crac!* El golpe de la correa le abrió una cortadura en la mano, haciendo soltar al bandido el otro revólver.
Su compañero, rodilla en tierra, disparaba con toda su alma. Sin embargo, el 45 de "Miserias" le apagó su ardor bélico, al enviarle una rociada de balas que zumbaron junto a él como si hubiera sido un avispero enfurecido.
Por fin, el de la rodilla en tierra llamó en alta voz. Él y sus compañeros corrieron hacia uno de los caballos, montaron en él y picando espuelas partieron al galope tendido. Los tres mestizos formaron una especie de retaguardia, y al partir, hicieron una descarga contra los árboles.
El caballo que "Miserias" había derribado trataba, jadeante, de librarse de la correa que le sujetaba las patas y, finalmente, logró desasirse cuando "Miserias" llegó hasta él. El caballo, sin embargo, renqueaba.
-Ven aquí, Teeny -dijo Hicks-. Si este caballo tiene la pata rota, lo más humanitario será que le peguemos un tiro.
Teeny se agachó y miró la pata del animal. El comisario lanzó un suspiro de alivio al ver que no estaba rota, tratándose sólo de una torcedura. El comisario acarició al animal.
-Lo malo es -dijo hablándole al caballo-, que tu amo se ha escapado sin un rasguño, y tú, que no les has hecho ningún mal a nadie, la has pagado por él. La vida es así -concluyó filosóficamente Teeny.
Este se quedó de pronto mirando reflexivamente al caballo.
-¡Que me coma un coyote -exclamó-, si esto no es lo más extraño que he visto en mi vida!

-¿Qué es lo que tiene eso de extraño? -dijo “Miserias”, dispuesto a discutir con su amigo, ahora que había desaparecido el peligro.
-Este caballo -contestó Teeny.
-Yo no le veo nada extraño -insistió “Miserias”-. Es un caballo con cuatro patas, ¿no es así? Con todo ese misterio, cualquiera creería que tenía cinco o seis, como esos fenómenos que salen en el circo.
Teeny permaneció en silencio por unos instantes. En su vida de *cowboy* había sido una vez segundo capataz en un rancho de Arizona, y entendía de caballos tanto como, el que más. Con ojos de intensa curiosidad, Teeny examinaba al animal. Era éste de color gris acero, con las cuatro piernas calzadas de blanco.
El *cowboy* observó también la especial configuración de la melena y la línea negra que le seguía el espinazo hasta la grupa, sin olvidar la larga cola negra.
-Oye, “Miserias” -dijo-, hace unos cuantos meses estaba yo en Mesa Ridge buscando a un cuatrero. Al volver a la Quebrada del Buitre alcancé a un individuo y me fijé en el caballo que montaba.
-¿A qué viene toda esa historia? -preguntó impaciente “Miserias”-. ¿Por qué no acabas de una vez, cernícalo?
-Lo que yo trataba de meterte en esa cabeza de bruto que llevas sobre los hombros -replicó con calma Teeny-, es que el caballo era exactamente lo mismo que éste: el mismo color y las mismas marcas, y que el individuo que lo montaba no era otro que Olin Swain.
Teeny guardó silencio de nuevo.
-Tú te acuerdas de aquel pañuelo que nos encontramos con la inicial “S”? ¡Quién sabe si Swain nos resultará a última hora uno de esos lobos con piel de cordero!
“Miserias” seguía obstinado en su lealtad hacia Swain.
-Si no paras de tomar ese té que estás bebiendo a cada rato, vas a acabar en el manicomio. En todo Arizona no hay hombre más honrado que Olin Swain.
-Eso es lo que yo creía también, pero ¡que me emplumen si aquel individuo que se cayó del caballo no se parecía a Olin Swain! Pero no quiero acusar a nadie, sin estar bien seguro de lo que digo. Ahora me acuerdo que el caballo que Swain montaba aquel día tenía un esparaván. Enciende una cerilla, “Miserias”, y vamos a ver si me equivoco.
A regañadientes, “Miserias” encendió una cerilla, y la puso cerca de los cascos del animal. El caballo se asustó y empezó a resoplar jadeante. “Miserias” aguantaba al animal fuertemente por la rienda.
Teeny examinó los cascos del animal. En uno de ellos tenía un esparaván.
-Ya no hay duda –exclamó-. ¡Este es el caballo de Swain!
-Puede que te equivoques, amigo -insistió “Miserias”. Era amigo de Swain y la lealtad a sus amigos era una de sus cualidades-. Aunque así sea, puede haber ocurrido que le hayan robado el caballo.
-Puede ser -confesó Teeny, pero en la voz vibraba la incertidumbre, al recordar a aquel jinete con el sombrero del ala curvada.
-Oye -dijo estentóreamente Teeny-, aquel sujeto soltó los dos revólveres cuando yo le di en las manos con el látigo. Tal vez las armas nos saquen de dudas.
-Ahora es cuando has empezado a decir algo -dijo “Miserias”.
Miraron en derredor buscando las armas. “Miserias” encontró una de ellas y Teeny recogió la otra a corta distancia de donde estaba la primera. Con su mano de titán agarró el revólver que “Miserias” había encontrado.
-¡Aquí está! -exclamó.
“Miserias” examinó las armas que su compañero le mostraba.
-¡Que me coma un coyote! –exclamó-. En mi vida he tenido una sorpresa mayor.

Las armas eran dos 45, con culata de nácar y las iniciales “P. R.” en el mango. En todo Arizona no había un par de pistolas como aquéllas.
¡Eran nada menos que los revólveres del sheriff Pete Rice!
Un ciudadano del distrito de Trinchera, llamado Runnison se las había regalado a Pete. Si Pete Rice iba sin revólveres, ello quería decir que se encontraba en un apuro grande. Los comisarios se acordaron una vez más de aquellos disparos que había oído.
-Ahora mismo -dijo “Miserias”-, nos volvemos hacia donde oímos esos disparos. Era por cerca de Villa India.
-Estoy contigo -contestó Teeny sobriamente. Los ojos del comisario lanzaban siniestros destellos cuando montó sobre su caballo. Teeny y “Miserias” partían en socorro de su jefe.

CAPÍTULO IX
¡POR UN PELO!

A medida que el individuo de la cicatriz se iba acercando a Pete Rice, éste se consideraba cada vez más cerca del otro mundo. El *sheriff*, sin embargo, se había encontrado en otras ocasiones en trances tan apurados como aquél.
El *sheriff* no podía lamentarse de su sino, por la sencilla razón de que estaba amordazado, y se limitó a golpear con los pies, que tenía atados, contra el suelo, en la esperanza de llamar la atención de los otros bandidos.
Pete creía que ellos lo salvarían de momento, aunque sólo fuera para torturarle después, aparte de que temerían tener luego que enfrentarse con Bristow y Swain y decirles que durante su ausencia el prisionero había sido apuñalado. El bandido de la cicatriz se acercaba todavía más. Pete se agitó furiosamente, levantó los pies y los descargó contra el bandido.
Este se apartó, y acercándose luego a Pete, le quitó la mordaza y le tapó la boca con la mano.
-Usted no entiende -le dijo-. Yo no he venido a matarle, sino a salvarle.
Pete no podía creer lo que oía. Si Ramón se lo hubiera dicho, hubiese tenido fe en aquellas palabras, pero viniendo éstas de aquel facineroso, que era la hez de la frontera, y a quien le había descargado tan tremendo puntapié cuando trató de escaparse, no podía concebir que pudiera ser verdad.
-Yo necesito dinero: mucho dinero -dijo el bandido-. Yo le cortaré las ligaduras y usted puede escaparse nadando por el río. Si usted promete no hacerme nada, yo lo veré luego en la Quebrada del Buitre. Usted me dará dinero y me dejará escapar.
El *sheriff* se quedó asombrado. En los ojos del bandido se percibía un destello de astucia y Pete se resistía a creer lo que el de la cicatriz le proponía.
Pete, recelosamente, pensó que aquel bandido sólo quería vengarse de él, y temeroso de sus jefes quería cortarle sólo las ligaduras, para que Pete se escapase y asesinarlo luego a mansalva, mientras cruzase el río a nado. De esta manera, pensaba él, quedarían borradas las huellas del crimen.
Pete se encogió de hombros. De cualquier manera, la elección no era dudosa tanto si el motivo de su aparente salvador era puro o perversamente interesado. Pete puso sus músculos en tensión y observó que seguía fuerte y vigoroso, a pesar de la cruenta aventura de que había sido protagonista.
Pete estaba tan acostumbrado a los golpes de la vida, como un pugilista a los golpes del boxeo. La vida había sido dura para él, y si no podía resistir las pruebas que le imponía el cargo, siempre podía abandonarlo y dedicarse una vez más a *cowboy*.
Él sabía que, de poder ganar el río, tendría grandes probabilidades de escape, ya que en otras ocasiones había luchado victoriosamente contra los traicioneros remolinos de la corriente.

De todos modos, dudaba en lo de prometer inmunidad al bandido que se le ofrecía como salvador, sobre todo cuando el bandido probablemente se había manchado varias veces las manos con la sangre de sus víctimas. La Ley, sin embargo, tenía sus triquiñuelas, y Pete creía que tal vez, dejando escapar a un pez pequeño, podría coger a otro más gordo. Estaba dispuesto a dejar escapar de la red una pescadilla con tal de atrapar una ballena.
-Yo me voy ahora hacia la orilla del río -dijo el bandido en voz baja-, y allí dispararé varios tiros, que despertarán a esta gente. Ellos saldrán corriendo hacia el sitio de donde vengan los disparos y usted podrá entonces escaparse.
El bandido levantó el cuchillo.
-Ahora voy a cortarle las ligaduras y...
¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! El eco de unos disparos se dejó sentir en la calma de la noche en dirección de Villa India. En un instante todo el campamento surgió a la vida. Los bandidos se ponían de pie y arrojaban las mantas con que se cubrían, llevándose instintivamente la mano hacia sus pistolas.
-Esos son los jefes que deben estar en algún apuro y nos llaman para que los socorramos -dijo uno de los bandidos en español.
El de la cicatriz en la cara bajó súbitamente el cuchillo y se escurrió en las tinieblas. Había estado a punto de ser sorprendido en el acto de librar a un prisionero. En aquel momento no tenía más remedio que salir con sus compañeros en ayuda de sus jefes. Uno de los mestizos tomó el mando de la partida.
-¡En marcha todos! -exclamó en español-. ¡Tú, Ramón, tráete los caballos! ¡Miguel, agarra esos fusiles! ¡Tú, Vidal, encárgate de la munición!

El fuego en la dirección de Villa India seguía sin amainar. Los bandidos preparaban su marcha, y Pete oía desde donde estaba, el sonido del metal en los bocados de los caballos, mezclados con las blasfemias de varios de aquellos facinerosos, que no parecían muy contentos por haberse tenido que levantar a aquella hora tan intempestiva.
El campamento era un hervidero. Unos cuantos de la partida se ocupaban en cargar las acémilas, otros guiaban ya sus caballos en dirección al pueblo. Otros, en fin, habían cogido sus rifles y salían corriendo.
El *sheriff* buscó por todas partes al bandido de la cicatriz. Este, sin embargo, no quería correr un riesgo excesivo y esperaba evidentemente un momento más favorable para llevar a cabo sus planes. La partida estaba congregada en la ladera de la colina, preparando los caballos.
Pete nunca podía encontrar una ocasión mejor para salvarse, pues en pocos segundos podía descender, dando vueltas como un barril, hasta la orilla del río. Es claro que la aventura podía serle fatal, pero de cualquier manera, iba a correr el riesgo que las circunstancias le imponían. Atado como estaba, empezó a rodar.
Era una empresa acrobática de cierta dificultad el rodar con los pies atados y los brazos sujetos atrás, codo con codo. Sin embargo, se sorprendió a sí mismo al observar el avance que había logrado en unos pocos momentos.
Al principio, cinco pies; más tarde, quince. Pete se sintió orgulloso y regocijado. La huída que antes parecía una imposibilidad, tenía ya todo el aspecto de un hecho consumado. Los guijarros que encontraba en el camino le herían cruelmente, pero en aquellos momentos había perdido casi la sensación del dolor. ¡Lo importante era llegar al río!
De pronto una sensación glacial le heló la médula. Pete oyó un grito de alarma y luego una blasfemia colérica. Uno de los bandidos lo había sorprendido y venía hacia él con la mano apoyada en la culata de su revólver.
El bandido disparó con la mano a la altura de la cadera y el proyectil rebotó contra una piedra a los pies mismos del *sheriff*. No le quedaban más que unos tres metros que recorrer para llegar a la orilla del río, y pensaba que podía salvarlos en tres vueltas, más, a no ser que una bala lo parase antes de llegar a la meta.

Un segundo proyectil levantó una nube de polvo y guijarros contra la cara del *sheriff*, quien en aquel momento volvió a recobrar la esperanza, al ver aparecer al bandido de la cicatriz. Este llegó en el preciso momento en que su compañero hacía el tercer disparo, que fue a dar a considerable distancia del *sheriff*, por haber desviado el de la cicatriz el brazo del que disparaba.

-¡No lo mates! –dijo-. Los jefes no quieren que se le mate hasta...

El otro bandido dio un empujón al que así hablaba. Sus blasfemias cortaban el aire, como si hubieran sido otros tantos disparos. La mano que empuñaba el revólver volvió a levantarse una vez más, pero el bandido continuaba agarrado a ella.

En el forcejeo, Pete tuvo tiempo de rodar hasta la orilla. Las piernas le colgaban ya sobre el borde. Pete estaba resuelto a arrostrar el peligro, y su determinación se reflejaba en la línea de sus labios. Por debajo de donde él estaba se escuchaba un estrépito presagioso: el ruido del agua al despeñarse por las rocas en innumerables cascadas.

Pete no tuvo tiempo de meditar. El bandido que empuñaba el revólver seguía forcejeando con su colega, el de la cicatriz, y no pudiendo levantar el brazo, porque su compañero se lo impedía, disparó a la altura de la cadera. La bala le pasó de refilón y sintió un golpe en el brazo que le hizo perder el equilibrio. Pete había pensado en lanzarse a la corriente, apoyándose contra las rocas de la orilla, pero en su lugar se venció y cayó en el agua. Al caer oyó los gruñidos y blasfemias del bandido, así como los gritos de sus compañeros que habían sido atraídos por los disparos.

Pete apretó las rodillas contra el pecho y dio tres saltos mortales completos. Él sabía que si las rocas no se extendían hacia el cauce más hondo de la corriente, lograría evitarlas de aquella manera. Al tercer salto se desdobló e hizo el vuelo del cisne, con toda la gracia y perfección que resultaban posibles con las manos atadas a la espalda. Con el impulso ganado en los tres saltos mortales, cayó a una distancia de unos diez pies de la orilla.

Las tinieblas le invadieron la mente en la caído y sólo percibía el ruido de las aguas, al chocar contra las rocas. ¿No sería aquél el último segundo de su vida?

La respuesta a su pregunta la recibió en la forma de una zambullida al penetrar en el agua con la fuerza de un ariete. El agua se lo tragó de momento, a la superficie asomaron varias burbujas de aire. Pete salió a flote, agitando su cuerpo como un pez. La cabeza le asomó en la superficie.

Un grito de cólera partió de la orilla en donde sonaron varios disparos. Las balas hicieron saltar el agua en derredor de Pete y algunas de ellas cayeron a peligrosa proximidad. Pete volvió a hundirse en el agua y dejó que la corriente lo arrastrase río abajo.

Cuando volvió a levantar la cabeza, los tiros seguían aun sonando en la orilla, pero una barrera de tinieblas se levantaba ahora entre el fugitivo y sus perseguidores.

El *sheriff* se encontraba, sin embargo, en una situación desesperada. El Bonanza podía ser su sepultura y había que pensar en cómo salir de aquel nuevo peligro. Los murallones de las márgenes eran demasiado altos, y a menudo rocas inmensas asomaban a la superficie en medio de la corriente, la cuál a veces ofrecía remolinos en que Pete se sentía dar vueltas vertiginosamente, con la cabeza, hacia abajo. El *sheriff* pasó en aquellos momentos por todas las torturas de un hombre en el instante de ahogarse.

En su desesperación llegó a una de aquellas rocas que asomaban por encima de la superficie, y apoyando contra ella los pies, estiró súbitamente las piernas, experimentando al hacerlo una violentísima sacudida en todo el cuerpo. Pete sintió que se hundía otra vez y se esforzó por sacar la cabeza y respirar el aire. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo lograrlo y sintió que se ahogaba.

En aquel instante un remolino lo cogió y le hizo dar vueltas como una peonza, sacándolo otra vez a la superficie. Había llegado a la parte más rápida de la corriente.

A unos veinte pies de distancia, río abajo, asomaba una roca que, de chocar con ella, le aplastaría la cabeza como si fuera una cáscara de huevo.

CAPÍTULO X
SORTEANDO LOS PELIGROS DEL BONANZA

Pete se estremeció y se sorprendió dando un salto mortal hacia atrás. La corriente, lo arrastraba como si fuera un tarugo de madera. La pierna rozó contra aquella roca, pero en el momento preciso adelantó el otro pie y logró escapar al peligro.

La sacudida esta vez fue aun mayor que lo había sido anteriormente, y Pete recibió la sensación de qué la espina dorsal se le salía por el cuello. Pero de momento estaba fuera de peligro.

En aquellos instantes se le ocurrió pensar en sus revólveres, con las magníficas iniciales grabadas en las culatas y que Bristow o Swain debían tener en su poder. Pete pensó también en su leal caballo, *Sonny*, que debía estar por allí cerca, y del que los bandidos probablemente se apoderarían de nuevo. El *sheriff* lo llamó con aquel grito que *Sonny* hubiera reconocido en cualquier parte:

-¡Whoo-oo-oo! ¡Whoo-oo! ¡Wr ...!

El último de los gritos acabó en una gárgara. Otro remolino lo sorprendió y le metió la cabeza en el agua, pero al cabo de un momento volvía a salir a flote.

Pete repitió la llamada del búho dos veces más, mientras la corriente lo arrastraba. La imitación del búho era tan acabada que un mochuelo en la orilla la repitió. Pero *Sonny* no aparecía por ningún lado.

Pete se encontraba en un remanso apacible como un lago, y creyó que era el momento de poder ganar la orilla. Los macizos rocosos que bordeaban la corriente eran demasiado altos y cortados como una sierra. Como último recurso, trató de agarrarse a una de las rocas para descansar, pero una corriente traicionera lo levantó en alto otra vez.. Un momento después estaba a mercad de la corriente.

Por un instante le pareció oír un relincho por encima del ruido de las aguas. La sospecha se convirtió en seguridad. El trote de un caballo se hizo claramente perceptible, y pronto el *sheriff* divisó a *Sonny* que avanzaba hacia la orilla.

El caballo relinchaba de gozo. Pete lo llamó, y *Sonny* realizó una proeza de que su dueño le creía capaz. *Sonny* se arrojó a las aguas turbulentas del Bonanza desde una altura de treinta pies.

Sonny era capaz de todo por salvar a su amo. El caballo avanzó nadando hasta llegar al lado de su dueño, el cual, atado como estaba, no podía, sin embargo, montarlo, y aunque hubiera podido hacerlo no le hubiera servido de mucho, pues *Sonny* no hubiese logrado escalar aquella empinada altura para ganar la orilla.

Todo parecía presagiar el fin trágico del *sheriff* y de su caballo, a no ser que lograra llegar a Villa India, a cierta distancia aún, río abajo, y pedir socorro. Pete se llenó los pulmones de aire y gritó con toda su fuerza. El grito resonó como si lo hubiera lanzado un ciervo salvaje.

Empezaba a apuntar el día. Los indios afortunadamente, eran todos madrugadores, y alguno de ellos estarían ya en la orilla, en la esperanza de poder añadir un pescado a su colación matutina de tortilla de harina de maíz y *taparis*, nombre con que designaban a los frijoles. A Pete le pareció oír un grito, pero pudo haber sido meramente un eco o el aullido de algún animal salvaje.

Sonny lanzó un resoplido. Los oídos del caballo eran más finos aún que los de su dueño. El animal había percibido el chasquido del agua al chocar con un tronco que descendía con la fuerza vertiginosa de un ariete.
Pete se hundió en la corriente con el tiempo preciso para evitar la colisión, pero sin que el tronco al pasar, le hiriera de refilón en la cabeza. Pete se sintió desvanecer. La boca la tenía abierta y los pulmones se le llenaban de agua.
Por fin logró salir a la superficie. Con las manos atadas a la espalda, tocó la correa de uno de los estribos del caballo y se agarró a él, para no hundirse irremisiblemente.
Los ojos se le saltaban de las órbitas, y en los pulmones percibía la sensación dolorosa y punzante de mil cuchillos que se le clavaran a la vez. La cabeza le daba vueltas y los oídos le zumbaban estrepitosamente.
Al principio creyó que aquel fenómeno era la protesta lógica de la naturaleza animal. Pero luego reconoció que el ruido procedía de la corriente y era causado por la catarata de Villa India.
Pete agitó los pies cuanto le permitían las ligaduras. Estaba ya próximo al pueblo indio, pero si no podía atraer la atención de sus habitantes, *Sonny* y él se precipitarían mortalmente por la cascada.
En su desesperación trató de gritar, pero el esfuerzo se manifestó meramente en un chorro de agua que le salió por la boca. En la imposibilidad de lanzar un grito vigoroso, se esforzó por hacer algún ruido, pero éste no se dejaba oír por encima del estrépito de la cascada.
Con las manos atadas seguía cogido al estribo del caballo, que le seguía con enternecedora lealtad. Por oriente, el sol asomaba su disco dorado.
-¡La hora del amanecer! ¡El momento temido por aquellos a quienes van a ejecutar! -pensó Pete.
El ruido de las cataratas adquirió una magnitud ensordecedora. Un remolino cogió a Pete y lo hundió de nuevo, haciéndole dar incontables vueltas. Pete trató furiosamente de salir a la superficie, mas al hacerlo rozó con una roca sumergida.
El agua, en marcha vertiginosa, fluyó sobre su cuerpo y volvió a sentirse sofocado. Continuó asido del estribo, hasta que una corriente contraria lo separó del caballo. Se sentía hundir, pero no por eso dejó de agitar violentamente los pies, hasta que volvió a ganar la superficie.
Oyóse un grito. Pete miró alrededor. En la orilla percibía confusamente unas formas que se movían, según a él le parecía, como los peces en el agua.
Los gritos de júbilo continuaban, y nada parecidos a los proferidos por los indios. Pete no podía distinguirlos, aunque sí reconoció lo que significaban aquellas cuerdas que caían en el agua en torno suyo.
Las cataratas no estaban a más de cien yardas de distancia. Unos segundos nada más separaban a Pete Rice de una muerte segura. ¿Pero dónde estaba *Sonny*? El *sheriff* volvió la cabeza y vio a su caballo que trataba de alcanzar a su dueño. Los dos habían quedado separados cuando Pete había sido alcanzado en aquel remolino.
La corriente parecía ser demasiado fuerte para que *Sonny* la pudiera vencer. Pero Pete estaba más arriba que *Sonny* y podría alcanzarle.

Una cuerda cayó en el agua cerca de Pete. Este la cogió con los dientes. En la orilla resonó un grito de triunfo. Pero Pete no tenía intención de salvarse él sólo, y no iba a dejar que su caballo pereciera en la catarata.
El *sheriff* instantáneamente soltó la cuerda de los dientes que le imposibilitaba gritar y ésta era la única manera de hacer comprender a los de la orilla que no quería salvarse, si no se salvaba también *Sonny*.
En la orilla resonaron gritos de desconsuelo. A Pete le pareció oír las voces de sus comisarios y creyó que su imaginación lo engañaba antes de perder enteramente el conocimiento.

Siguió nadando río abajo, hasta que llegó a agarrar a *Sonny*, y hundiendo la cabeza en el agua, cogió la rienda con los dientes. Al hacerlo tragó bastante agua, pero dio una vigorosa patada y salió a la superficie. Los de la orilla lanzaron otra vez un grito de júbilo.
Una cuerda cortó el aire y descendió a sólo unas pocas yardas de Pete.
Este no pudo cogerla. Pete y el caballo se acercaban al borde de la cascada. Cerca de donde había caído la cuerda se oyó una zambullida, que levantó espuma en el agua. Un segundo después asomaba una cabeza en la superficie y una cara enjuta y demacrada se deslizaba próxima a la de Pete.
-¡Sálvate, Pete! ¡Saca la cabeza y no te preocupes, que Teeny y yo os sacaremos del río!
Aquellas palabras revivieron al desfallecido Pete Rice.
-¡"Miserias"! –exclamó-. Átame la cuerda a mí y al caballo también.
-¡Cuidado con ese tronco! -dijo una voz en la orilla-. ¡Agacha la cabeza, Pete!
Este se agachó, pero el tronco, al pasar por encima de él le rozó la cabeza.
Al volver a la superficie, vio que "Miserias" llevaba la cuerda de la mano y nadaba hacia la orilla.

CAPÍTULO XI
LOS TRES COMPAÑEROS REUNIDOS

Otro grito frenético salió de la orilla:
-¡Cuidado, "Miserias", que ahí voy yo también!
"Miserias" miró por encima del hombro.
-¡No hagas eso! ¡Quédate donde estás, Teeny, que ahí es donde nos haces falta!
En unos segundos "Miserias" había atado la cuerda alrededor de los hombros de Pete y del cuello del caballo. Los de la orilla aguantaban la cuerda, para contrarrestar la fuerza de la corriente. "Miserias" llevaba agarrado un extremo de la cuerda.
El pequeño comisario se llevó la mano al bolsillo, sacó una navaja, la abrió con los dientes y con ella cortó las ligaduras en los pies y en los brazos de Pete. Otra cuerda cayó en el agua, "Miserias" y Pete se agarraron a ella.
-¡Quítate la cuerda de los hombros, Pete! -gritó Teeny Butler desde la orilla-. Los indios te sacarán a ti y a "Miserias" y yo me encargaré del caballo.
Pete sacó la cabeza por entre el lazo de la cuerda, que también sujetaba a *Sonny*, y se agarró a la otra que le habían arrojado los de la orilla. Los indios arrastraban a Pete y a "Miserias" contra la corriente y lejos de la catarata. Pete volvió la vista atrás y vio a *Sonny* que lo seguía, arrastrado por la cuerda que sujetaba Teeny Butler. A unos quince pies de distancia había una roca que descendía gradualmente fuera del agua. Pete apoyó allí su planta.
No había vuelto aún de su aturdimiento, y antes de que se diera cuenta, "Miserias" lo había depositado en uno de los recesos de la roca. El comisario le había colocado la cuerda debajo de los sobacos.
-¡Tirad hacia arriba! -gritó.
Desde lo alto, izaban con manos fuertes y voluntariosas. El cuerpo de Pete rozó más de una vez el limoso acantilado, pero no tardó en encontrarse entre gente amiga en la cúspide de aquella roca, tendido sobre la poca hierba que allí crecía.
-¡No te preocupes, patrón! -le decía cariñosamente Teeny Butler-. *Sonny* tiene la cabeza y las patas fuera del agua y enseguida lo subiremos. Ahora sólo tienes que cuidarte de escurrir el agua de esos pulmones.

Un momento después sintió que lo levantaban y lo tendían sobre una piedra en alto y que un indio musculoso aplicaba todas sus energías a sacarle el agua que había tragado en su emocionante aventura.
Una hora más tarde, Pete Rice y sus dos comisarios estaban sentados en la cabaña de troncos de uno de los indios, haciendo honor a los *taperis*, que constituían el menú de la tribu, las tortillas mejicanas, y bebiendo agua de un botijo colorado.
Rubio, el dueño de la cabaña, sabía hacer los honores a sus huéspedes, y después de haber puesto a secar la ropa de Pete y "Miserias", los envolvió a los dos en unas mantas de vistosos colores. Rubio, al igual que la mayoría de los habitantes del distrito de Trinchera, conocía y quería a Pete Rice.
-Espere un momento, *sheriff* -dijo.
Su fisonomía era impasible, y sus movimientos revelaban la dulce espontaneidad de un adolescente. El indio se fue a un armario y de allí sacó un paquete de goma de mascar.
-El hombre blanco -dijo-, masca goma. Esto le gustará. Lo he traído de la tienda de arriba.
-Rubio, eres una alhaja -dijo Rice sacando una de las tiras de goma y metiéndosela en la boca. Las mandíbulas recalcaban su angulosidad mientras mascaba.
Teeny e Hicks no cabían en sí de contentos. Contaron a Pete el ataque de los bandidos, cuando habían oído las voces de socorro, y era evidente que los jinetes que ellos vieran salir del campo habían acudido en respuesta a aquellas voces.
-Y nosotros le salimos al paso a aquella partida de socorro -añadió "Miserias" con un guiño travieso de sus ojos-. Teeny con su látigo le arrancó los revólveres de la mano a aquel bandido. Y hemos de decirte que te guardamos una sorpresa enorme.
Teeny Butler había escondido los dos 45 con las iniciales "P. R." en la alacena del indio, de donde fue en aquel momento a sacarlos. Teeny se los entregó a Pete Rice, con las culatas por delante.
-No sé por qué me parece que esto te pertenece, patrón -dijo con una sonrisa maliciosa.
Pete Rice se sonrió por primera vez desde que había escapado a aquella aventura. Se sentía un poco deprimido, pensando en Olin Swain.
-No creo que nadie en este mundo tenga un par de amigos como vosotros -dijo-. Si hay alguna cosa en este mundo que me pudiera hacer feliz en estos momentos es ésta. No sé cómo agradecéroslo.
-No hay de qué -dijo "Miserias"-. Puedes decir que te han llovido del cielo. Teeny se las arrancó a aquel sujeto que montaba el caballo de color gris, y...
"Miserias" dirigió una mirada a Teeny, no sabiendo cómo traer a cuento las sospechas que éste abrigaba sobre Olin Swain.
-De cualquier manera, lo importante es que aquí estamos todos juntos otra vez.
-Así es -dijo Pete-. Cuando a mí me tenían atado en el campamento, llegó ese individuo. Poco después varios de los bandidos y sus jefes se marcharon. Supongo que sería un poco más tarde cuando vosotros os los encontrasteis, pues yo oí los tiros que fueron los que me ayudaron a escaparme.
Teeny Butler tenía la mirada clavada en su jefe.
-Patrón -le dijo-. Me parece que estás pensando en algo que no nos quieres decir. Y a juzgar por el aspecto, pareces haber perdido el mejor de tus amigos en lugar de haberte encontrado con tus dos mejores camaradas.
Pete asintió con un gesto.
-Sí, es verdad; una cosa me preocupa y voy a deciros lo que es.
Pete les describió su aventura y al final exclamó:
-¡Y el hombre a quien le quitaste los revólveres era Olin Swain, Teeny!
-¡Ya lo sabía yo! -exclamó Teeny-. ¡Ya le había dicho a "Miserias" que Swain era un lobo con piel de cordero!

Hicks “Miserias” se sintió abochornado. Su sorpresa subió de punto cuando Pete explicó todos los detalles de aquella empresa. Su rostro de luchador se comprimió y sus ojos se velaron. Dos tiroteos en una sola noche no le habían producido efecto alguno, pero en aquel momento se sentía abatido y movía la cabeza frunciendo el entrecejo.

-Pete –dijo-. ¿No podría ser todo esto una mala jugada o alguna broma de alguien?

-No se puede tomar a broma una cosa cuando a alguien le cuesta la vida -interpuso Pete-. Tú y Teeny tuvisteis que matar para defenderos. Yo tuve también que hacerlo. Y puedo aseguraros que antes me vería otra vez en ese río, en el momento más difícil que he pasado esta noche, que encontrarme frente a frente con la esposa de Swain. ¡Y ojalá lo hubiera matado ya y forjado después cualquier cuento para explicar su presencia en las montañas!

-¿Qué vamos a hacer ahora, patrón? -le preguntó “Miserias” al *sheriff*.

Pete Rice empezó a mascar la goma, mientras meditaba.

-De momento -dijo-, he hecho que Slim Capeshart telegrafiara a todas las poblaciones del Sur, para que estuvieran alerta en caso de que por allí pasara Bristow el “Halcón”. La Ley se encargará de cogerle antes de que llegue a la frontera.

Pete guardó los dos revólveres en las fundas.

-Apuesto cualquier cosa -continuó-, a que Bristow y Swain se marcharán juntos. Y si las autoridades capturaran al “Halcón”, también agarraría a Swain. Lo mejor que podemos hacer es irnos camino de la Quebrada del Buitre y ver lo que pasa allí.

Aquellos tres compañeros, que simbolizaban el triunfo de la Ley de la Quebrada del Buitre, entraron en la población por la mañana, no muy temprano, mostrando las huellas de la preocupación en sus melancólicos semblantes. “Pistol” Pete Rice había visto morir a varios de sus amigos y durante mucho tiempo le costaba trabajo darse cuenta de que los había perdido. Una impresión parecida había recibido con Olin Swain.

Pete lo había visto con sus propios ojos, mientras hablaba con Bristow el “Halcón” un fugado de presidio y criminal impenitente. Sam Hollins lo había visto también, cuando le descargó aquel golpe en la cabeza que le hizo perder el conocimiento. “Miserias” y Teeny habían capturado el caballo de Swain en circunstancias acusadoras.

Pete hubiera querido saber también sí la esposa de Swain se había enterado de las hazañas de su marido. Unos cuantos minutos después de entrar en la población, se dio cuenta de que en ella no se hablaba de otra cosa. Hopi Joe y Charley Bridger estaban en la puerta de la tienda de este último, cuando el trío bajó trotando por la calle Mayor.

Poco rato después, la reunión se vio aumentada con Curly Fenton y el doctor Buckley, el forense del distrito. Todo el mundo hablaba de Olin Swain. Sus íntimos amigos lo consideraban como si se hubiera vuelto loco.

El doctor Buckley, que había asistido a los hijos de Swain cuando tenían el sarampión, movió la cabeza melancólicamente. Charley Bridger y Curly Fenton, que jugaban al billar con Swain una vez a la semana, estaban como aturdidos.

-Yo no lo puedo creer aún -insistió Charley Bridger-. Swain era el hombre de cabeza mejor sentada que yo he conocido en mi vida, y no sé cómo pudo haber desfalcado ningún dinero del Banco: un hombre de costumbres tan morigeradas como él; un hombre que jamás había apostado un céntimo a los naipes, ¿qué te parece, Curly?

-Olin, ciertamente, no tenía sangre de jugador -replicó Curly Fenton-. ¡Es una cosa increíble!

El grupo que departía sobre la aventura de Olin Swain era un estudio de contrastes. Hopi Joe tenía una fisonomía de indio cobrizo, sin atenuantes. Charley Bridger le llevaba toda la cabeza al indio, y sus rasgos fisonómicos eran indefinibles. Curly Fenton era de facciones correctas y de pelo rubio y ondulado. El doctor Buckley tenía el rostro curtido por los elementos, como cumple a un médico que ejerce en un distrito rural y se pasa la vida a la intemperie. Sin embargo, en un punto todos aquellos rostros se asemejaban. Todos revelaban una profunda tristeza, con mezcla de incredulidad.

Pete Rice estaba algo irritado con Sam Hollins, que era el que había propalado la noticia, aunque no podía menos de reconocer que Sam estaba en su derecho al hacerlo. El comerciante de grano había llegado a la Quebrada del Buitre en el coche de Simmons Capehart. Había tenido que meterse en cama, en la época más atareada de su negocio, y era fácil de explicar que no tuviese la menor consideración por aquel hombre que le había descargado tan formidable golpe en la cabeza.
Pete Rice sentía la necesidad de descansar, pero al mismo tiempo comprendía que no podría dormir, y así siguió calle abajo, con sus dos comisarios hasta llegar a la barbería de "Miserias" donde se apearon. El despacho del *sheriff* estaba detrás de la barbería.
-Me vais a hacer el favor de llevar a *Sonny* a la cuadra y darle un pienso y unas friegas -dijo Pete-. Yo estaré ocupado por una hora.
-¿De qué se trata, patrón? -preguntó Hicks.
-Te diré, "Miserias" -contestó el *sheriff*-. Un mal negocio es algo así como tomar una mala medicina: algo que es mejor bebérsela de un trago. Después de tomada, ya no sabe tan mal. Me voy a hablar un rato con el presidente del Banco.
El presidente del Banco de la Quebrada del Buitre, J. Duane Mortimer, se levantó de su sillón al ver entrar a Pete Rice.
-*Sheriff*, ¿qué le pasa a usted? Parece como si lo hubieran zarandeado por esos ranchos de Dios.
-Así es -contestó Pete-. *Mister* Mortimer, usted sabe a qué he venido a verle.
Mortimer en aquel momento acercaba un cómodo sillón a la mesa, para que se sentase Pete. Era un hombre alto, de aspecto elegante y cabello gris.
-Me parece adivinarlo –dijo-. Usted viene a verme sobre el asunto de Swain.
Pete se sentó.
-Supongo que usted no habrá sabido nada de Swain -dijo.
Mortimer movió la cabeza negativamente.
-No -dijo-, y si lo que he oído en la población es verdad, no espero tampoco saber más de él. Esos rumores son difíciles de creer, *sheriff*.
-Será tal vez difícil para usted -contestó Pete-, pero después de lo que yo he visto, no tengo que esforzarme mucho para creerme cualquier cosa. Swain era amigo mío, pero no puedo permitir que la amistad se interponga en el cumplimiento de mi deber. Swain, según tengo entendido, ha desfalcado al Banco.
-Entonces, es usted mejor tenedor de libros que los del Banco. Las cuentas de Swain, están al día, y para confirmarlo he mandado buscar un perito contable que espero que llegue a Tucson de un momento a otro. Pero me parece que no va a encontrar nada. Swain no ha falsificado un solo documento.
Pete miró fijamente al banquero, y pensó que en los negocios hay ciertas mentira que se consideran necesarias, sobre todo cuando la confesión por parte del Banco de que había habido un desfalco, podría acarrear una retirada súbita de los fondos de los depositantes.
Las últimas palabras de Mortimer confirmaron a Pete que el banquero le ocultaba la verdad, total o parcialmente.
-¿Se da usted cuenta de lo que significa para el Banco -dijo Mortimer-, si se dejan circular esos rumores de que hemos tenido empleado a un criminal en nuestra casa? –El banquero se pasó la mano por la cabeza-. Yo me lavo las manos en este asunto. Sería la primera vez que yo me equivocara al dar empleo a una persona en el Banco, y yo, personalmente, fui quien empleé a Swain hace un año.
-Ya lo sabía -contestó Pete-. Mister Mortimer, en mi puesto de *sheriff*, muchas veces me veo obligado a hacer algunas preguntas que podrán parecer embarazosas y aun algo descaradas. Cuando usted tomó a Swain como empleado, debió informarse de quién era él. Si lo hizo

usted, ¿encontró algún dato en sus antecedentes, que le permitiera suponer que se trataba de un sujeto peligroso?
Pete miraba fijamente a Mortimer que pestañeó nerviosamente al escuchar la pregunta y se agarró al canto de la mesa con demasiada vehemencia.
El presidente del Banco volvió ligeramente la cabeza. La mirada de Pete Rice le atravesaba como si hubiese sido un taladro, a pesar de su típica impasibilidad de banquero. Para otros menos experimentados, la negativa del banquero no hubiera tenido una significación decisiva, pero cuando Mortimer movió la cabeza negativamente, el *sheriff* supo que el banquero mentía.
Pete notó también que Mortimer mostraba cierta ansiedad por cambiar el tema de la conversación, para evitar que se le hiciesen más preguntas respecto a Swain.
-Lo siento por usted, *sheriff* -dijo-, siendo, como es, amigo de Swain, pero supongo que en este caso la amistad no tendrá la menor influencia.
-Ni la más insignificante -contestó con sequedad Pete-. Por lo general, mi trabajo es muy entretenido, pero hay momentos en que tiene sus tribulaciones. Quisiera no haber sido nunca amigo de Olin Swain, ni haber puesto jamás en él mi estimación, y mi confianza, porque Swain es un cómplice de Bristow el "Halcón" y es directamente responsable de algunas de las muertes ocurridas anoche. Mister Mortimer, ahora mismo voy en busca de Swain... para llevarlo al patíbulo.
Pete salió del Banco y se marchó caminando por la calle Mayor. Vio a Tom Welcome, que salía del hotel Arizona, pero el *sheriff* lo evitó deliberadamente, para no tener que hablar con él de Olin Swain. Pete no deseaba entrar en discusiones con nadie sobre aquel caso que tan atribulado le traía. Quería estar solo por un rato.
El *sheriff* dirigió la vista hacia la casa en que vivía su madre, y que era ordinariamente el primer sitio donde se dirigía cuando regresaba de alguna expedición. En aquel momento, sin embargo, no sentía deseos de hablar con ella, pues probablemente le preguntaría por Olin Swain: aquel Olin Swain que tan amable había estado con ella en su último cumpleaños.
Pete siguió mascando goma furiosamente... y meditando. ¿Era justo suponer que Mortimer le había mentido? Si el banquero había mentido en aquella ocasión, probablemente le había ocultado también la verdad al hablarle de los libros del Banco. O, lo que cabía igualmente en lo posible, el tenedor de libros se habría equivocado al revisar las cuentas. Lo discreto era, pues, esperar que llegase el perito de Arizona y repasase los libros una vez más.
Pero si Mortimer mentía, ¿no lo haría con el deliberado propósito de defender a Swain? El *sheriff* siguió calle adelante, para visitar a Sam Hollins, preocupado con la posibilidad de que si éste moría, como consecuencia de la herida recibida en la cabeza, su muerte constituiría una acusación más contra Swain. Pete hubiera querido tener antecedentes más precisos de Mortimer, para poder, con más autoridad, presentársele en el Banco, decirle que mentía y aclarar de una vez la situación.
Camino de la casa de Sam Hollins, el *sheriff* se sorprendió hablando solo. Al igual que cuantos acostumbran a vagar por la soledad de las veredas, Pete Rice tenía la costumbre de expresar pensamientos en voz alta. En su ánimo flotaba la esperanza de que tarde o temprano saldría a la luz toda la verdad.
-La mentira -se dijo a sí mismo-, es como la liebre de la fábula. Corre mucho, pero llega un momento en que se duerme a la vera del camino y es sorprendida por la verdad.

CAPÍTULO XII
LOS CLIENTES DE JACK RISTON

Pete Rice no había sido nunca negligente ni remiso en el cumplimiento de su deber, pero, hubiera dado cualquier cosa por no tener que entrevistarse con la esposa de Olin Swain.
Finalmente, resolvió pedirle a su madre que le acompañase en la visita, seguro de que la anciana sabría suavizar mejor que él la penosa situación.
Después de salir de la casa de Sam Hollins, el *sheriff* se fue a buscar a Sonny, al que ya se le había dado el pienso y las friegas ordenadas. La piel le brillaba como la seda, y al acercársele su dueño, relinchó de alegría.
Pete lo ensilló y le puso la brida, y a caballo ya, se dirigió a un punto a cierta distancia del centro de la Quebrada del Buitre y se detuvo delante de una casita blanca y de aspecto modesto. Se apeó de la cabalgadura y atravesó un pequeño jardín. Al llegar a la puerta, la abrió.
-¡Soy yo, mamá! -dijo.
La madre de Pete, una señora de rostro amable, cabellos grises y ojos zarcos, algo empañados por la edad, levantó la vista que tenía concentrada en su labor de costura.
-¡Pete! –exclamó-. ¿De dónde sales?
Pete se inclinó sobre ella y la besó en la frente. Los ojos de la mujer indicaban que había llorado, y ni siquiera se había fijado en el balazo que mostraba el Stetson de su hijo. Era evidente que hasta sus oídos habían llegado los rumores de lo ocurrido con Olin Swain.
Por un momento trató de evitar el tema.
-En el horno tengo va unas tortas y dentro de un minuto estará preparado el café -dijo.
Pero Pete no tenía apetito. La situación era un poco embarazosa para él y claramente revelaba su inquietud golpeando con los dedos sobre las fundas de sus Pistolas.
-Supongo que ya habrá usted sabido lo de Olin Swain, mamá -dijo.
La pobre señora no pudiendo responder, se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.
-¿Es tan malo como dicen, Pete? -preguntó al fin.
-Así parece -contestó Pete, omitiendo deliberadamente los detalles que él conocía-. Estaba pensando -continuó-, que tal vez me convendría que usted viniese conmigo a ver a la mujer de Swain. Tengo precisión de hablar con ella.
La madre de Pete sonrió con dulzura.
-Iré contigo -le dijo-, si crees que te puedo hacer falta, pero me parece que no conoces bien a las mujeres. Estoy segura de que la esposa de Swain preferiría hablar contigo a solas, a hacerlo en presencia de otra mujer. Me da mucha pena esa pobre mujer y haré lo que pueda por ella, cuando la gente se haya olvidado del asunto. Hasta entonces no creo que tenga interés en hablar o en verse con ninguna otra mujer.
Pete comprendió la discreción de su madre. Esta se levantó de la silla y acercose a su hijo, apoyando las manos en sus hombros.
-Si hay manera de ayudar en algo a Olin -dijo la mujer-, aunque sólo sea por su esposa y por sus hijos... Tú sabes bien, Pete, que no todos nacemos con la misma sangre. A Olin hace poco tiempo que le conocemos y no sabemos de qué clase de familia viene. Si el infeliz se ha equivocado una vez y fuera posible enderezarlo de nuevo... Tú sabes, Pete, lo que quiero decir.
Pete Rice permaneció silencioso escuchando las tiernas y maternales recomendaciones, aunque sabía que el caso era desesperado, tratándose del cómplice de un criminal era empedernido y causante él mismo, con toda probabilidad, de varios asesinatos. Swain iba camino de la cárcel, cuando no del patíbulo, Pete no podía decirle esto a su madre.
Esta le dijo:
-Tú pareces creer que Olin no tiene remedio. ¡Ten un poco más de fe en él, Pete! La fe es uno de los grandes consuelos de la vida.
La buena mujer alargó la mano y cogió una manzana que había en la mesa.

-La fe es más poderosa que la razón, hijo mío. La razón no puede decirnos por qué una de las manzanas es dulce y la otra agria. No puede decirnos por qué un buey, por ejemplo, al levantarse del suelo se apoya sobre las patas de delante en tanto que el caballo se apoya sobre las patas de atrás, como tampoco nos explica la causa de que la savia de un árbol sea dulce como el azúcar, y la de otro, amarga como el acíbar. Donde la razón se muere en las tinieblas, la fe nos presenta todo con claridad.
La mujer acarició a su hijo.
-Ya veo que te es muy violento ir a ver a esa pobre mujer –dijo-. Además, estás muerto de sueño. Acuéstate un rato en ese sofá, pues, ante todo, necesitas descansar.
Pete Rice asintió. Su madre tenía razón en lo que decía, no tenía el menor deseo de ver a la esposa de Olin y los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Se tumbó sobre el sofá y en unos pocos minutos quedó dormido.
Cuando se despertó, atardecía. Se lavó, tomó un ligero refrigerio, besó a su madre y guió a Sonny hacia la morada de Swain, situada en la parte norte de la población.
Era ya tarde cuando llegó frente a la casa. La esposa de Swain lo había visto llegar a través de la ventana de la sala, e inmediatamente salió a recibirlo. La mujer era de mediana edad, pero no exenta de atractivos, aunque los surcos de la cara revelaban la aflicción que la sobrecogía en aquellos momentos. Los ojos estaban enrojecidos por el llanto. Al entrar el *sheriff*, se arrojó en sus brazos, llorando.
Pete Rice había comido varias veces en casa de Swain y era un amigo de la familia. Pero el *sheriff* desconocía en absoluto el arte de consolar a una mujer afligida, y antes que contemplar los ojos entristecidos de aquella mujer, hubiera preferido enfrentarse con un par de Winchesters. Aquel representante de la Ley, que era una fiera cuando se trataba de perseguir el crimen, en aquellos momentos era un cordero desvalido.
Pete no supo qué decir y se limitó a tomar el brazo de la mujer, para acompañarla a la sala.
Los tres hijos de Swain acababan de sentarse a la mesa. Parecían tan contentos como de costumbre, pues no tenían la menor idea de lo que ocurría. Pero Pete se dio cuenta de que no tardarían en saberlo todo. Los chicos de la Quebrada del Buitre se encargarían de decírselo y de mofarse, además, de ellos con esa crueldad inconsciente en la infancia.
Pete se sentó en la sala y comenzó a acariciar uno de los perros de Swain.
En aquella embarazosa situación, miró alrededor.
El hogar de Swain era un prodigio de confort, dentro de su modestia. La casa estaba limpia como una patena. Junto a la chimenea había un par de cómodos sillones. En la mesa de la sala se veía un canastillo de costura, y a uno y otro lado de la chimenea había varios estantes llenos de libros. En un rincón estaban cuidadosamente recogidos los juguetes de los niños.
Pete sintió un profundo dolor al pensar que aquel hogar, donde tenía derecho a reinar la felicidad, había sido destruido.
La esposa de Swain, con la boca apretada, trataba de reprimir el llanto. Finalmente, sobreponiéndose al dolor que la embargaba, cerró la puerta entre la sala y el comedor y se sentó enfrente del *sheriff*.
-¡Eso que dice Sam Hollins de Olin no es verdad, Pete!-exclamó temerosa de escuchar una respuesta afirmativa-. ¡No puede ser verdad! ¡Nadie que conozca a Olin, como yo lo conozco, podría creerlo! Nunca en mi vida le he visto cometer un acto del que tuviera que avergonzarse. Su mayor felicidad -continuo, rompiendo en llanto-, ha consistido siempre en hacernos felices, dándonos todo lo que ha podido, honradamente.
Pete Rice se esforzaba por encontrar algo que decirle. El pobre *sheriff* había venido a prestar ayuda a una casa en donde no había ayuda posible.
-Señora, no se aflija usted -balbuceó luego. Pensó decirle que tal vez las cosas tendrían mejor aspecto algún día, pero no se atrevió siquiera a aventurar tal profecía.

"Lo que ocurre, señora -continuó-, es que a veces la cabeza es una mala consejera, y no podría decirse que Olin tuviera la culpa de hacer cosas que no debiera haber hecho.
La mujer siguió sollozando.
-¿Quiere usted decir que Olin se ha vuelto loco? -preguntó, mientras se enjugaba las lágrimas.
Pete comprendió entonces que su madre sabía de lo que hablaba cuando le dijo que él no entendía a las mujeres. El *sheriff* se daba ahora cuenta de lo difícil que era
-No. No es eso precisamente lo que quiero decir –interpuso-. Siempre me acuerdo -añadió-, de un hombre que era más bueno que el pan, pero que sin poderlo evitar, obedecía a la influencia hipnótica de un narcótico que le suministraban unos bandidos, y hacía cosas que nunca hubiera pensado hacer estando en su sano juicio. Ese hombre era Tiburcio Estrada[1], el hombre más honrado de la tierra.
El *sheriff* se esforzaba por suavizar la situación, pero no sabía cómo, aparte de que a él no le constaba que Olin Swain estuviese bajo la influencia de ninguna de esas bebidas. Y todo lo que sabía era que el empleado de banco era una persona discreta y juiciosa.
Pete, finalmente, abordó el asunto que había motivado la visita.
-Dígame, señora -preguntó con toda la dulzura de que fue capaz-. ¿Ha observado usted algo extraño en la conducta de Olin en los últimos días? ¿Notó usted si estaba preocupado o pesaroso?
La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
-Sí –dijo-. Olin no ha sido el mismo durante varios meses. Venía a casa y se sentaba junto al fuego, sin apartar los ojos de las brasas, y cuando yo le decía algo, me contestaba con amabilidad, como siempre, pero como si tuviera el pensamiento a una legua de aquí.
Pete se barrenaba el cerebro buscando algo que decir y pensando que, aunque Swain se hubiera vuelto loco con alguna preocupación, ello siempre sería mejor que si se hubiese lanzado espontáneamente al crimen.
Estaba el *sheriff* meditando lo que iba a responder, cuando unas descargas de revólver rompieron el silencio que invadía la casa. Los disparos llegaban un poco apagados por la distancia, pero no por eso eran menos alarmantes.
Pete se puso de pie de un salto. Él y sus comisarios habían barrido el elemento criminal del distrito de Trinchera, y un tiro en la Quebrada del Buitre era una novedad. ¿Tendrían aquellos disparos algo que ver con Swain?
La mujer de éste se llevó la mano a la garganta, al mismo tiempo que palidecía intensamente. La mujer parecía comprender el pensamiento del *sheriff*.
-¿Cree usted -dijo con tono vacilante-, que esos tiros tienen algo que ver con Olin?
-Tal vez no -contestó Pete, acercándose a la puerta-. Y no se preocupe señora. Ahora dispénseme, pues tengo que marcharme.
El *sheriff* ganó la puerta de un salto. Un par de disparos más le indicó el lugar de donde procedía el fuego. Pete saltó sobre la silla e hizo girar la cabeza de en alazán. Este salió a todo galope sobre la llanura cubierta de artemisas, como si fuera un ciervo. Saltó un arroyo, salvó una colina y penetró luego en una extensión abundante en hierba. Al salir de allí, se hundió en la selva de las montañas.
El ruido de los disparos continuaba, aunque con más largas intermitencias. De pronto, desde la cima de una colina, observó un caballo ensillado, pero sin jinete. Un sudor frío le inundó de repente. El caballo era el de Hicks “Miserias”.
Un momento después oyó la retadora voz de su minúsculo comisario. El grito procedía de una arboleda, a unas cuantas yardas de distancia. Hicks “Miserias” lanzaba toda suerte de improperios contra sus enemigos, que le enviaban una lluvia de plomo.

[1] Véase “La Ciudad del Sol”, de la misma colección.

“Miserias” contestó al fuego de sus adversarios. Las balas rebotaban en la maleza. Pete se dio enseguida cuenta de que el comisario se encontraba en un apuro, aunque el intrépido barberillo no lo hubiera confesado nunca ante nadie, ni siquiera ante sí mismo.
Pete creía que los enemigos de “Miserias” no se habían dado cuenta de su presencia, y así, se apeó del caballo, lo puso a cubierto de las balas y él mismo avanzó, agachado por la espesura, en busca de un árbol, tras el cual poder guarecerse y ayudar allí a su compañero “Miserias”, que llevaba las de perder en aquel encuentro, como claramente lo indicaba la lluvia de balas que caía a su alrededor.
Pete divisó a un individuo de fiera catadura que corría por la orilla de un arroyo, hacia donde estaba “Miserias”. El *sheriff* volvió al sitio en que había dejado a *Sonny* y cogió el lazo que colgaba de la silla. Lo hizo girar sobre su cabeza y largó la cuerda que cruzó volando el arroyo. El lazo se enroscó en los hombros de aquel individuo y le hizo caer de bruces, sin lanzar ni un quejido. Inmediatamente, en la caída había perdido el conocimiento.
Pete soltó la cuerda y volvió a su parapeto detrás del árbol. Allí escuchó un grito de dolor. No era la voz de “Miserias”, lo que indicaba que éste acababa de hacer blanco en uno de sus adversarios.
Estos gritaban que se rindiese. Hablaban en español y en inglés y Pete experimentó una satisfacción. Ninguna de las voces que oía era la de Olin Swain.
Pete dibujó en sus labios una mueca de contento al avanzar en socorro de “Miserias” y observar que la ruta que seguía lo llevaba directamente a la retaguardia de los bandidos, de manera que podía sorprenderlos por detrás y hacerse con ellos sin necesidad de disparar un solo tiro. Al mismo tiempo, se enteraría de lo que allí había ocurrido.
El *sheriff* poseía la astucia de un indio. Sin embargo, se hallaba tan obsesionado en la ejecución de su plan, que no pensó, ni por un instante, en el peligro que pudiera correr al ejecutarlo. Había alcanzado ya el árbol que le servía de parapeto y estaba a punto de levantarse para explorar el terreno cuando oyó una especie de zumbido a muy poca distancia.
Le fue imposible retroceder, por impedírselo el árbol mismo que lo guarecía y pronto vio una serpiente de cascabel que lo acechaba con ojos irritados y dispuesta a morderle.
Pete dio un salto y con la mano que le quedaba libre se agarró a la rama más baja del árbol. La cabeza de la serpiente al descargar el golpe, alcanzó a Pete solamente en la pierna izquierda, que llevaba protegida por la bota de montar, y así, se libró providencialmente de aquella terrible amenaza. Sin embargo el salto que habla dado para esquivar a la serpiente lo había descubierto a los enemigos que él trataba de sorprender y que rompieron el fuego.
Las balas llovían a su alrededor y una de ellas rozó la cara de Pete y éste se estremeció, moviendo las ramas del árbol, pero con toda la calma enfundó el revólver para encaramarse en el árbol.
Desde la altura distinguió a los bandidos que estaban parapetados detrás de unas rocas. Eran cuatro y habían concentrado el fuego en el *sheriff*. Este puso a uno de ellos fuera de combate; a otro, le metió una bala en el hombro y los otros dos escaparon lo más deprisa que pudieron.
De entre la maleza surgió una menuda pero musculosa figura, que hacía girar unas boleadoras. Estas cruzaron el espacio e inmediatamente uno de los fugitivos daba con su cuerpo en tierra. Una bala del 45 de “Miserias” derribó al único bandido que quedaba en pie y las hostilidades se dieron por terminadas.
“Miserias” avanzó hacia el terreno enemigo y desarmó a los bandidos que habían quedado heridos en el encuentro. Pete descendió del árbol, corrió hacia el arroyo y ató de pies y manos al bandolero que allí yacía, sin haber recobrado aún el conocimiento. El *sheriff* se dirigió a “Miserias”.
-¿Qué pasa por aquí, “Miserias”? -preguntó.

-Casi nada -contestó el pequeño comisario-. En toda la partida no había más que uno que supiera tener una pistola en la mano. Este era Lobo Barrios, y tú le has dado un tiro en mitad de la frente. ¡Míralo, ahí está!
Hicks apuntó con el dedo hacia un cuerpo que yacía inerte, tendido de espaldas junto a una roca. Pete miró al muerto. Lobo Barrios era un bandido de notoriedad que había operado durante varios años en la frontera, juntamente con otro proscrito, un tal Lou Weaver, un norteamericano, cuyo padre se había casado con una mestiza.
-Tal vez Weaver era uno de los heridos -dijo Pete.
Efectivamente, a los pocos minutos descubrieron a Weaver, que era el que "Miserias" había derribado de un tiro en la pierna. Hicks andaba ocupado recogiendo a los heridos, y enjugándose de vez en cuando la sangre que le salía de una herida superficial en la frente.
-Jack Riston me avisó de que en su hacienda merodeaban unos cuantos sospechosos -le dijo a Pete.
Este asintió. Riston era un modesto ranchero, que vivía al norte de la Quebrada del Buitre, con sólo un trabajador para ayudarle.
-Riston se encerró en la casa y mandó al trabajador al pueblo -continuó "Miserias"-. Teeny se había ido a la cárcel y no lo quise molestar, pues estaba echando un sueño. Además, yo creía que podía entendérmelas con esta gente, sin necesidad de ayuda.
Este era Hicks "Miserias": el hombre que se metía en toda clase de enredos sin saber nunca cómo iba a salir de ellos. El comisario explicó luego que había sorprendido a los bandidos el salir de la finca de Riston y que los había atacado. Una bala le hirió de refilón en la cabeza y lo derribó del caballo, pero el golpe de la caída le había hecho volver en sí, y la emprendió a tiros con toda aquella gente. A pesar de toda la confianza de "Miserias", Pete sabía que probablemente no hubiera escapado en aquella ocasión, si él no hubiese venido en su ayuda. Pete, sin embargo, no le reprochó su conducta, en primer lugar, porque era inútil el predicarle a "Miserias".
Pete estaba intrigado por saber la razón de que Barrios y Weaver hubieran venido a operar a tanta distancia de la frontera. La siniestra pareja había merodeado cerca del distrito de Trinchera durante los últimos meses, pero sin penetrar nunca en él, temerosos de enfrentarse con Pete y sus comisarios.
Weaver lió un cigarrillo con la mano izquierda. Parecía completamente tranquilo y miraba a Pete con un gesto de superioridad desdeñosa.
-¿A qué habéis venido tú y Barrios por estos andurriales, Weaver? -preguntó Pete.
-A mí no tiene de qué acusarme, *sheriff* –fue la respuesta-. Por lo menos, a mí, pues yo fui, aunque usted no lo crea, quien disuadió a Barrios para que lo dejara tranquilo. A Riston no le hemos hecho ningún daño.
-Tanto mejor para vosotros, si no le hicisteis daño -Pete observó-, pero de cualquier manera, debe haber alguna razón para que hayáis venido a Trinchera. Y no me digas que no, pues tú sabes bien que este clima no es muy saludable para gente de tu calaña.
-Eso es verdad -dijo Weaver-, y aun le diré que había una razón para que viniésemos aquí. Hemos venido contratados por un señor trabajando a jornal, podría decirse.
-¿Y quién es ese señor, Weaver? -preguntó Pete, aunque no dejaba de sospechar quién era, y hasta tenía miedo de comprobar sus sospechas.
Weaver lanzó una bocanada de humo antes de contestar.
-¿Ha oído usted hablar de un hombre que se llama Olin Swain, *sheriff*? Una excelente persona que paga bien y trata a sus hombres decentemente.
¡Otra vez el nombre de Olin Swain! El empleado de Banco había ciertamente preparado sus planes con todo cuidado. Pete quedó ahora convencido de que el caso de Olin Swain no tenía remedio, y profundamente preocupado con las revelaciones de Weaver, se volvió hacia la Quebrada del Buitre con sus prisioneros.

CAPÍTULO XIII
EL BANDIDO DE LA CICATRIZ EN LA CARA

Hicks “Miserias” estaba afeitando a un vaquero en su barbería. La barba de ese parroquiano era un rastrojo hirsuto y espinoso. Un forastero que no conociese a “Miserias” y lo hubiese visto afeitando en su barbería desde la calle, no hubiera sospechado jamás que en aquella desmedrada figura, residía uno de los comisarios más audaces y eficientes de todo el Suroeste. “Miserias”, vestido con su americana blanca, desplegaba sus méritos de artista de la tijera y de la navaja de afeitar.

El barbero ganaba mucho más dinero en las recompensas otorgadas por la captura de criminales, que haciéndoles la barba a los ciudadanos de la Quebrada del Buitre, pero de ninguna manera hubiese abandonado su trabajo de barbero.

-¿Te paso la navaja una o dos veces? -preguntó el barberillo al parroquiano, a quien estaba afeitando.

Jack Benson, el veterano ranchero, que estaba sentado en la silla, hizo una mueca ridícula y desdeñosa.

-¿A qué viene el preguntarme eso, cuando lo probable es que empiecen a sornar los tiros ahí afuera y me dejes con el jabón en un lado de la cara? Por contento me daré si me pasas la navaja una vez.

“Miserias” se sonrió.

-Ya comprenderás que un comisario no puede hacer otra cosa. Además, el parroquiano puede esperar hasta otro día a afeitarse las patillas, pero los bandidos no esperan.

El barbero miró detenidamente a su parroquiano.

-Jack -le dijo-, tú no tienes buena cara. Tal vez te haría bien un tónico, y me parece que tengo una cosa que te convendría tomar. Se la compré a un indio el otro día. La tomas tres días seguidos, por la mañana, luego, descansas tres días más y vuelves a tomarla otra vez. Estoy seguro que, después de tomar la medicina, te sentirías como nuevo y sin ninguna miseria.

-No me hables a mí de ninguno de esos malditos remedios, -refunfuñó Benson-. Todo lo que quiero es que me afeites, y aun eso no estoy muy seguro de conseguirlo.

Este era el gran inconveniente de la barbería de Hicks “Miserias”. En cuanto había el menor síntoma de bronca, en aquellos contornos, el barbero-comisario tiraba la navaja o las tijeras, se ceñía el cinto con los 45 y se marchaba al puesto de peligro, y el que un ciudadano se quedase en la silla a medio afeitar, no parecía importarle un comino.

Dos individuos entraron en la barbería. Uno era Pete Rice, que se dirigía a su despacho, en la parte de atrás de la barbería. El otro era Tom Welcome, un forastero que se afeitaba todos los días. Welcome dejó caer su escuchimizada figura en la silla, en tanto que Pete Rice se dirigía a su despacho.

-¿Cómo es que está aquí el *sheriff*? -preguntó Benson-. Con tanto sinvergüenza merodeando por estos contornos, me parece a mí que debía andarles dando caza.

Pete sonrió. El *sheriff* podía tolerar los dardos de la crítica cuando venían de un personaje tan bonachón como Jack Benson.

-Ten un poco de paciencia, Jack –contestó-, y ya verás cómo mis comisarios y yo barremos todas esas víboras del distrito.

-Hasta ahora, no has fracasado -reconoció Benson.

-Ni fracasaremos ahora tampoco -replicó Pete.

Se metió en su despacho, donde terminó de redactar un informe sobre los últimos sucesos en el distrito de Trinchera. Los atracos iban en aumento y parecía que aquella sección del

Suroeste, que por tanto tiempo había respirado tranquila, merced a los métodos de Pete Rice, atraía de nuevo, en número siempre creciente, a los enemigos de la Ley.
¿Sería Bristow el culpable o lo sería Olin Swain?
Pete Rice había telegrafiado a todas las poblaciones de la comarca, y las autoridades poseían ya la descripción de Bristow y de Swain. La patrulla de la frontera tenía también informes de los dos facinerosos a quienes de este modo les sería muy difícil marchar fuera de los Estados Unidos.
Pete sabía que en la región más densa de Arizona había veinte o treinta sitios en que los bandidos se podían ocultar con relativa seguridad.
Pero Pete tenía sus métodos especiales, que consistían en darle cuerda al enemigo, para que al fin se ahorcara a sí mismo. La mente de Pete era una colmena de actividad, y se pasaba horas y horas meditando sobre la manera de atrapar a aquellos facinerosos que traían aterrorizados a las gentes honradas en el distrito de Trinchera.
¡Bang!

Un tiro que sonó en la calle Mayor, hizo saltar a Pete en su silla, obligándole a salir a la puerta en la calle.“Miserias”, por su parte, había cambiado de profesión, abandonando temporalmente la de barbero. Había cogido sus 45 y sus boleadoras, dejando a Jack Benson a medio afeitar en la silla.
Un individuo con sombrero de campana corría a galope en un caballo pinto. Pete se hizo cargo de la situación con una mirada. Teeny Butler, por lo que parecía, había traído a la Quebrada del Buitre un par de prisioneros, y al tratar de meterlos en la cárcel uno de ellos había tratado de escaparse.
El criminal iba atado a la silla de su caballo, pero había pensado que, probablemente podría cruzar la población y dirigirse a su guarida. Teeny había hecho el disparo que Pete y “Miserias” oyeron.
El caballo pinto, con su jinete, pasaba en aquel momento por delante de la barbería. “Miserias” arrojó las boleadoras al caballo, que cayó a tierra.
El jinete fue a parar debajo del caballo. “Miserias” corrió hacia el animal y lo levantó. Teeny se fue por la calle abajo con su prisionero.
-¿Qué pasa, Teeny? -le preguntó Pete-. ¿Dónde has recogido a esos individuos?
-Aquí cerca -contestó el comisario-. Iba yo por el norte de la población cuando vi a esta gente camino del rancho de Jack Riston, y me he acordado de que era allí donde preparaban un robo. Estos hombres me son sospechosos y he decidido anchiquerarlos un rato.
Pete asintió. Él y sus comisarios tenían la consigna de detener a cuantos sospechosos encontrasen al paso.
El *sheriff* se dirigió a la barandilla, hacia donde “Miserias” llevaba el caballo que había derribado con su ingenioso artefacto. Pete pareció reconocer al jinete, y acercándosele, observó la horrible cicatriz que llevaba en la cara.
-¡Estamos de suerte! –exclamó-. Este hombre nos dirá dónde están Bristow y Swain.
El de la cicatriz lo miró con fiereza. Era el bandido que había tratado de cortarle las ligaduras, cuando el *sheriff* estaba prisionero en el campamento de Swain, cerca del río Bonanza.
A Pete le intrigaba, sin embargo, que el bandido de la cicatriz hubiera tratado de escaparse, cuando él debía suponer que el *sheriff* le estaría agradecido.
-Llevaos estos hombres a la cárcel -dijo Pete-. Ahora voy por allí yo mismo. No me extrañaría que esta gente tuviera algo importante que decirnos.
El *sheriff* tenía interés especial en interrogar al bandido de la cicatriz. Como ya había supuesto, éste le manifestó que había decidido desertar la partida, y cuando Teeny lo sorprendió, le dijo que se dirigía a la Quebrada del Buitre.
-¿Usted no se acuerda, *sheriff*, que yo iba a cortarle las ligaduras cuando estaba prisionero en el campamento? Aquellos tiros no me dejaron acabar. Ya se acordará usted de que no me dio

tiempo. Pero hoy decidí hacerme una persona honrada, y venía hacia aquí para pedirle un poco de dinero con que vivir hasta encontrar trabajo.
Pete sonrió.
-¿Cómo te llamas?
-Quesada. Miguel Quesada.
-Muy bien, Quesada. Ese cuento que acabas de contarnos no lo creemos. Es una mentira de a folio. Si tú hubieras querido venirme a ver a Quebrada del Buitre, no había razón para que escapases cuando el comisario te traía precisamente al pueblo. Quesada: probablemente eres un embustero.
Pete clavó los ojos en el preso.
-Te acordarás, Quesada, que yo nunca te prometí la inmunidad, pues no tengo poder para indultar a ningún asesino, o a nadie que se asocie con un asesino. Ese poder sólo lo tiene el juez Grange.
El *sheriff* se metió una tira de goma de mascar en la boca y continuó:
-Es posible, sin embargo, que yo pueda interceder por un criminal que se preste a ayudar a las autoridades. Hablaré con el juez Grange. Pero no en defensa de un embustero como tú. La otra noche, cuando tratabas de quitarme las ligaduras, llevabas otra intención que la de salvar mi vida.
El prisionero miró a Pete con ojos de espanto.
-¡Lo mejor que puedes hacer es decirme la verdad! -Pete Rice le dijo con aspereza en la voz-. Tú llevabas tu idea cuando viniste a cortarme las ligaduras, y ahora voy a darte ocasión de que me la digas. Si no lo haces, te meto en la cárcel mientras pedimos tus antecedentes, que supongo que no son muy limpios.
Quesada daba señales de inquietud.
-¿Me dejará usted marcharme si se lo digo? -preguntó.
-Yo no puedo prometer tanto, pero le hablaré al juez Grange. Te aconsejo que digas la verdad, aunque sea por primera vez en tu vida. ¿Por qué viniste a cortarme las ligaduras, cuando yo estaba en el campamento?
La respuesta de Quesada, por lo inesperada, dejó a Pete atónito.
-Porque Swain, el jefe, me mandó que lo hiciera.
Después de quince minutos de torturante interrogatorio, el hombre mantuvo la respuesta, y Pete se convenció de que decía la verdad.
Pete Rice salió de la cárcel mascando goma furiosamente y hondamente preocupado. ¿Por qué le habría dicho Swain a Quesada que le quitase las ligaduras? ¿No sería que Swain estaría pesaroso de tener prisionero a su amigo? No. Decididamente, no. La conducta de Swain no cuadraba con aquella explicación.
Swain había optado por la carrera del crimen, y a pesar de todo, había mandado a uno de sus secuaces que soltase al prisionero. La explicación era inadmisible, ya que Swain debía saber que Pete Rice, una vez en libertad, no pararía hasta meterle en la cárcel y posiblemente hasta mandarlo al patíbulo.
A pesar de todo, Pete estaba convencido de que Quesada decía la verdad.
¿Cómo resolver aquel jeroglífico?

CAPÍTULO XIV
LA ESTRATEGIA DE LA GOMA DE MASCAR

Quesada parecía aterrorizado, después de haber prestado su declaración.
-Prométame, *sheriff* - imploró-, que si vuelve a ver a Swain, no le dirá lo que yo le he dicho.

Pete lo prometió así. Quesada daba indicios de tener miedo a Swain, aunque, como era de suponer, nadie tendría que temer nada de Swain, si Pete Rice le echaba la vista encima. Pete se encargaría de ponerlo en un sitio en que no podría inspirar temor alguno.
-Quesada -dijo-, si me contestas a la pregunta que te voy a hacer, es posible que logres la libertad: ¿Dónde se ocultan Bristow y Swain?
El detenido insistió en que no lo sabía. Swain y Bristow habían levantado el campamento aquella mañana, en preparación de un asalto contra los yacimientos de oro del Arroyo de la Roca Hendida. Quesada no sabía sí los jefes irían o no con la banda.
-Muy bien, Quesada. Después de pensarlo bien, creo que el mejor sitio para ti es la cárcel. La gente de esta tierra es un poco levantisca y se les sube la sangre a la cabeza cuando ven a un hombre de tu calaña. Si te dejo suelto, y te cogen, lo menos que te harían sería colgarte de un árbol. Así, pues, el mejor favor que te puedo hacer es dejarte aquí encerrado.
Metió a Quesada en una celda y luego se volvió hacia la barbería, enfrente de la cual había dejado amarrado a *Sonny*. No quería perder tiempo en avisar a los mineros del Arroyo de la Roca Hendida. El tiempo y el agua son las dos cosas que más necesitamos y las que malgastamos más.
Pete Rice, sin embargo, no malgastaba el tiempo, y a media tarde estaba ya a mitad de camino en la inmensa pradería que separaba los yacimientos de oro de la Quebrada del Buitre.
Llevaba a *Sonny* al paso por las laderas de las colinas. Desde la cima de una de ellas divisaba el aurífero arroyo que se ofrecía como una cinta azul, describiendo curvas laberínticas, entre sus márgenes pedregosas.
Pete puso a *Sonny* al galope hasta llegar a los yacimientos, y se detuvo en la primera cabaña que encontró. Era la de Hanks Lewis, un veterano minero, con la tez bronceada por los elementos.
Lewis le dijo que de vez en cuando tenían que habérselas con partidas de bandoleros, que asaltaban su campamento, pero no parecía conceder mucha importancia a esos incidentes, que eran cosa corriente en los campamentos de buscadores de oro.
-A eso he venido, precisamente -dijo Pete-. Todas las incursiones que han sucedido hasta ahora, no han sido más que pequeños ensayos para conocer el terreno, en preparación de un asalto en toda la regla, que iba a tener lugar una de estas noches; esta misma noche o quizás dentro de una o dos semanas. Es, pues, necesario que los del campamento os organicéis para recibir a los bandidos como se merecen.
Pete se metió una nueva tira de goma de mascar en la boca. Estos eran los momentos en que le acudían ideas.
-¿Tienes por ahí unas pepitas de oro, Hanks? -preguntó al minero.
Hanks sacó una bolsita de piel llena de ellas, que le entregó al *sheriff*.
-Hanks - dijo Pete-, voy a poner una trampa y la voy a cebar con estas pepitas. Tú las pones, con la bolsa, en un estante y te vas a buscar más, como si tal cosa. Si los bandidos vienen y roban el campamento, haz de manera que encuentren esta bolsa.
-¡Hombre, eso es mucho pedir! -exclamó Hanks-. ¡Esas pepitas me han costado meses de trabajo!
-Te garantizo -dijo Pete-, que no vas a perder nada y que recibirás el precio del oro en el dinero que se reparta como recompensa, si logramos así atrapar a los bandidos.
El *sheriff* cogió la goma que mascaba y empezó a pegar pedacitos de goma a las pepitas de oro. Hanks Lewis lo contemplaba ensimismado.
-Este es un secreto entre los dos, Hanks -le dijo Pete-. Si estas pepitas se venden en alguna parte, no tendremos dificultad en averiguar quién ha sido el ladrón.
Hanks comprendió la idea.
-Muy bien *sheriff* -dijo-. Usted es el que manda. Aquí esperaré el dinero de la recompensa. Los bandidos me han robado más de la cuenta. Hora es ya que me lo devuelvan.

Pete abandonó el campamento, llevándose un revólver del 32 que Hanks Lewis había encontrado después del último asalto. Uno de los mineros lo había derribado de la mano de un bandido. Pete creyó que tal vez podría descubrir quién era el propietario del arma, examinándola con cuidado. Tenia ya, pues, tendida la red para coger a Swain y Bristow, y no quería dejarse ningún detalle.

Llevó al paso a *Sonny* al empinado recuesto y luego le aflojó la rienda. Se había hecho ya de noche, pero la luna en toda su plenitud asomaba por el horizonte. Una brisa refrescante emanaba de las colinas, y Pete se quitó el sombrero y dejó que el aire de las colinas le orease la cabeza.

A pesar de que la región estaba infestada de bandidos, cualquiera de los cuales hubiera disparado a gusto un tiro al *sheriff*, éste no dejó que la preocupación del peligro le malograra aquella apacible y serena jornada.

De pronto contuvo al caballo. A bastante distancia, hacia la izquierda, escuchó unas descargas, que en aquella región sólo podían significar una cosa: una batalla campal con los bandidos.

Pete escuchó con atención y calculó que los tiros venían de la finca de Sunrise Holden, a una media milla de distancia.

Guió a *Sonny* en aquella dirección y partió a galope tendido.

El alazán parecía comprender la misión de orden que guiaba a su dueño hacia aquellos parajes y continuó su carrera, sin el acicate por parte de su dueño. Pete iba meditando. ¿Estaría Swain envuelto también en aquel tiroteo? ¿Resultaría Swain, a última hora, un archibandolero, que sólo había buscado aquel empleo en el banco para familiarizarse con las gentes y con el terreno, y preparar mejor sus audaces golpes?

Sonny galopó hasta llegar a la cima de un altozano. Abajo en la hondonada, un grupo de jinetes habían rodeado la cabaña de Sunrise Holden.

La cabaña se ocultaba en un grupo de árboles, pero Pete percibía los llamarazos de los disparos que salían de una de las ventanas. Un disparo de rifle resonó por encima de las detonaciones de los 45. El viejo Sunrise Holden no era hombre a quien se le pudiese poner en fuga con facilidad. Su valor era mayor que su discreción, y Pete estaba seguro que nada le amedrentaría y que continuaría dándole gusto al dedo, hasta que lo pusieran fuera de combate o se hubiese marchado el último de aquellos merodeadores.

Pete espoleó a *Sonny*. La blanda hierba apagaba el sonido de las herraduras del caballo. Pete divisaba cinco jinetes que maniobraban en torno de la cabaña, disparando incesantemente contra las ventanas y gritando como si fueran indios. Pete, no podía entender lo que decían al gritar, aunque saliera de su cabaña y se entregase.

Los asaltantes, según Pete logró ver en las sombras de una arboleda, iban vestidos de negro, y aun a aquella distancia, le parecía que todos llevaban cubierta la cara.

Sunrise se defendía como un bravo, y debía ya haber agotado los proyectiles de su rifle, pues al tiroteo sucedió una pausa de unos instantes.

De haber tenido el ranchero alguien que le cargase los rifles, hubiera, con toda seguridad, aguantado el sitio indefinidamente, pero Pete observó que los asaltantes se mantenían en la sombra todo cuanto podían, atrayendo el fuego del rancho, esperando lanzarse al asalto en cuanto al bravo Holden se le vaciase el rifle.

Pete pudo escasamente reprimir su impulso instintivo de lanzarse en medio de la contienda, a pesar de todas las desventajas que el encuentro le ofrecía. Pero su discreción y serenidad se impusieron al fin, cuando se dio cuenta de que de aquella manera se exponía a que lo mataran, antes de poder prestarle ninguna ayuda a Holden.

El *sheriff* dio vuelta al caballo. En tres lados de la finca había unas arboledas espesas. Se parapetó en el lado Sur. A través del follaje veía la cabaña. Al mismo tiempo llegaban hasta él los gritos de los bandidos.

La puerta de la cabaña estaba ya abierta y la luz del interior se percibía desde afuera. En el círculo de aquella luz Pete alcanzó a ver a una persona solitaria, y a cierta distancia, alguien que echaba una cuerda por encima de la rama de un árbol. Era evidente que los bandidos habían echado abajo la puerta y capturado a Sunrise.

Pete no estaba aún lo suficientemente cerca para disparar, en la seguridad de no errar el tiro. Mientras avanzaba, mascaba furiosamente. Por fin, se acercó y disparó. Una de las figuras en negro dio un salto, al sentir el impacto de la bala. Los cinco bandidos se reunieron para decidir lo que debieran hacer.

Pete comprendió enseguida que se proponían atacarlo. ¡Cinco contra uno! No había manera posible de defenderse contra tal número. Sólo una fuerza igualmente numérica podía hacerles disuadir del ataque. Pete sacó de esta lógica meditación una idea que la llevó inmediatamente a la práctica.

Hizo otro disparo y sacando luego de la funda el otro 45 que llevaba, cubrió el cañón con su rojo pañuelo y apretó el gatillo. El disparo sonó como si hubiera sido hecho por otra clase de arma. Inmediatamente, cogió el 32 que Hanks le había dado e hizo dos disparos más.

En aquel instante los merodeadores habían partido ya hacia el sitio donde disparaba el *sheriff*.

-¡Duro con ellos! -gritó Pete-. ¡Teeny, tú llévate a Longhorn y a Zack y ataca por la izquierda! "¡"Miserias", llévate a Bill y a Barton y al Chicón, y cogeremos a esos coyotes por el frente! ¡Tirad sin compasión, hasta que no quede uno!

Pete continuó la parodia, gritando sin cesar y llamando a cuantos nombres se le ocurrían. Disparó los dos 45 y luego el 32.

-¡Adelante muchachos! –exclamó-. ¡No os los dejéis escapar! ¡Duro con ellos!

La idea dio el resultado que Pete se proponía. Los bandidos creyeron que se encontraban frente a un ejército de comisarios, y aquellos que parecían lobos cuando atacaban al pobre Holden, se habían convertido en coyotes, que huían a uña de caballo hacia el Sudoeste. Pete siguió disparando tras ellos.

Tres de los jinetes se volvieron sobre sus monturas e hicieron una descarga contra sus "perseguidores". Uno de los proyectiles vino a dar cerca de Pete. Los otros se incrustaron en los árboles.

Una bala dio contra el estribo de la montura, y Pete devolvió el obsequio haciendo varios disparos más, aunque no vio a ninguno de los jinetes perder la silla. Uno de ellos, receloso tal vez de que habían sido víctimas de una añagaza, se detuvo y se volvió hacia Pete Rice, con la idea de comprobar si se las había con un hombre nada más y avisar a sus compañeros. Pete disparó, pero no con la idea de matar a su antagonista, sino solamente de herirlo en el hombro. El disparo tuvo el efecto que Pete se proponía, pero otros también que el *sheriff* no podía sospechar.

El bandido empezó a inclinarse a un lado de la silla, pero sin caerse enteramente. Uno de los pies se le quedó cogido en el estribo, y así colgado, gritaba pidiendo socorro, arrastrado por el caballo.

El caballo se asustó y echó a correr en la dirección de Pete, mientras el jinete se daba furiosos golpes con la cabeza al chocar contra las rocas y los troncos de los árboles.

Pete no había querido matar a aquel hombre, pero parecía que el destino tenía decretada su muerte, pues era evidente que la cabeza se le haría polvo con aquel terrible zarandeo.

Pete oía el galopar de los caballos que se alejaban y no creía que los bandidos que habían escapado con vida, volviesen más por el distrito de Trinchera.

El bandido que se había quedado colgado del estribo le inspiraba lástima al *sheriff*, pero con toda la pena de su corazón, había tenido que recurrir a ponerlo fuera de combate, pues de lo contrario, el resto de la partida hubiera regresado y asesinado a Holden y al propio *sheriff*.

Este espoleó al caballo hacia la cabaña de Holden. Al pobre ranchero le habían dado un golpe en la cabeza con el cañón de un 45 y lo habían dejado sin conocimiento, al pie de árbol

donde los bandidos pensaban colgarlo. Holden, que estaba tratando de levantarse, lanzó una exclamación de alegría al ver al *sheriff*.
-¡Pete! -exclamó con acentuado tono de gratitud-. ¿Dónde has dejado a tu gente? Ya os he oído a todos en esa arboleda. ¿Han salido los demás en persecución de esos miserables?
Pete le explicó a Holden el ardid a que había recurrido para salvarlo de aquellos criminales.
-¡Pete, eres una maravilla! -exclamó el ranchero-. Nunca había oído nada semejante.
Holden se levantó y se llevó la mano al chichón que le asomaba en la cabeza. El ranchero era un hombre viejo y nada robusto, pero dotado de la fibra de un joven. Profundas arrugas le surcaban la cara. Por más de medio siglo había vivido en ranchos al Norte de Río Grande y sólo en los dos últimos años había logrado poseer su pequeño rancho.
-¿Sabes lo que querían esos hombres? -preguntó el viejo.
-Supongo que venían a matarte –contestó.
-No me cabe la menor duda de que esos desalmados me hubieran colgado de ese árbol, si no les hubiera dicho, como querían, dónde guardaba mis ahorros: todo el dinero que me ha costado tantos años de reunir. Me dijeron que sabían que no tenía cuenta en el Banco de la Quebrada del Buitre y que, por lo tanto, debía de tener el dinero escondido en la casa.
Pete frunció el entrecejo. ¿Cómo habían sabido los bandidos que Holden no tenía el dinero en el Banco?
-¿Le has dicho alguna vez a alguien que tenías miedo de poner el dinero en el Banco?
-No le he dicho a nadie una palabra. Tú sabes que yo no cuento mis asuntos a nadie.
Pete sabía perfectamente que Holden era un hombre muy reservado y que no había dicho a nadie que no tenía cuenta corriente en el Banco de la Quebrada del Buitre. Alguien, sin embargo, lo había descubierto. Lo importante era saber *quién y cómo*.

Pete había enfundado sus 45, pero pronto volvió a empuñarlos al oír el galope de caballos que venían del Sudeste, o sea la dirección en que los bandidos habían desaparecido. El *sheriff* esperó a que asomara el jinete.
Un momento más tarde, sin embargo, volvió las armas a la funda y de su ánimo se apoderó un estremecimiento de horror. El jinete que regresaba era el mismo qué él había derribado del caballo y que éste arrastraba, colgado del estribo. La cabeza de aquel infeliz chocaba contra los obstáculos del terreno. El caballo se había desbocado.
El lazo cogió al animal por el cuello. El *sheriff* enroscó el otro extremo en un árbol inmediato. La cuerda la sujetó Holden mientras Pete se acercaba al frenético animal y le hablaba con voz apaciguadora. Finalmente, logró desasir del estribo al bandido a quien él había derribado de la silla.
El bandido estaba ya muerto, y la cara había recibido tantos golpes, que era imposible identificarle. Aquel individuo no era ni Swain ni Bristow y en la ropa no llevaba marca alguna de identificación.
-¿Te has fijado, Holden, en que este caballo no lleva hierro? -dijo el *sheriff*.
El viejo asintió con un gesto y dijo:
-Ninguno de los otros caballos lo llevaba tampoco. Estoy tan acostumbrado a los caballos, que me fijé en ese detalle, hasta cuando me tenían la cuerda puesta al cuello para ahorcarme.
-Los caballos eran todos negros, ¿no es así, Holden? -preguntó Pete.
-Negros como la mora, todos ellos -replicó Holden.
Pete empezó a mascar goma furiosamente. No habrá que decir que el *sheriff* meditaba.
-Negros y sin hierro –pensó-. Entonces esos caballos se han criado especialmente para los asaltos de noche.-Y luego, mirando al animal que se había desbocado, añadió:-Y este caballo es veloz y resistente en la carrera. Si pudiéramos averiguar de dónde procede, seguramente descubriríamos algo importante.
Sunrise Holden sacó su vieja pipa del bolsillo, llenóla y encendió una cerilla en la suela del zapato.

-Todavía sigo sin saber cómo averiguaron esos forajidos que yo no tenía el dinero en el Banco -dijo meditativamente el viejo-. Lo mejor será, Pete, que me vaya contigo esta noche a la Quebrada del Buitre. Dormiré en la cárcel y mañana por la mañana, abriré una cuenta en el Banco.
Pete, con su mirada de lince, percibió en aquel momento un objeto que yacía a los pies del ranchero, y encendió una cerilla para examinarlo. Era una estilográfica, con dos iniciales de oro "O.S.".
-Tengo una idea que me parece mejor, Holden -dijo Pete-. Voy a quedarme contigo en la cabaña esta noche, y por la mañana puedes irte a la Quebrada del Buitre.
-A mí lo mismo me da -dijo Sunrise-, con tal que no tenga que quedarme aquí toda la noche. ¿Qué es eso que has cogido del suelo? ¿Una de esas plumas con tinta dentro? -El ranchero no pudo contener la risa-. Tiene gracia el encontrar uno de esos juguetes por aquí. Las únicas personas que he visto que las usaban han sido dependientes de las tiendas y los empleados de Banco. Nunca he visto que las empleara ningún bandido, pero uno de ellos ha debido ser el que la ha perdido.
-Así parece -dijo Pete.
Se metió la estilográfica en el bolsillo entró y en la cabaña de Holden, con quien habló del papel que al ranchero le iba a corresponder en los planes que maquinaba el *sheriff* para la mañana siguiente.

CAPÍTULO XV
PETE PREPARA LA TRAMPA

Aquella época no era la indicada para la compra de ganado. Sunrise Holden, sin embargo, había llevado unos cuantos novillos a la Quebrada del Buitre en la mañana siguiente al episodio en que estuvo a punto de perder la vida. Holden había arreglado el precio, con un tratante de Chicago.
El viejo Holden salió del pueblo con un fajo de billetes de Banco, capaz de enloquecer a cualquiera. Sunrise había sido toda su vida un hombre económico y cicatero. De momento parecía haberse operado una transformación radical en sus costumbres, y al pasar por la Calle Mayor del pueblo daba señales de regocijo y se conducía jovial y juguetón como un potro.
El dinero que llevaba en el bolsillo hubiera hecho la fortuna de cualquier vaquero en aquellos contornos, y Holden parecía gozarse en que todo el mundo supiera que llevaba una fortuna consigo.
Sunrise entró en el "Descanso del Vaquero" y convidó a beber a los contertulios, y después de pagar se marchaba sin acordarse de recoger el cambio de un billete de veinte dólares, que había dado al mozo del bar para pagar las copas.
Sunrise había sido siempre un hombre que contaba hasta los céntimos, pero ¡ahora se marchaba dejándose distraídamente en el mostrador el cambio de un billete de veinte dólares!
Toda la población convino en que Holden debía llevar abundante dinero, y el hecho de que hubiera invitado a los vaqueros en la taberna, causó tal sensación en la Quebrada del Buitre como si Pete Rice se hubiera metido a bandolero.
Sunrise entró en el Banco para cambiar unos cuantos billetes por monedas de oro. J. Duane Mortimer, el presidente del Banco, se había enterado de la extraña conducta de Sunrise.
-Usted debía dejar el dinero en el Banco -dijo el presidente-. ¿Por qué no lo deposita aquí y le saca interés?
-Yo no quiero interés; me preocupa más el capital -dijo Sunrise con una carcajada irónica.

-Pero de ese modo -insistió Mortimer-, no sólo pone su vida en peligro, sino que también estimula a los malhechores de la comunidad. El pobre *sheriff* tiene bastante que hacer, así y todo. ¿No habría manera de persuadirle de que pusiese el dinero en el Banco?
-¡No! -dijo definitivamente Sunrise-. No tengo confianza en los Bancos. Son fáciles de volar, y además, los empleados del Banco muchas veces se escapan con el dinero. ¡No! Prefiero guardarlo enterrado.
Sunrise salió del Banco y siguió calle abajo hacia la tienda de Charley Bridger. Varias de las veces que Sunrise había visitado la tienda de Bridger, el viejo ranchero había tratado de llevarse los géneros a menos precio del que el propietario de la tienda había pagado en el almacén. El viejo Sunrise vacilaba mucho antes de abrir la bolsa, y Bridger lo sabía por experiencia.
Tan pronto como el tendero vio a Sunrise entrar por la puerta, le dijo jovialmente:
-Vamos a ver, viejo avaro, ¿qué esperas llevarte hoy de mi tienda sin pagar? Si tuviera unos cuantos parroquianos más como tú, haría ya tiempo que habría quebrado.
-Quiero un saco de harina y diez liras de judías -contestó Sunrise-, y dime cuánto valen, que no estoy dispuesto a discutir el precio. Tengo dinero en abundancia y de hoy en adelante voy a ser generoso con mis amigos.
Sunrise Holden dejó un billete de veinte dólares en el mostrador, recogió el cambio y se lo metió cuidadosamente en el bolsillo.
-¿No ves? Ni siquiera he contado el cambio -dijo-; podías haberme cobrado un par de dólares más y no me hubiera dado cuenta. De esa manera, Bridger, nunca te harás rico.
Este lanzó un suspiro.
-Hace tiempo que he abandonado la idea de hacerme rico, Sunrise. Toda mi ambición consiste en tener un agujero donde meterme, en comer tres veces al día y en poderme calentar al sol de vez en cuando.
Sunrise Holden salió a la calle. El fajo de billetes le abultaba en el bolsillo de atrás del pantalón, y hacia él concentraban sus miradas todos los haraganes y vagabundos que discurrían por la calle Mayor de la Quebrada del Buitre.
Sunrise montó a caballo y después de colocar a la grupa el saco de harina y las diez libras de judías que había adquirido en la tienda, se dirigió lentamente a su cabaña, entonando por el camino canciones vaqueras. El sol teñía de oro las crestas de las colinas. Al llegar al camino de Mesa se hacía ya de noche.
A mucha distancia se oía el galopar de un caballo, pero a Sunrise no parecía preocuparle la presencia de ningún personaje extraño en aquella soledad. Sin embargo, se apartó del camino y se ocultó detrás de un roble. En la distancia apareció un caballo con su jinete.
-¿Estás ahí, Sunrise? -exclamó una voz.
El viejo Holden salió de nuevo al camino y se colocó al lado de Pete, caballero en su magnífico alazán.
-Sólo quería estar seguro de que eras tú, *sheriff* –dijo-. ¿Qué tal lo he hecho? ¿No te parece que soy un buen actor?
Pete Rice se sonrió.
-Has exagerado un poco el papel -dijo el *sheriff*, con toda franqueza-. Es posible que no todos se hayan tragado el anzuelo, pero algunos estoy seguro que han caído en el lazo.
Los dos jinetes siguieron juntos por el camino.
-De todas maneras, nada se pierde con probar -dijo Pete-. Si algún bandido te ataca esta noche en la cabaña, para quitarte el dinero, estaremos preparados. He enviado a Teeny por delante, y si tuviéramos la suerte de coger a alguno de esos malhechores y hacerle cantar, podríamos sin duda hacernos con los jefes de la partida, en menos de veinticuatro horas.

La oscuridad había invadido el horizonte cuando se acercaban a la cabaña del ranchero. Al llegar a la cima de la colina, desde la cual se divisaba la casa de Holden, vieron que por las ventanas asomaba luz.
-Ese debe de ser Teeny, que está preparando la cena -dijo Pete-. Teeny es un buen cocinero.
Pete, sin embargo, no quería correr riesgos innecesariamente, y se dispuso a echar mano de su 45 en caso de sorpresa. El hombre en el interior de la cabaña no parecía fiarse mucho de nadie tampoco, pues entreabrió cuidadosamente la puerta y miró recelosamente, al mismo tiempo que empuñaba su Colt.
Así que Teeny vio quiénes eran los visitantes, los dejó pasar y dijo sonriente:
-¡Aten los caballos, señores, y entren a probar la cena, que está de primera!
Y Teeny tenía razón. Pete y Sunrise se sentaron a la mesa, después de haber atado los caballos. Teeny había encontrado abundantes provisiones en la cabaña y además él mismo había traído algunas.
La cena consistió en una especie de panecillos hechos en el horno de la cabaña, carne asada, patatas doradas, café y, para postre, un "pudding" que hubiera hecho chuparse los dedos a cualquier *cow-boy*.
Los tres camaradas se sentaron a la mesa y empezaron a saborear el rústico menú. Pete miraba al reloj con ansiedad. Hicks "Miserias" hacía ya rato que debiera haber llegado. El barberillo tenía instrucciones de venir a la cabaña por otro camino.
Sunrise Holden sacó regocijado el fajo de billetes que había causado tal conmoción en la Quebrada del Buitre. Del fajo separó unos pocos billetes. Estos eran legítimos. Los demás eran un macizo de papel verdoso que Sunrise echó al fuego de la estufa.
La supuesta venta de ganado a un tratante de Chicago había sido preparada por Pete Rice, cuya teoría era cazar los bandidos de una manera o de otra. Y a los jefes de los bandidos, más pronto o más tarde, los cogía también haciendo cantar a sus prisioneros. En el caso presente, se proponía seguir los filamentos de la tela de araña hasta encontrar la araña grande que en el centro se ocultaba seguramente.
La cena prosiguió alegremente. El menú preparado por Teeny fue un exitazo, y el propio comisario se había llenado ya el plato por tercera vez.
-¡Que me coma un coyote! –dijo-, si no haces todo lo imaginable para coger a Swain, Pete.
-Hago todo cuanto puedo -contestó Pete-. Quiero coger a Swain secretamente y dejar que el tribunal decida el castigo. La gente de este distrito está cada vez más alborotada, y si alguien que no sea yo prende a Swain, tendremos un linchamiento, y la situación es ya suficientemente mala para que nadie venga a empeorarla. Si Swain...
El *sheriff* no había terminado su frase. El galope de unos caballos se oía a corta distancia hacia el Sur. Pete se puso de pie de un salto y apagó la lámpara. Sacó luego sus dos 45, siendo imitado por Teeny.
Pete se fue hacía la ventana, se agachó hasta colocarse a la altura del alféizar y miró al exterior. Sunrise Holden, mientras tanto, examinaba su rifle a la luz de la luna, que brillaba a través de la ventana.
Instantáneamente cesó el galope de los caballos.
-¿Por qué apagáis la luz? -profirió en tono explosivo e indignado una voz desde afuera-. ¿Es que pensáis no darme de cenar? ¡Abrid esa puerta, y pronto!
Pete sonrió y volvió a encender la lámpara. Teeny abrió la puerta, y el pequeño "Miserias" se presentó en la habitación.
-La cena huele bien –dijo-, pero lo malo es que no tendré tiempo de aprovecharme. ¡Se acercan, Pete! Y a juzgar por las apariencias, Bristow y Swain vienen con ellos.
-¿Cómo lo sabes, "Miserias"? -Pete revelaba en sus ojos una ansiedad agobiante.
"Miserias" lo explicó en pocas palabras. Al venir había oído unos cuantos individuos a caballo y él había metido el suyo en la espesura. Al llegar el grupo a un punto muy cercano a

aquel en que se encontraba, a uno de los caballos se le metió una piedra en la herradura, y el jinete se apeó para sacarla: “Miserias” se había acercado al grupo agazapándose cautelosamente para escuchar la conversación.
Como había sospechado, eran bandidos, y aunque no pudo entender todo lo que decían, oyó que los jefes sospechaban que Sunrise Holden no había procedido sinceramente aquella mañana en la Quebrada del Buitre, y que Pete Rice estaría en la cabaña del viejo ranchero en caso de ataque. Así, pues, iban a atacar la cabaña en masa, para coger también al *sheriff*.
-¡No podía haber salido esto mejor! -dijo Pete visiblemente regocijado.
-Pero a juzgar por lo que decían -continuó “Miserias”-, se proponen traer un pequeño ejército. Nada les daría más gusto que verte salir a ti con los pies por delante, y tal vez a ti también, Teeny, y a mí mismo.
-Mete el caballo en la cuadra, “Miserias” -dijo el *sheriff*-, y vuelve aquí en seguida, pues hemos de prepararnos para el ataque.
“Miserias” condujo el caballo a la cuadra y volvió a la cabaña. El *sheriff*, Holden y los dos comisarios se pusieron a hablar, aunque todos ellos estaban dispuestos a empuñar el revólver en cuanto amenazase el peligro.
El *sheriff* prestaba atención a los menores ruidos que llegaban de afuera. En dos ocasiones, dos viajeros pasaron por el camino hacia la montaña de Mesa Ridge. Siguió luego un largo intervalo de silencio, con excepción de los misteriosos sonidos de la noche en los parajes solitarios.
“Miserias” acabó de cenar. Se lavaron los platos. Sunrise fumaba en su pipa y Pete Rice continuaba mascando goma y mirando su revólver. Los cuatro personajes estaban sentados lejos de la ventana, y dispuestos a apagar la luz al primer indicio sospechoso.
De pronto se percibió al exterior una ráfaga de luz.
-¿Qué ha sido eso? ¿Una estrella fugaz? -preguntó.
Pete meneó la cabeza y se levantó de la silla para apagar la luz.
-No –dijo-. Eso era una flecha incendiaria.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando se oyó el crepitar de las llamas en el techo de la cabaña. EL techo había comenzado a arder. Los bandidos se habían acercado a la cabaña sin ser advertidos y habían empleado uno de los ardides característicos de los indios: el de pegarle fuego a una casa desde lejos.

-¡Por vida de...! -exclamó “Miserias”, empuñando su revólver y dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.
Pete lo agarró y lo echó hacia atrás con gran violencia.
-¡No seas bruto! -le dijo el *sheriff*-. Eso es precisamente lo que esos coyotes quieren: que salgamos para poder fusilarnos a mansalva.
Pete se agachó cerca de la ventana y empezó a disparar contra una arboleda cercana.
-Voy a probar si les hago contestar al fuego –dijo-. No sé por qué me parece que hay muchos en la partida.

Pete tenía razón. Sonaron varias descargas y los proyectiles se estrellaron contra las paredes de la casa. Era evidente que los bandidos habían desmontado y llevado a los caballos por la rienda al acercarse a la cabaña de Sunrise Holden. Los atacantes estaban bien protegidos, y todo lo que tenían que hacer era esperar que sus víctimas se vieran obligados a salir de la cabaña y acribillarlos a balazos.
Otra flecha incendiaria cortó el aire. Pete disparó hacia el punto de donde había salido el proyectil. Dejóse oír un lamento. Evidentemente, Pete había causado una baja.
El humo, sin embargo, iba entrando en la cabaña y el crepitar de las llamas en el techo era cada vez más perceptible. En unos minutos la cabaña sería una hoguera, pero si el *sheriff*, Holden o los comisarios trataban de salir, los bandidos los cazarían impunemente antes de

darles tiempo a emplear sus armas. La luna seguía brillando en el firmamento y la claridad en aquella noche era casi tanta como si hubiese sido de día.

CAPÍTULO XVI
UN SOLDADO DEL CRIMEN

Pete Rice se dio cuenta, así como sus dos comisarios, de que se encontraban en un apuro serio. Los bandidos acribillaban las paredes de la cabaña y las balas comenzaban a desconchar el cemento colocado entre los troncos que formaban la edificación. Algunos de los proyectiles penetraban en la habitación.

-¡Es inútil que os resistáis! -exclamó una voz que procedía de la arboleda-. ¡Lo mejor que podéis hacer es entregaros!

Pete no contestó. Aquella voz no era la de Bristow ni tampoco la de Swain. El *sheriff* no estaba seguro de que aquellos dos estuviesen en el grupo.

Sunrise Holden refunfuñaba coléricamente:

-¿Por qué no me habré levantado yo una casa de adobe en lugar de ésta de madera? ¡Pete, nos tienen cogidos!

El *sheriff* hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-Por algún lado escaparemos –dijo-. Todo lo que tenemos que hacer es buscarlo.

Pete se dirigió a sus comisarios que disparaban sin cesar, acurrucados debajo del alféizar de la ventana.

-¡No tiréis más! –ordenó-. El disparar contra esos individuos es malgastar la munición.

"Miserias" y Teeny cesaron sus disparos, aunque sus enemigos, parapetados detrás de los árboles, continuaban haciendo descargas... Hasta aquel momento el huracán de plomo que se había desencadenado afuera no había causado el menor daño. El peligro mayor venía del humo que hacía difícil la respiración en la cabaña.

Al *sheriff* le ardían los ojos, y las lágrimas que la irritación le causaban le impedían también el ver con claridad.

¡Crack!

La parte de atrás del techo se desplomó, desparramando por el cuarto maderas ardiendo. Una brasa se le metió a Pete por el cuello. El *sheriff* no pudo reprimir un grito de dolor.

-¿Te han herido, Pete? -preguntó "Miserias", con ansiedad.

-¡No! No te ocupes de mí -y Pete cogió un cubo de agua que había en la mesa y se lo volcó en la espalda.

La posición que en aquel momento ocupaba lo hacía fácil blanco de los disparos de los de afuera, ya que su silueta se recortaba perceptiblemente contra el resplandor de las maderas ardiendo que habían caído en la habitación.

¡Zinuc! Una bala le socarró la piel en el hombro. Otra pasó silbando por encima de la cabeza. Pete se desplomó como si le hubieran dado un balazo entre ceja y ceja. De entre los pinos surgió una diabólica carcajada.

-¡Le hemos dado al *sheriff*! -gritó una voz.

Uno de los bandidos asomó por detrás de un árbol y alentó a sus colegas para lanzarse al asalto de la cabaña. Una voz imperativa le obligó de nuevo a refugiarse detrás de un árbol. El bandido tardó un segundo en obedecer la orden que le daba su jefe.

Hubiera sido mucho mejor que la hubiese obedecido con más premura, pues ambos comisarios le dispararon a la vez, antes de ocultarse. El bandido cayó a tierra, sin proferir un grito.

Inmediatamente, los dos comisarios corrieron al socorro de Pete.

-No os preocupéis de mí –les dijo éste-. No me ha pasado nada. Una bala me dio un refilón en el hombro.
Otra porción de techo se desplomó en aquel momento, y una de las vigas le cayó a Holden en la espalda. El viejo ranchero se sacudió aquella pieza de madera, que le causó una herida en el hombro.
-Creo que lo mejor que podemos hacer es salir –gritó-. Cualquier cosa es mejor que esto. No hay medio de resistir aquí dentro.
-¡No! -exclamó Pete con voz atronadora-. Sunrise, estate ahí quieto y no te muevas.
Sunrise, sin embargo, se marchaba hacia la puerta. Los surcos de la cara reflejaban el suplicio que sufría. Pete le salió al paso, le echó una zancadilla y le hizo caer a tierra.
-¡Espera un momento! -exclamó Pete-. ¿No ves que si sales, te van a matar como a un perro? ¡Espera, que se me ha ocurrido una idea!
-Es demasiado tarde para tus ideas -dijo Holden en tono de lamentación.
En el cuarto hacía tanto calor, que sus cuatro ocupantes estaban a punto de desmayarse. El fuego del techo se había comunicado a las paredes; en un momento el techo se desplomaría enteramente.
Pete descubrió una nueva aplicación de la mesa en que estaba el cubo de agua. La tabla de la mesa era de lo menos tres pulgadas de grueso y estaba hecha de madera de roble.
-Si podemos llegar hasta la cuadra –gritó-, podemos coger los caballos y tener alguna esperanza de escapar. Vamos a sacar la mesa. Tú, “Miserias”, coge las patas de un lado. Yo cogeré las del otro.
Pete se volvió hacia Teeny.
-Teeny, pon la mesa delante, y tú y Holden os agacháis bien entre nosotros dos. Esta mesa nos servirá de escudo. Tiene cuatro pies de anchura y es bastante larga.
Con la mesa puesta de canto, los sitiados se parapetaron, agachados, detrás de ella, Pete y “Miserias” sujetando el mueble por las patas. El grupo salió de esta forma por la puerta. El corral estaba a menos de cien yardas de distancia.
Cuando los sitiados aparecieron al exterior en aquella extraña manera, los gritos en las filas de sus enemigos y el ruido de los disparos se hicieron ensordecedores. Los tiros rebotaban por docenas en la mesa, cuyo grueso era doble del que realmente se necesitaba para que no la atravesasen las balas.
En una descarga, una de las balas rozó el cuello a Teeny, causándole poco daño, pero enseñándole a parapetarse mejor detrás de la mesa.
Los cuatro marcharon hacia la cuadra a grandes pasos. Durante la ingeniosa maniobra, Pete les hizo detenerse y envió varios disparos contra la arboleda en que se refugiaban los bandidos. Uno de los proyectiles debió alcanzar a alguno de los malhechores, pues se percibió con toda claridad un grito de dolor. Por fin, el ranchero, el *sheriff* y sus dos comisarios llegaron al establo. *Sonny* relinchó de gozo al ver acercarse a su dueño.
Este, sin embargo, no tenía tiempo para emplearlo en acariciar a su caballo, como *Sonny* esperaba, y el jinete acostumbraba a hacer. “Miserias” quedó de centinela en la puerta del establo para repeler cualquier ataque que pudiera venir por aquella parte. El *sheriff* entró en el silo y miró por entre las rendijas de aquella destartalada estructura.
La calma parecía reinar en las filas enemigas; aparentemente, deliberaban sobre la línea de conducta que debían seguir después de la inesperada maniobra concebida por Pete Rice.
-¡No vamos a salir huyendo, jefe! -dijo “Miserias”, cuyo mayor encanto en la vida era estar cercano a la muerte.
-Depende... -dijo Pete con una sonrisa. Las balas caían como granizo en las paredes del establo-. Todo depende de lo que digan esos señores de afuera.
El *sheriff* apartó la cara de aquella ranura que le había servido de mirilla, en el momento preciso en que una bala atravesó el sitio y se fue a incrustar contra el pesebre. El *sheriff* volvió

a colocar la cara contra la misma ranura, para calcular si los bandidos estaban bastante cerca para lanzar otra flecha incendiaria contra el establo.
Este se hallaba a cien yardas más lejos de la arboleda que la casa y para lanzar una flecha incendiaria en aquellas condiciones, sería necesario que alguno de los bandidos saliese de su escondrijo.
Pete, de un puntapié, derribó una tabla en la pared del establo.
-Vigila desde aquí, Teeny, y no dispares, a no ser que se lancen al asalto contra nosotros.
Pete cogió la cebadera y la colocó en el sitio donde había quitado la madera. La caja con el pienso tapaba casi enteramente el agujero. El espacio que aun quedaba podía utilizarse como aspillera para disparar desde allí. Teeny había empezado ya a disparar a través de ella.
Sunrise Holden había subido a la parte de arriba del silo, destinada al almacenaje del heno, con una agilidad que nadie hubiera creído posible en un hombre de su edad. Holden estaba agachado junto al agujero que servía para meter el heno. “Miserias” y Teeny disparaban sus 45 y el ranchero aquella antigualla de seis tiros que era la única arma que tenía. Cuatro o cinco bandidos se habían lanzado al asalto. El fuego de los sitiados les hizo retroceder.
Otros tres de los sitiadores trataron de avanzar, pero sin mejor resultado. “Miserias” disparó dos veces, y uno de ellos mordió el polvo. Los otros dos volvieron a su parapeto. Mientras “Miserias” volvía a cargar, Pete tomó su posición junto a la puerta empuñando su revólver.
Los bandidos deliberaban. No podían cruzar el espacio que los separaba del establo, sin grave riesgo, y no parecían dispuestos a exponerse a que les dieran un tiro.
“Miserias” volvió a cargar su revólver y se agazapó junto a la puerta en la actitud de una araña que acecha la caída de una mosca.
-¿No vamos a coger a ninguno de esos “socios”, patrón? -preguntó.
Pete movió la cabeza.
-No, “Miserias” –contestó-. Vamos a dejarlos que se vayan esta vez. Es más importante que discurramos un poco para ver cómo salimos de aquí, pues si nos echan una flecha incendiaria nos vamos a encontrar en un apuro.
El *sheriff* mascaba goma, a medida que coordinaba sus pensamientos.
-En la vida, compañeros, hay situaciones en que lo mejor es tragarse el orgullo y entregarse.
-Nunca te había oído hablar así, Pete -dijo “Miserias” en tono de reproche.
Pete meditaba. Aquel barberillo que tenía por comisario era demasiado imprudente en los momentos de peligro, y Pete sabía que si lograban escapar de aquella trampa, se podían dar con un canto en el pecho. En la partida quedaban al parecer bandidos por docenas.
Una nueva descarga y una rociada de plomo contra las paredes del establo demostraba que Pete no andaba muy equivocado. El *sheriff* y sus hombres eran demasiado pocos para hacer frente a aquel verdadero ejército de malhechores.
Estos no parecían tener intención de dejar escapar a sus enemigos, especialmente a Pete Rice, a quien se la tenían jurada, ya que una vez puesto fuera de combate el *sheriff* del distrito de Trinchera, aquella zona sería un paraíso para el criminal.
Sunrise Holden disparaba desde la parte de arriba.
-Dos de ellos han tratado de sorprendernos, Pete.-Su risa semejaba al cacareo de una gallina.
-¡Magnífico, Sunrise! -exclamó Pete-. Nunca es agradable quitarle a nadie la vida, pero entre la de ellos y la nuestra...
A Pete le parecía comprender por qué los dos bandidos se habían acercado al establo. En uno de los lados había un tronco de árbol, y era natural que si un par de sus asaltantes podían ocultarse allí podrían lanzar una flecha incendiaria y obligar al *sheriff* y a los suyos a abandonar aquel baluarte.
El ingenioso Pete había logrado escapar de la cabaña, que en aquellos momentos ardía como una hoguera, pero la mesa con que se habían escudado no les serviría de gran cosa si el

enemigo lograba arrojarlos de aquella que era su última línea de defensa, pues no había ningún sitio más en que poder guarecerse.
Mientras Sunrise y los dos comisarios se defendían disparando sin cesar, Pete meditaba la manera de salir de aquel atolladero. Si los bandidos no conseguían incendiar el establo y Pete lograba hacer salir a "Miserias", para que trajera ayuda del pueblo, él y Teeny podrían aguantar el tiempo suficiente hasta que regresara "Miserias" con la gente.
No quería, sin embargo, exponer a "Miserias" a un riesgo mortal sin antes saber si Bristow o Swain se encontraban en aquella partida. El apresar a Bristow o a Swain merecía la pena de exponerse al peligro, pero no solamente el coger a sus secuaces.
Teeny disparó tres tiros. Pete se dirigió hacía donde estaba su comisario.
-¿Qué pasa, Teeny? -preguntó Pete.
-Ahí he visto a uno -contestó Teeny-, y maldita sea... ¡se me ha escapado! Ahí está otra vez -Teeny levantó el arma de nuevo para disparar, pero Pete Rice le cogió el brazo...
-No tires, Teeny -dijo-, vamos a ver qué se trae ese individuo.
Pete observó la maniobra. A cierta distancia, hacia la derecha, veía moverse una rama de árbol. La rama avanzaba uno o dos pies, y luego se paraba... Al cabo de poco rato volvía a avanzar de nuevo.
Pete comprendió inmediatamente la estratagema. Aquel bandolero se acercaba furtivamente al establo, con la idea de llegar hasta aquel tronco de árbol, para defenderse detrás de él y lanzar desde allí una flecha incendiaria.
La rama se adelantó unas seis pulgadas.
-Déjame que le meta un tiro, Pete -dijo Teeny.
-No -contestó el sheriff-. Él se cree que nos está engañando y que desde aquí no lo vemos. No le tires. Déjale que se divierta y que se acerque todavía más.
Pete comprendía que aquella era una gran ocasión para coger un prisionero y hacerlo hablar hasta que dijera si Bristow o Swain estaban con la partida. De averiguar con certeza que estaban allí, Pete enviaría "Miserias" a la Quebrada del Buitre para traer refuerzos.
El *sheriff* descolgó de la silla de *Sonny* la cuerda que de ella pendía.
-¡No tires, Teeny! ¡Aguarda un poco!
Sunrise Holden no tenía muy buena vista y no había advertido la presencia del bandido. Pete y Sunrise se colocaron junto a la abertura que el *sheriff* había hecho quitando una de las tablas de la pared.
Pete miró a través de la abertura. El bandido se había acercado todavía más, oculto detrás de la rama, a la manera que lo hacen los indios. Sin embargo, el bandido estaba aun a veinte pies de distancia del tronco de árbol que constituía su meta.
Los bandidos seguían disparando, pero Pete no se molestaba en responder a sus disparos, limitándose a observar al individuo que se acercaba, y que estaba ya a quince pies del tronco del árbol.
-Teeny, lárgale unas cuantas balas alrededor, pero procura no tocarle -instruyó Pete a su comisario-. Asústalo nada más para que salga corriendo.
Teeny hizo cuatro disparos que produjeron el efecto deseado.
El bandido se puso de pie, soltó la rama en que se protegía y corrió a guarecerse detrás del tronco de árbol. El lazo de Pete volaba ya por el aire y se enredaba en los hombros del bandido. Pete tiró de la cuerda. EL prisionero empezó a gritar, pero no podía desasirse, a pesar de revolverse en el suelo tan estérilmente como si hubiese sido cogido por un pitón.
Una descarga de los bandidos dio en la parte alta de donde Pete había hecho retirar a Sunrise con anterioridad. Pete se echó la cuerda al hombro y empezó a tirar arrastrando a su víctima.
El bandido estaba ya suspendido en el aire. A sus gritos, tres de sus compañeros avanzaron para zafarlo de la cuerda. Teeny hizo tres disparos. Uno de los bandidos cayó al suelo y los otros dos huyeron.

En la arboleda sonaron varias descargas. El bandido que estaba suspendido de la cuerda lanzó un grito agonizante. Pete comprendió su significado: el infeliz había sido herido por una de las balas disparadas por sus propios compañeros. Un minuto más tarde, el prisionero estaba dentro del silo. Estaba herido de gravedad y tosía cavernosamente.

Pete envió a Holden por el farol, que encendió en un rincón, para no ser visto por los de afuera, y colocó al herido a la luz de la linterna. El hombre se desmayó en los brazos del *sheriff*, y éste lo colocó cuidadosamente en el suelo.

"Miserias" y Teeny seguían manteniendo el fuego, acompañados de Sunrise, que defendía su puesto con toda bravura, junto al agujero en la pared, a través del cual había sido arrastrado el prisionero. Su rifle se dejaba oír con intervalos de pocos segundos.

El herido abrió los ojos y tosió un poco. El rostro reflejaba la agonía.

-¡Me han "dado"! -dijo casi sin poder respirar-. Después que me ofrecí voluntario, cuando usted me cogió con la cuerda, esos coyotes tiraron contra mí, para que no pudiera decir una palabra.

-¡Cálmate! –le dijo Pete. El prisionero se moría, pues tenía una bala en los pulmones y Pete no podía hacer nada para aliviarle el sufrimiento. La muerte se encargaría de hacerlo... en unos minutos.

La mirada del herido era apagada y casi vidriosa. Tratábase de un individuo joven, de unos veinticinco años, bien parecido y de cabello rubio, rizado. En el cuerpo llevaba marcados los trofeos de su carrera criminal: una cicatriz de herida de bala en la cara y dos dedos que le faltaban en la mano izquierda.

-Yo me muero –dijo-. Ojalá que no me hubiera encontrado nunca con Bristow o con Swain. -Una sonrisa de amarga comprensión asomó a sus labios-. Pero es demasiado tarde para lamentarse -añadió.

-¿Están Bristow y Swain con vosotros? -le preguntó el *sheriff*.

El prisionero no contestó, y, después de toser, movió la cabeza negativamente.

-No los dejéis que se arrimen a ese tronco –el agonizante reveló-, pues quieren quemar la casa.

-¿Dónde están Swain y Bristow? -preguntó insistentemente Pete-. Tú dices que no están ahí fuera con los demás.

El herido volvió a decir que no con la cabeza.

-Están en el rancho del jefe. Allí los puede usted coger, y ¡ojalá los coja!

-¿Dónde está ese rancho? –Pete se apresuró a hacer la pregunta, pues el hombre podía morirse de un momento a otro y llevarse al sepulcro la valiosa información que el *sheriff* necesitaba.

-Está en las colinas hacia Summit –dijo el herido-. Es una finca en que crían caballos negros.

-¿Hacia qué parte de Summit cae esa finca? -preguntó Pete.

El herido tuvo un acceso de tos y se estremeció.

-¿No puedes decírmelo? –Pete le imploró.

Pero el prisionero no podía hacerle más confidencias. El pobre estaba muerto.

Los bandidos parecían más interesados que nunca en que los sitiados no escapasen. Una nutrida descarga acribilló una de las paredes del establo. Teeny gritaba frenéticamente. A no dudar, el enemigo trataba de colocarse en posición ventajosa para lanzar las flechas incendiarias.

Pete contempló a su prisionero que yacía muerto en el suelo. Aquel joven había sido un soldado del crimen, pero todos los honores que se le tributaban a su muerte eran las maldiciones y blasfemias de sus camaradas, y las descargas que se percibían y que acribillaban las paredes de aquel débil baluarte.

CAPÍTULO XVII
LOS REFUERZOS

Pete creía tener ya datos de positivo valor, pero para poder servirse de ellos, era indispensable escapar de allí. Una empresa de aquel calibre hubiera sido difícil para cualquier estratega, pero Pete, más que en el escape, pensaba en lo que iba a hacer una vez que hubiese escapado, y soñaba en que, con un poco de suerte, podría coger a Bristow y Swain antes de que se hiciera de día.

Teeny Butler había logrado impedir que los bandidos se acercasen al codiciado tronco desde el cual se proponían arrojar la flecha incendiaria. Esto no era obstáculo, sin embargo, para que los de afuera prosiguiesen tenazmente en su empeño, lo que indicaba tal vez, que el jefe les había prometido una buena recompensa si conseguían incendiar el baluarte de los sitiados.

Pete dejó al muerto arriba y descendió a reunirse con sus comisarios. El enemigo se preparaba para lanzarse al asalto por el lado que defendía Hicks "Miserias". Pete con sus armas había añadido una nueva batería a las defensas y el ataque no era probable que prosperara, aunque había gran número de asaltantes ocultos en la arboleda.

-No se te ocurra, "Miserias" -dijo humorísticamente el *sheriff*-, asomar la cabeza por esa puerta, si es que quieres seguir con la barbería.

-Pues es el único sitio por donde se puede salir, o al menos, yo no veo otro -respondió el barberillo de la Quebrada del Buitre.

-Eso es precisamente lo que ando buscando -fue la respuesta de Pete-. Tú aguanta por este lado, y si me necesitas, me llamas.

Pete se puso al lado de Teeny.

-¿Cómo andas de municiones, Teeny? -preguntó.

-No te preocupes de las municiones. Tengo aquí bastante para abrirles diez agujeros en la barriga a todos esos hombres, en cuanto salgan de su escondrijo.

Pete no pudo menos de reírse.

-Muy bien - dijo-, la batalla se considera indecisa. Al menos de momento.

Pete había estudiado la situación. Tres de las paredes del establo estaban expuestas al fuego del enemigo, pero una no lo estaba; se trataba de una pared en la que no había ninguna ventana.

Pete echó todo el peso de su cuerpo contra aquella pared de tablas. Cogió luego la mesa y la arrastró hacia la pared.

Teeny comprendió la idea de su jefe.

-Déjemelo a mí, patrón -dijo el gigantesco comisario-. Este trabajo requiere un poco más de carne de la que tú llevas encima.

Pete ocupó el puesto de Teeny en la tronera, mientras su subordinado levantaba la mesa por encima de la cabeza. Teeny empujó la mesa con toda su fuerza contra aquella pared. El choque produjo el estrépito natural, que Pete apagó disparando al propio tiempo uno de sus 45.

Una vez más, Teeny descargó la mesa contra la pared, y el *sheriff* protegió la maniobra disparando el revólver. Al furioso impacto, saltó una de las tapas de la pared. La madera, ya gastada, no pudo resistir el golpe asestado por Teeny.

De este modo Teeny logró aflojar cuatro de las tablas verticales, las cuales arrancó con su hercúlea fuerza. La quinta tabla, sin embargo, resistió más que las otras, y Teeny y el *sheriff* tuvieron que servirse de la mesa como un ariete. Pete volvió a su tronera.

Pero en aquellos preciosos segundos había ocurrido algo que no esperaban. Uno de los bandidos había conseguido colocarse detrás del tronco. Unos instantes después una flecha lumínica describía un arco en la oscuridad y penetraba por el agujero en la parte de arriba del silo e inmediatamente se percibió el crepitar del heno seco al arder.

Los caballos empezaron a resoplar en cuanto notaron el humo y Pete se dio cuenta de que había de proceder con toda la premura posible, comprendiendo que si se declaraba el incendio, los caballos tendrían que ser sacados con los ojos vendados y que aun entonces, podrían resistirse a salir.
Para despistar a los asaltantes, Pete hizo varias descargas.
-¡Ya tenemos el agujero! -dijo Teeny orgulloso de su proeza-. No es muy grande que digamos, pero por ahí cabe uno por lo menos.
-Ya es bastante, -replicó Pete-. Podemos salir de uno en uno y nos habremos escabullido antes de que nos rodeen enteramente.
Teeny finalmente, arrancó una tabla más, con lo que quedó espacio bastante para pasar un caballo.
-¡Muy bien, patrón! -dijo Teeny.
Pete rompió de nuevo el fuego contra los sitiadores.
-Que salga primero Sunrise -ordenó el *sheriff*-, y así es probable que se ponga a salvo antes de que nos descubran. Luego, tú y "Miserias", y el último me iré yo, que soy quien tiene el caballo más ligero.
El heno había empezado a arder; hasta abajo llegaban algunas briznas encendidas. Los caballos piafaban y lanzaban vigorosos resoplidos. Pero Teeny era autoridad en caballos.
Al jamelgo del viejo Sunrise hubo que vendarle los ojos. El ranchero montó y se alejó, sin que los bandidos se dieran cuenta de ello. "Miserias" lo siguió. El techo del silo ardía ya por todas partes y alumbraba el espacio que "Miserias" tenia que recorrer en la huída. Oyéronse gritos de alarma en las filas sitiadoras. Pete oyó disparar a "Miserias", al mismo tiempo que Teeny salía también por el agujero que él mismo había abierto. Cuatro bandidos salieron al campo raso y dispararon contra los fugitivos. Pete esperó a que se pusieran a tiro para hacerlos retroceder con sus disparos.
Luego se acercó a *Sonny*, lo acarició y le habló con ternura, haciéndolo pasar por el agujero de la pared. Una bala pasó silbando junto a la cabeza del *sheriff* en el momento en que montaba. *Sonny* salió al galope, y el jinete, por primera vez en aquella aventura, creyó que podía salvarse.
El viejo Sunrise le había dicho que diera la vuelta alrededor de la arboleda y siguiese hacia la población, aunque Pete sabía que el ranchero y los comisarios tendrían probablemente que sostener varias batallas antes de ponerse enteramente a salvo.
Aquella maniobra, sin embargo, parecía haber desmoralizado a los bandidos, unos cuantos de los cuales saltaron sobre sus caballos para perseguir a los fugitivos. Una bala de "Miserias" alcanzó a uno de los perseguidores, que cayó rodando a los pies de su caballo.
La batalla había terminado. El resto de la partida volvió grupas y después de hacer unos disparos sueltos, abandonaron el campo.
Era muy raro que Pete Rice pidiera refuerzos a la población. Él y sus comisarios se sentían capaces de hacer frente por sí solos a cualquier situación que se ofreciese, pero el *sheriff* no había tenido la menor intención de hacer caer a sus subordinados en una trampa como aquella de la que acababan de escapar.
Pete meditaba en la forma de poder llegar al rancho que el bandido le había indicado al morir. No sabía tampoco la fuerza que Bristow y Swain reunían a su mando. Tal vez eran pocos: tal vez veinte o más. El caso, pues, requería la organización de una *posse*.
El "Descanso de los Vaqueros" no había cerrado aún sus puertas aquella noche, y pronto como la voz entre los contertulios de que Pete Rice andaba reclutando una *posse* y los *cow-boys*, que se hubieran rebelado ante la idea de guardar el ganado a aquella hora en el rancho, saltaron inmediatamente sobre sus caballos en la puerta del café, esperando que se les llamase.

Pete Rice salió al galope hacia la casa de Curly Fenton. Allí desmontó y se fue hacia el corral que había detrás de la casa y le echó a un caballo la cuerda al cuello, al mismo que montaba aquel bandido la noche del primer asalto al rancho de Sunrise Holden. Pete se había llevado al animal y lo había dejado en el corral de Curly Fenton.

Pete siempre creyó que aquel animal podría darle la pista del paradero de los bandidos, pero ahora que sabía que el rancho estaba en el camino de Summit tenía la segura certeza de descubrirlo.

-Soltaremos el caballo -le decía el *sheriff* a Fenton, mientras cabalgaban hacia el centro del pueblo-, y lo dejaremos que vaya a dónde le guía su instinto. Nosotros lo seguiremos.

Quince *cow-boys* estaban a caballo dispuestos a seguir a Pete Rice, cuando éste llegó al Café de los Vaqueros. Teeny y "Miserias" estaban hablando con el doctor Buckley, que montaba una magnifica yegua de pelo castaño.

Tom Welcome, aunque había nacido en la ciudad, sabía montar a caballo y había comprado un animal dócil a un tratante de la población. Hopi Joe, el rastreador indio, que generalmente se hacía pagar por su trabajo, ahora consideraba un privilegio que se le permitiese salir con la caravana.

Dos jóvenes, los hijos del ranchero Runnison, que por casualidad se encontraban en el pueblo, se unieron a la *posse*, y aunque en otro tiempo habían sido enemigos de Pete Rice, eran ahora sus mejores aliados.

El padre de los Runnison era quien había regalado a Pete Rice aquel par de revólveres con sus iniciales en las culatas. Esos revólveres habían pertenecido a un antepasado de Runnison, llamado Pike Runnison, y sus iniciales servían para Pete Rice.

El *sheriff* iba a recibir una doble sorpresa en el momento en que salía de la población a la cabeza de la cabalgata. Hacia él galopaba un individuo con la cabeza vendada y acompañado de otro individuo alto y de cabellos grises.

El del vendaje era Sam Hollins, que estaba ya casi curado de la herida que recibió en la cabeza la noche del atraco frustrado al Banco de los Ganaderos.

-No estoy aun bien para atender a mis negocios -dijo muy acalorado-, pero cuando se trata de ir a la caza del coyote que me dio el golpe en la cabeza, no puedo pasarlo por alto.

El compañero de Hollins era Duane Mortimer, presidente del Banco de la Quebrada del Buitre. Mortimer no tenía en aquel momento aspecto de banquero, pues llevaba un sombrero de *cow-boy* y un par de revólveres al cinto.

Pete no había visto a Mortimer desde el día que habló con él en el Banco, y él no acababa aún de comprender la razón de que Mortimer no le dijese la verdad en aquella ocasión. La *posse* galopaba por la calle abajo, cuando Sunrise Holden se sumó a la comitiva.

-Me había entretenido tomando unas copas -le dijo a Pete-, y a poco os pierdo de vista. Supongo que no esperabas irte sin mí, Pete.

-Tú vete a dormir, Sunrise, que ya las has pasado bastante gordas hoy -dijo Pete-. Ve al Hotel Arizona y diles que te den un cuarto, y lo pago yo.

El viejo ranchero quería ir con los demás, pero Pete Rice lo trataba como a un díscolo adolescente. El pobre ranchero estaba muy fatigado y nervioso después de la aventura de aquella noche.

-¡Por vida de...! –exclamó-. No sé por qué no he de ir yo, cuando van los demás. Y aun quedan unos cuantos que vendrán de un momento a otro.

Pete, sin embargo, insistió en que el ranchero se fuera a dormir y se dejara de meterse en aquellos trotes, impropios de su edad y de su estado. Pete mascaba goma furiosamente al frente de su *posse*, cuando ésta desfiló por delante de la casa de Curly Fenton, en la dirección del camino de Summit.

-Pareces preocupado, Pete. ¿Qué te pasa? -le preguntó Fenton.

-Sí que lo estoy -replicó Pete-. No me gusta llevar conmigo a una serie de aficionados, que probablemente nos impedirán hacer todo lo bueno que haríamos nosotros. Son las cosas pequeñas las que me preocupan. Las grandes no tienen remedio y así, ¿para qué preocuparse de ellas? Si esta gente le echa mano a Swain, estoy seguro que lo ahorca y no tengo intención de que en este distrito haya ningún linchamiento.

Pete comprendía perfectamente el encono que prevalecía contra Swain. Los ciudadanos de la Quebrada del Buitre iban a la caza de criminales ordinarios sin otro propósito que el de cazarlos para que no hicieran más daño, y le daban un tiro a cualquier renegado de la frontera con la misma lógica y naturalidad que aplastaban a una serpiente venenosa. Pero en el caso de Swain, la multitud sentía una profunda aversión hacia el hombre que había sido uno de ellos y luego los había traicionado.

La *posse* avanzó por el camino de Summit, a través del campo raso. Pronto se encontraron atravesando la selva virgen, y por doquier se oían los aullidos de los lobos, coyotes y jaguares.

Pete guió la expedición por el camino abandonado y luego torció a lo largo de una vereda que conducía a las lejanas montañas. Curly Fenton llevaba de la rienda al caballo negro, que seguía al trote, con las orejas levantadas, como si percibiera el calor del establo en la cercanía.

Al llegar la cabalgata a una bifurcación del camino bordeado de plantas espinosas, Pete soltó el caballo negro. El animal aspiró el aire, relinchó y salió corriendo por la vereda que conducía a la región inculta, al otro lado de Summit

En los labios de Pete se dibujó una sonrisa. El caballo negro señalaría el camino que debía seguir, pues inevitablemente se iría hacia su rancho, y todo lo que la *posse* tenía que hacer, era no perderlo de vista.

El camino era un denso chaparral, a través de desfiladeros y algunas planicies cubiertas de artemisa. El caballo bordeó una quebrada y salió al galope en la dirección de un pinar. Más abajo, recostado en la ladera, estaba el pueblo de Summit, pero el caballo se fue en la dirección opuesta. Pete seguía al animal de cerca, y la *posse* seguía a Pete.

A medianoche la cabalgata se encontraba al pie de las montañas. En la distancia, recortadas contra la luz de la luna se divisaban unas espiras y pináculos de roca.

Inesperadamente, el caballo relinchó tres veces, aceleró el paso y se lanzó a través de un prado, en dirección a un rancho situado en un claro de la espesura, bordeado de álamos.

Pete Rice sintió que el corazón se le saltaba del pecho. La última vez que recordaba haber visto aquel rancho, estaba vacío v desmoronándose. En aquel momento varias luces se filtraban a través de las ventanas.

El rancho estaba, ocupado, y todo permitía suponer que aquél era el lugar que indicó el bandido en su confesión de muerte en la cabaña de Sunrise Holden. Pete tiró de las riendas del caballo y levantó la mano como señal de que los de la *posse* cesaran de hablar. Los jinetes le rodearon presurosos.

-Me parece que aquel rancho, en medio de la arboleda es el sitio a donde vamos -dijo Pete-. Llevad los caballos al paso de aquí en adelante, para que esa gente no sospeche y cuando llegue el momento partid a galope tendido. No sé por qué me parece que esos coyotes están ahí ahora.

La *posse* acogió las palabras del *sheriff* con un murmullo de expectación.

Pete llevaba a *Sonny* al paso a la cabeza de la comitiva.

Nada parecía indicar que la presencia de la *posse* no había sido advertida por los del rancho, sobre todo teniendo en cuenta que aquella cortina de árboles ocultaba a los jinetes.

De ser aquel rancho la guarida de los bandidos, lo probable era que hubiese uno de ellos de centinela, aunque pudiera haberse quedado dormido o estar tan confiado, que la *posse* podría acercarse a cien yardas de la casa, antes de que sonara el disparo de alarma.

El caballo negro relinchó a cierta distancia. El animal pasaba por delante de las cuadras, a unos pocos centenares de yardas de la vivienda. Pete no creía que el relincho del caballo despertara en el rancho sospecha alguna. Muchos son los caballos que relinchan en un rancho, y los bandidos, si realmente estaban allí, lo considerarían una cosa muy natural.

La *posse* avanzaba lentamente, y Pete sentía que la victoria estaba al alcance de su mano. Como medida de precaución, se aprovechaba de cuantos medios le ofrecía el terreno para ocultarse, y así, después de colocar a su gente detrás de una fila de rocas, se parapetó detrás de unos árboles.

Pete tenía confianza en la gente que lo acompañaba, y lo esperaba todo de su comportamiento y disciplina. Bristow y Swain probablemente serían capturados sin necesidad de disparar un tiro, y luego la *posse* misma ayudaría al sheriff a poner a los criminales bajo la jurisdicción del Tribunal.

En su viaje de regreso a la Quebrada del Buitre, Pete se proponía no pasar por Hondonada Ardiente, un villorrio construido por la empresa del ferrocarril y cuyos ciudadanos eran un tanto levantiscos.

Al amparo de los árboles, Pete detuvo su caballo y levantó la mano para reclamar silencio. Las instrucciones finales las dio en voz baja. Cuatro hombres fueron designados para dar la vuelta al rancho, hasta colocarse en el lado opuesto al que se encontraba el grueso de la fuerza.

-Llevad los caballos al paso. Me parece que no saben aún que estamos aquí, y...

¡Bang!

La detonación de un 45 interrumpió el silencio de la noche. El disparo había salido de la *posse* misma. Sam Hollins y Tom Welcome desahogaron su indignación en horribles blasfemias.

-¿Qué diablos le paga a usted, Mortimer? -preguntó Hollins, con acento airado-. ¿Está usted nervioso? ¿Es ésta la primera vez que sale usted con una *posse*?

-Ustedes dispensen -dijo Mortimer. Pete había llegado ya al lado del banquero.

-No sabe usted cuánto lo siento, *sheriff* -dijo Mortimer con voz temblorosa-. No me puedo explicar cómo ha podido ocurrir... El dedo se me fue al gatillo sin darme cuenta...

-¡Adelante, muchachos! -ordenó Pete-. ¡No hay que esperar más! Este tiro ha dado la alarma a los del rancho.

En verdad, dentro de él se escuchaban ya los gritos y desde una de las ventanas había comenzado a disparar un Winchester. Las balas silbaban alrededor de la *posse*.

-Ponerse a cubierto, de momento. Ya asaltaremos la casa.

Las balas llovían cerca de Pete y de sus hombres. Aquel disparo accidental había dado la alarma, y si los de la *posse* salían al campo abierto, serían fácil blanco de aquellos mortíferos Winchesters. Dos rifles más disparaban desde las ventanas.

Uno de los *cowboys* cayó herido de un balazo en el hombro.

Pete clavó las espuelas a *Sonny* y dio la orden de avanzar. Los del rancho no cesaban de disparar y el caballo de Sam Hollins cayó muerto de un tiro en la cabeza. Sam había caído a tierra y no podía sacar la pierna, que tenía aprisionada debajo del cuerpo del animal.

CAPÍTULO XVIII
EL LINCHAMIENTO

Pete Rice se incomodaba muy rara vez. Pero en aquel momento tenía apretados los párpados, hasta hacer casi imperceptibles sus grises ojos y los surcos de su rostro revelaban la tensión nerviosa que le invadía. Aquel disparo de Mortimer había estropeado todos sus planes.

Pete trataba de evitar en lo posible el derramamiento de sangre, pero en aquellas circunstancias, si decidía lanzarse al asalto, no era humanamente posible que toda aquella gente escapara de la aventura sin daño alguno.

-¡Atrás todo el mundo! -gritó el *sheriff*-. ¡Pónganse todos detrás de los árboles!

Con las balas silbando en torno suyo, Pete sacó a Hollins de debajo del caballo y lo condujo a un sitio más protegido.

-No te preocupes por mí, Pete -dijo Hollins-. Estoy perfectamente. Nada más que una contusión en la pierna.

"Miserias" lanzaba mientras tanto una rociada de plomo contra el rancho y le pedía a su jefe que le dejara avanzar. En el patio del rancho se oían ya pisadas de caballo, lo que indicaba que los bandidos se preparaban para la huída.

-¡Prepararse! -ordenó Pete-. ¡Adelante! Desparramarse un poco.

Mortimer, el banquero, trataba de redimirse del estigma de haber estropeado el plan, disparando sin cesar, parapetado detrás de un arbusto, contra las sombras que se agitaban en el patio del rancho. Oyóse un grito de dolor, al caer uno de los malhechores.

Pete Rice y sus dos comisarios valían más que el resto de la *posse* y por todas partes se les veía disparando y ocupando las posiciones que consideraban estratégicas para reducir más fácilmente a los bandidos, y sin dar tregua a sus revólveres.

Tom Welcome había sacado su rifle nuevo de que iba equipado y avanzó hasta colocarse a corta distancia de Pete y derribando a uno de los bandidos en los primeros disparos. Los del rancho, sin embargo, no contestaban al fuego, y esto, unido a que ya se oía el galopar de los caballos, indicaba que algunos de los malhechores habían emprendido la huída.

Pete salió a todo galope y saltó una tranquera en el corral del rancho. Las luces en la vivienda ardían todavía. El *sheriff* hizo girar a su caballo y se dirigió al primero que se encontró junto a él.

-Tú, Joe -le dijo al indio Hopi-. Llévate media docena de hombres y no dejes escapar a esas víboras. Y no te metas en honduras, pues quiero terminar la partida sin perder hombres innecesariamente. Más pronto o más tarde, agarraremos a esos pajarracos.

El *sheriff* se dirigió luego a sus comisarios.

-Vamos a registrar la casa. "Miserias", tú entra por la puerta de atrás. Tú, Teeny, entra por la de adelante. Es probable que aun quede gente dentro y esté escondida en la casa.

Los dos comisarios procedieron a cumplir las órdenes de su jefe. Pete vio una escala de mano apoyada contra una ventana en el piso alto, y trepó por ella como al hubiera sido una ardilla.

La ventana estaba abierta, y en el interior de la habitación había luz. Pete entró en el cuarto, miró en un armario, debajo de la cama y detrás de una cómoda colocada diagonalmente contra un ángulo de la habitación.

El *sheriff* salió al pasillo y se metió en el cuarto contiguo donde ya encontró a Teeny y a "Miserias", quienes indicaron que no había nadie abajo, aunque algunos de los de la *posse* estaban todavía registrando.

El cuarto en que se encontraban era de buen tamaño y tenía dos armarios roperos y un arca suficientemente grande para ocultar a un hombre. Pete y sus comisarios registraron aquel mueble, en el que encontraron cartuchos, colillas de cigarro, botellas vacías y hasta unas cuantas pepitas de oro. Pero los bandidos se habían escapado.

Pete abrió la ventana de par en par, pues el cuarto apestaba a humo.

Los tres representantes de la Ley pasaron luego a otro cuarto en el lado opuesto del pasillo. Allí encontraron un pañuelo manchado de sangre y un sombrero con la punta curvada. En este cuarto no se notaba olor a tabaco. Pete dedujo que aquél debía ser el cuarto de Swain, que no era fumador.

El *sheriff* y los dos comisarios registraron la habitación, mirando debajo de la cama, en un armario ropero, detrás de una caja grande, dentro de la caja y hasta dentro de la chimenea. Esta había sido tapada con cajas y trapos viejos.
Pete reposó la mirada en un objeto que se había caído debajo de la mesa.
El *sheriff* lo cogió y dijo:
-No me cabe duda ahora de que esta habitación era la de Swain.
Pete hablaba con tono de amargura en la voz, mientras sostenían en la mano un pequeño estilete de oro, ribeteado de obsidiana.
Algún tiempo atrás, Pete y sus comisarios habían descubierto los restos de una antigua, población azteca[1] en una de las estribaciones de las Montañas de Baja. El tesoro había sido entregado a un museo del Estado, pero Pete y sus colegas se habían quedado como recuerdo de la expedición con unas cuantas curiosidades, algunas de las cuales Pete había repartido entre sus amigos.
-Este chisme -dijo con amargura en las palabras-, se lo di yo a Olin Swain. ¿No os acordáis? Yo tenía dos: uno de los cuales regalé a mi madre y el otro se lo di a Swain.
-Debías habérselo clavado en el corazón -exclamó "Miserias", con los ojos chispeantes de indignación.
Pete permaneció silencioso. Él y sus comisarios, para no decir también los demás miembros de la *posse*, habían registrado toda la casa, de arriba abajo, pero no encontraron dentro ni un ser humano, excepto un herido y dos muertos. Mortimer y Welcome los habían matado.
-En vista de que aquí no tenemos nada que hacer -dijo Pete-, nos iremos a seguir con Hopi Joe la pista de los criminales.
Sam Hollins y el herido quedaron al cuidado de un par de *cow-boys*, y Pete y su gente emprendieron la marcha en persecución del enemigo.
Pete revelaba en el semblante indicios de fatiga. Tom Welcome observó el desfallecimiento del jefe de la *posse*, así como los grandes círculos de sus mejillas, a luz de una farola.
-Tú debías quedarte aquí y descansar un rato -le dijo Welcome-. Nosotros nos encargaremos de lo demás. El cuerpo, Pete, no lo aguanta todo.
Pete agradeció la observación con una sonrisa, al mismo tiempo que movía negativamente la cabeza.
-Cuando yo me canso -dijo el *sheriff*-, es cuando no hago nada. El moho come más que el cansancio. ¡En marcha, muchachos!
La vereda torcía en dirección a la Quebrada del Buitre, y Pete no encontraba dificultad en seguir la pista de los fugitivos, que delataban las huellas de sus caballos, en las que superponían las de los caballos de la *posse*.
La condición del suelo denotaba al viajero experimentado que los bandidos habían salido a todo galope. A pesar de ello, Hopi Joe seguía las huellas lentamente, ya que su misión era no perder la pista, y procurar no entrar en batalla con los fugitivos. Pete y sus comisarios querían estar en el terreno cuando el encuentro comenzase.
Pete y sus hombres marchaban a todo el galope de sus caballos, y una hora después de haber salido del rancho, alcanzaron a Hopi Joe y a su pequeño destacamento.
-La pista es fácil de seguir -dijo el indio-. Fueron a la Quebrada del Buitre, pero probablemente volverán pronto. Sólo tres bandidos han escapado y los caballos iban juntos.
El indio señalaba hacia el camino para demostrar su teoría que era la misma de Pete. Las huellas de los fugitivos seguían hacia la población. Pete y su gente salieron a toda marcha, seguros de que tres hombres no se atreverían a prepararles una emboscada.

[1] Véase "La ciudad del Sol" de esta misma colección.

La vereda torcía de pronto hacia Hondonada Ardiente y al borde de un grupo de cedros, Hopi Joe detuvo bruscamente su caballo. Con los ojos parecía taladrar el suelo. El indio refunfuñó en torno de desagrado.
-Los hombres malos han tenido aquí apuro.-Hopi Joe señaló con el dedo a lo largo de la senda-. Dos se escapan, pero el otro con mucho sueño es cogido. Le dan un tiro. No sé si lo matan, pero no se cae de la silla.
Pete examinó las huellas que mostraba el indio. Este era una autoridad en la materia. Sin embargo, Pete podía leer aún más que el indio en la revuelta condición del camino y en las gotas de sangre que sobre él se veían.
Los tres fugitivos, aparentemente, habían sido atacados por un grupo de ciudadanos. Pete Rice recordaba que Sunrise Holden al salir de la Quebrada del Buitre le dijo que varios *cow-boys* a quienes no les había permitido salir en la *posse*, habían formado su propia banda y decidido salir por su cuenta en persecución de los bandidos.
-¿Por dónde vamos ahora? -preguntó "Miserias" con ansiedad.
-Espérate un minuto -le contestó Pete-. De momento, todo el mundo quieto.
Hizo girar a *Sonny* y salió a galope a través del prado hacia un lugar en que resplandecía la hoguera de un campamento. Él sabía que los bandidos no se habrían atrevido a encender una hoguera, y el resplandor evidentemente procedía de algún campamento de vaqueros. Alrededor de la hoguera estaban el cocinero, cubierto con un delantal sucio y dos vaqueros fumando, que fueron los que recibieron a Pete.
-¿Habéis oído vosotros algo ahí arriba, en el camino? -preguntó Pete-. ¿No habéis oído tiros?
-¿Qué si hemos oído tiros? -replicó uno de los vaqueros y señalando a su compañero añadió: -Shorty y yo fuimos allí y encontramos a un bandido. Dos que con él iban se escaparon. Pero de todas maneras cogieron a uno. Un hombre alto que no llevaba sombrero. La gente decía que era Swain, aquella víbora que trabajaba en un Banco en la población.
Él que así hablaba interrumpió su arenga para tirar el cigarrillo que fumaba a la lumbre de la hoguera.
-La gente -continuó-, estaba que no veía, y tenían razón. Yo mismo me hubiera ido con ellos si no hubiese tenido que guardar el ganado. A Swain se lo llevaron a Hondonada Ardiente o a algún otro sitio por allí cerca, con la idea de ahorcarlo.
-Gracias, hombre -le dijo Pete-. Eso era todo lo que el *sheriff* quería saber y volviendo grupas salió al galope de *Sonny* para juntarse otra vez a la *posse*.
-Vamos a todo galope -dijo el sheriff-. La gente ha cogido a Swain y tal vez podamos alcanzarlos, pues no hace mucho que han salido.
Sonny partió a galope tendido al frente de la comitiva. Los de la *posse* sabían bien que Pete no era hombre para tolerar un linchamiento, si podía impedirlo. El camino seguía hacia el Noroeste, en dirección contraria a la Quebrada del Buitre y atravesaba varios desfiladeros en un terreno accidentado que hacía demorar la marcha de la comitiva.
Al cabo de dos horas habían salido de aquel terreno, para entrar en una zona de baja vegetación... Pronto se encontraron en la cima de un cabezo desde donde se divisaba el pueblo. Dos cintas de acero se tendían simétricamente a través de las colinas y relucían a la luz de la luna. La vía férrea cortaba a través del borde occidental del pueblo.
Pete y su gente espolearon a los caballos, y por un rato marcharon a galope tendido. A una distancia de una milla, o quizá menos, el sol naciente descubrió un grupo de jinetes envuelto en una nube de polvo. Aquella cabalgata era probablemente la que conducía a Swain. O tal vez, un grupo de vaqueros que emergía de las colinas.
La *posse* descendió por la ladera, pero al llegar al pie de aquel recuesto, los jinetes se habían perdido de vista. En cuanto hubieron atravesado las colinas, *Sonny* emprendió un galope que los demás no pudieron seguir, y Pete se adelantó considerablemente a sus compañeros.

El *sheriff* sabía que unos minutos tan sólo podían decidir la vida de un hombre, y era de la mayor importancia que alcanzase a aquella cabalgata con la mayor premura, pues de otro modo, Swain sería como un cordero entre una manada de lobos.
Al llegar a las afueras del pueblo, otro jinete avanzó al galope por la vereda y se colocó junto a Pete. El nuevo personaje iba al lado derecho del *sheriff* y así no podía ver la estrella que éste llevaba en el lado izquierdo del pecho.
-¿Qué, vas también al linchamiento, hombre? -gritó el desconocido-. Acaban de coger a Olin Swain, ese asesino. Un amigo me lo ha dicho.
-¿Hay mucha gente? -preguntó Pete.
El jinete soltó una carcajada.
-Todo el pueblo, supongo yo. Y mucha gente que ha venido de la Quebrada del Buitre. Cuanto más, mejor. Así no podrán echarle a nadie la culpa.
Pete se alegraba de que su compañero de viaje no le hubiese visto la estrella. El jinete era joven: un vaquero de suaves modales. En los ojos, sin embargo, le brillaba una luz salvaje, que hizo comprender al *sheriff* la psicología de la multitud. Un grupo en un linchamiento era lo mismo que un nido de víboras.
-¿Dónde van a lincharlo? -persiguió Pete.
-Supongo que cerca del Ayuntamiento, pues allí hay buenos árboles.
El joven se sonrió al escuchar la cándida observación de su compañero.
-¡Nada de árboles! -dijo-. La gente tiene tal odio a Swain, que van a atar a ese coyote a los rieles del tren en una curva, antes de que pase el de mercancías. ¡Maldita sea! ¡Por ahí viene ya!
Oyóse el silbido de la locomotora y el resoplido de la misma al subir la pendiente.
-Vamos a tener que correr, si queremos verlo -dijo el joven-. Esto merece la pena.
Pete sintió un escalofrío que le recorrió la medula. Tal vez había llegado tarde. Su compañero, estaba en lo cierto: había que darse prisa si no quería llegar tarde. Metióle la espuela a su alazán y éste salió a todo correr dejando atrás al viajero, sorprendido y boquiabierto.
Pete llegó a la entrada del pueblo, atravesó una calle, siguió a lo largo de un callejón, hasta salir a la calle Mayor. Esta era muy hermosa, pues la población, a pesar de su nombre, no tenía nada de despreciable, ya que el centro ferroviario de aquella era el de una gran zona rural.

La calle Mayor estaba desierta. Una de las razones de la aversión que aquellos rancheros sentían por Olin Swain, era que la mayoría de ellos tenían sus fondos en el Banco de la Quebrada del Buitre y se mostraban resentidos de que aquel empleado hubiese traicionado la confianza que en él naturalmente tenían depositada.
Pete siguió por la calle Mayor, calculando que la muchedumbre se reuniría en la estación del ferrocarril, mas al llegar allí, se encontró con que estaba un poco más lejos. Los linchadores habían elegido un sitio antes de llegar a la curva y al acercarse Pete oyó el silbato de la locomotora que se acercaba.
Pete sacó el revólver, pero no con la idea de disparar contra los ciudadanos, sino meramente de intimidarlos. Una bala -pensaba- en el corazón de un bandido era beneficio para muchos; en el pecho de un ciudadano honrado, era sólo una tragedia para su familia.
Al *sheriff* no se le ocultaba tampoco que lo podían acribillar a balazos, si intervenía para impedir el linchamiento, pues no faltaban en el distrito de Trinchera quien le tuviera inquina y estuviese dispuesto a aprovechar aquella coyuntura para quitárselo de en medio. Pete siguió adelante.
Lo primero que hizo fue quitarse la estrella que llevaba en la parte de afuera del chaleco y ponérsela dentro. De esta manera, él calculaba que podría meterse por entre la multitud, sin que fuera reconocido.

La multitud era digna de estudio. El estrépito era ensordecedor: el ruido de un rebaño que se desmanda, aterrorizado. La locomotora silbaba en la distancia y el ruido del tren era ya perceptible.
Pete observó que los linchadores habían atado al empleado de Banco a unos cien pies de la curva, y que el maquinista no se daría cuenta del peligro hasta que fuese demasiado tarde.
El *sheriff* se apeó del caballo y cruzó por entre la multitud sin que nadie pareciera reconocerlo. Pete había sacado el revólver y se quedó anonadado al ver la salvaje expresión en los rostros de aquellos individuos, que siempre le habían dado muestras de civismo y cordura.

Pete estaba seguro de que, una vez perpetrado el linchamiento aquellos semblantes volverían a recobrar su acostumbrada dulzura y placidez, aunque todo ello no excusaría la comisión de aquel crimen brutal y salvaje.
El silbato de la locomotora se oía ya con toda claridad. La gente se apartó de la vía, y entre ésta y él y la multitud había un espacio de unas cincuenta yardas.

Pete se adelantó a la multitud. Swain permanecía completamente inmóvil. En uno de los rieles se veía una mancha de sangre que manaba de la frente de la víctima y causada probablemente por un golpe que alguien le había asestado con el cañón de un revólver. Swain había perdido el conocimiento.

-¡Échate atrás! ¡Que viene el tren!

Un individuo que se había destacado de la muchedumbre impedía con su improvisada autoridad que la gente se acercase demasiado a la vía.
Las mujeres empezaron a chillar. Los niños lloraban. Los hombres blasfemaban por la misma razón que los niños silban en la oscuridad para no asustarse. El *sheriff* vio a una mujer que se desmayaba y por todas partes se oían gritos incoherentes.
De pronto, Pete asomó por fuera de la multitud y cruzó corriendo la vía. Un silencio sepulcral reemplazó al griterío de unos minutos antes. Sólo una voz se escuchó: la de alguien que advertía a Pete que el tren se acercaba.
Pete procedió con su agilidad característica, sacó los dos revólveres que llevaba y los empleó para arrancar las escarpias que sujetaban a la vía las cuerdas con que Swain llevaba atados los pies y las manos. Un grito de protesta inundó el aire.
-¡Que lo maten! -propuso una voz enfurecida-. ¡Métele un tiro en la cabeza!
¡Bang!
La detonación de un 45 se dejó oír dominando el ruido del tren que se acercaba.
¡La bala alcanzó al *sheriff* encima del corazón!

CAPÍTULO XIX
EL BORDE DEL SUPLICIO

El impacto de la bala hizo girar a Pete como una peonza y caer finalmente de rodillas, con el cuerpo retorcido en el paroxismo del dolor. El *sheriff* se ahogaba y trataba de respirar, pero, a pesar de ello, su cerebro se mantenía despejado.
En primer lugar sentía cierta satisfacción de que el individuo que le había disparado el tiro tuviese tan certera puntería, pues de haberle dado el tiro en el hombro o en otro lado del pecho, seguramente lo hubiera puesto fuera de combate. Pero al darle la bala en la estrella del *sheriff*, que se había puesto en el interior del chaleco, el proyectil había rebotado sin penetrarle en el cuerpo.
-¡Es Pete Rice! -proclamó una voz-. ¡Es Pete Rice!

-¡Que lo maten, aunque sea Pete Rice! -exclamó la voz de un sujeto mal encarado que parecía ejercer cierta influencia en la multitud.
Pete volvió la vista hacia aquel individuo que estentóreamente pedía su muerte y reconoció en él a "Slug" Downer, un cuatrero que acababa de salir de la cárcel, a donde lo había enviado el *sheriff*.
Downer, sin embargo, no se atrevía a matar al *sheriff* por sí solo, pero trataba de incitar a los demás a que lo hicieran. Los del grupo echaron mano a las pistolas. Pete se había cargado a Swain sobre los hombros y se había metido uno de sus revólveres en la funda. Con el otro tenía encañonada a la multitud.
Desde luego el *sheriff* no tenía intención de disparar, pero ninguno de los circunstantes estaba cierto de las intenciones del *sheriff* y por lo tanto, tampoco estaba dispuesto a entrar en batalla con él.
Uno de ellos, sin embargo, parapetado detrás de un montón de rieles, hizo fuego y la bala atravesó la copa del sombrero del *sheriff*. Este se había olvidado de las balas en aquel momento, pues el tren llegaba a la curva.
El maquinista se asomó por la garita. Los ojos parecían saltársele de las órbitas cuando vio aquel gentío allí congregado. Inmediatamente tocó la sirena y aplicó los frenos.
Pete miró a la enorme locomotora que se les venía encima a él y a la carga que llevaba sobre los hombros. Las balas llovían en su derredor. De pronto Pete sorprendió a un minúsculo individuo encima de un montón de rieles. Era Hicks "Miserias" que de un tiro había arrancado la pistola a uno de los que disparaban, y le asestaba a otro un golpe en la cabeza con el cañón de su revólver.
Unos cuantos pies más allá, Teeny Butler se abría paso entre tres individuos, cada uno de ellos con una pistola en la mano. Los que se desprendieron de las manos de aquellos "héroes" así que Teeny empezó a descargar puñetazos.
Detrás de "Miserias" y de Teeny, venía el resto de la posse que aparentemente acababa de llegar a la escena. Los de la *posse* empezaron a disolver el grupo de frustrados linchadores, pero los tiros continuaban silbando por encima de la cabeza de Pete. Una de las balas le pasó junto a la oreja. Otra dio de refilón a Swain en la rodilla.
Pete en aquel momento se colocó detrás de la locomotora, que así le servía de protección. El maquinista volvió a dar al tren toda la marcha, pues aquel tren, conocido entre los campesinos con el nombre de "bala de cañón" no paraba en aquel pueblo.
Pete se mantuvo alerta, pues estaba aún lejos de poderse considerar fuera de peligro. La parte más difícil de su hazaña estaba aún por realizar. El furgón de cola del tren iba a pasar por delante de él. Pete agarró fuertemente a Swain y se guardó el revolver en la funda. Limpióse bien en el chaleco la mano que le quedaba libre y esperó que pasase el furgón.
El *sheriff* dio un salto, una fracción de segundo antes de que el último vagón pasase delante de él. Con matemática precisión se asió a la barandilla del coche y no sin sufrir por eso una violentísima sacudida, ganó el estribo. La fuerza misma del salto lo echó contra la barandilla del coche, pero Swain no se dio cuenta de nada, pues seguía sin conocimiento.
La multitud se desató en furiosos gritos al ver pasar el tren y notar que Pete y Swain habían montado en él. Sonaron unos cuantos tiros y varios proyectiles se estrellaron contra las paredes del furgón. Pete desde el tren observó cómo "Miserias" y Teeny, y los demás de la *posse*, disolvían el grupo.
Varios de los ciudadanos del pueblo se sumaron a esta misión apaciguadora. En aquel pueblo, como en todos, no faltaba gente amante del orden, pero que en el momento elegido de un linchamiento se sentía atraída por una morbosa curiosidad, y que en cuanto se abatía la onda emocional, se ponían incondicionalmente al lado de la Ley.
Un empleado del tren vino corriendo a la plataforma del furgón y ayudó a Pete a desprenderse de la carga que llevaba sobre el hombro, pues Swain era un hombre alto y grueso. Finalmente

entre el *sheriff* y su ayudante metieron a Swain en el furgón, dentro del cual entró tambaleándose el propio Pete.

Al alejarse el tren, el sheriff divisó a "Miserias" que agitaba la mano en el aire y decía algo que Pete no pudo comprender. Varias de las mujeres del grupo agitaban también sus pañuelos. Finalmente, el tren entró en una curva y la escena se disipó de la vista del *sheriff*.

Un plan bien rápidamente meditado, había librado a la víctima de aquella masa enfurecida, que aquella misma tarde volvería a sus habituales faenas, sin el menor asomo de rencor en el corazón.

Pete ayudó a los empleados del tren a colocar a Swain en una improvisada litera. El empleado del Banco había vuelto a abrir los ojos. Murmuró al principio unas palabras incoherentes y luego, levantando la vista, exclamó:

-¡Pete!

Este no contestó. El *sheriff* sentía gran orgullo y satisfacción de haberlo salvado de la muerte, pero de pronto se apoderó de él la aflicción, al pensar que llevaba a Swain ante la Justicia para responder a los crímenes de que se le acusaba. El trago era muy amargo para Pete, pero eso era la Ley.

El tren se detuvo a tomar agua. Pete había observado a los empleados del convoy, que le parecían buenas personas y gente de quien se podía fiar. Estaba meditando en el riesgo que ahora corría al llevar al detenido a la Quebrada del Buitre.

Varios ciudadanos de la población habían figurado en el frustrado linchamiento y parecía imprudente tentarlos de nuevo, metiendo en la cárcel del pueblo al hombre que se les había escapado de las manos.

Swain no había recobrado enteramente el conocimiento y sólo a ratos tenía intervalos de lucidez. De vez en cuando balbuceaba algo acerca de su mujer y de sus hijos, y de las cuentas del Banco, reviviendo en sus letárgicos pensamientos escenas de tiempos más felices para él en la Quebrada del Buitre.

-¿No para el tren en ningún sitio, antes de llegar a la Quebrada del Buitre? -preguntó Pete.

-No -le contestaron-, pero si le conviene bajar antes, pararemos donde usted nos diga. Ha estado usted muy oportuno. Si no llega tan a tiempo...

Pete tenía gran número de amigos en el distrito de Trinchera entre ellos un cazador que tenía una cabaña junto a la vía. El *sheriff* calculaba que si conseguía llevar allí a Swain, éste podría descansar, y él también, que mucho lo necesitaba.

-Gracias -dijo Pete al empleado del tren-. ¿Me hará usted el favor, pues, de parar, cuando yo le avise?

-Cuando usted quiera -dijo el empleado-. Usted manda.

-Espero, desde luego, que no hablen del asunto con nadie cuando lleguen a la población, ni mucho menos digan dónde me he apeado con el prisionero.

-¡Descuide, que nadie sabrá una palabra!

-¡Muy bien! Ya avisaré.

A unas tres millas de distancia, Peto dio la señal. El tren se detuvo y Pete bajó del furgón. Los empleados del tren ayudaron a bajar a Swain.

Con él a cuestas, anduvo como un octavo de milla a través de un campo llano, cubierto de artemisa y de espinos, para llegar al fin a una cabaña medio desmoronada. Era la cabaña de Beaver Miller.

Beaver recibió a Pete con alegría, y él *sheriff* le explicó el motivo de la visita.

-Todo lo que yo quiero es esconderme aquí esta noche y que tengas cuidado de este hombre por un día o dos.

-Eso es fácil -contestó Beaver con una sonrisa.

Pete cuidó de Swain, que seguía sin recobrar el conocimiento, cenó y acostóse en una litera de la cabaña. En un par de minutos se había dormido profundamente.

Reinaba la oscuridad cuando Pete se incorporó en la litera, desde donde vio a Beaver, que entendía algo de medicina, agachado al lado de Swain. Le había levantado la cabeza y se esforzaba por hacerle tomar una medicina con una cuchara.
Pete comprendió que Swain estaba bien atendido y se volvió a acostar quedándose otra vez dormido. Cuando se levantó era ya día claro. Pete se sentía completamente descansado.
-Beaver -dijo-, no sé por dónde van a respirar algunos de los ciudadanos en el pueblo, y así, me voy allá yo solo para ver lo que dicen. Si la gente está aún acalorada, es posible que te deje aquí a este hombre un par de días más hasta que se apacigüe aquello.
-No te preocupes -dijo Beaver-, que yo no he de salir de aquí lo menos en dos o tres días, pues tengo varias pieles que adobar.
Pete llegó a la Quebrada del Buitre al mediodía, y aunque no era amigo de la bebida, entró en el "Descanso del Vaquero" para ver de qué humor estaban los *cowboys* por aquellos contornos.
Uno de los parroquianos del café se acercó a felicitarle.
-No hay miedo de que tengamos ya ningún linchamiento ni tonterías por el estilo. Supongo que lo traerás aquí para meterlo en la cárcel.
-No puedo decir nada -contestó Pete brevemente-. Lo traeremos aquí cuando convenga, y me hago responsable de su vida.
El *sheriff* dirigióse calle abajo hasta llegar al Hotel Arizona, donde también entró. Más tarde visitó un par de bares más. La situación era normal, pensó Pete, y no había peligro en traer al prisionero a la Quebrada del Buitre.
De todas maneras decidió llevase con él a sus dos comisarios a la cabaña de Beaver, pues no quería exponerse a que al empleado de Banco se lo llevasen los vecinos ni los bandidos, que todavía tenían más interés que los otros en arrebatarlo.
A eso de mediodía, Pete y sus comisarios montaron a caballo enfrente de la barbería de "Miserias". Podían estar de vuelta al atardecer.
Pete tenía su trabajo perfectamente ordenado. En primer lugar, metería a Swain en la cárcel, poniéndole una guardia especial. A continuación, él y sus comisarios descansarían un rato y al día siguiente saldrían a la caza" de Bristow el "Halcón".

Bristow había caído en la ratonera y no había modo de que cruzase la frontera, ni de que se alejase mucho de aquel distrito. Las autoridades lo buscaban por todas partes y Pete daba por descontado que en muy poco tiempo se habrían hecho con el criminal.
A eso de una milla del pueblo, el trío oyó el disparo de un 45, que procedía de las montañas cubiertas de enebros que se divisaban en la distancia, y situados entre el camino que ellos seguían y los yacimientos de oro que Pete había visitado recientemente.
Pete y sus comisarios se dirigieron al lugar de donde procedía la detonación. Un caballo pinto asomó la cabeza por entre las ramas y los miró con curiosidad.
-¡Ese es el caballo de Hank Lewis! -exclamó, sorprendido, Pete Rice.
-¡Y la silla está vacía! ¡Apuesto cualquier cosa a que se han "cargado" a Hank!.
El sendero conducía a una barranca y en ella estaba tendido el viejo minero.
-¡No os lo decía yo! -exclamó el *sheriff*.
Pete saltó de la silla, y se dirigió a la barranca. Hank Lewis respiraba, tenía una herida en el costado. Pete la examinó y comprobó que se trataba nada más que de una herida superficial que le rozaba las costillas. El minero se había desmayado por la perdida de sangre. Era demasiado viejo para resistir una herida de bala.
Pete examinó la funda del revólver que Hank llevaba en el cinto, y comprendió la causa de la extraña detonación que habían percibido. Hank Lewis había sido herido en el camino o, tal vez en las minas. Por razones que no era posible determinar, el viejo se dirigía hacia la Quebrada del Buitre pero, al pasar por la barraca se sintió desfallecer y apretó el gatillo del

revólver sin sacarlo de la funda. Probablemente no tuvo fuerzas para hacerlo y el tiro había sido disparado solamente para dar la alarma.
El *sheriff* revivió al minero echándole en la cara agua de una fuente cercana y Teeny le dio un trago de té de aquel que siempre tomaba y del que llevaba un frasco consigo. Hank se incorporó.
-¿Qué diablos es eso que me estáis dando y que sabe a solimán? -preguntó en tono quejumbroso.
Hank abrió los ojos y trató de reconocer a los que tenía al lado. De pronto clavó los ojos en Pete y se le animó el semblante.
-¡Compadre! -dijo- tú eres el hombre a quien yo quería ver!-El viejo minero hizo un gesto de dolor-. Yo estaba perfectamente bien cuando salí de las minas, pero me desmayé y antes de perder el conocimiento, disparé el revólver para dar la alarma. Olin Swain y su partida asaltaron las minas anoche.
Pete Rice dio un salto como si le hubiera picado una avispa.
-¿Tú no quieres decir que Swain, sino alguien que se le parecía? -dijo el *sheriff* con voz temblorosa-. Apuesto a que nadie vio a Swain allí.
-¿Cómo que no, si lo vi yo mismo? -dijo Hank-. Swain fue el que me dio el tiro.
-¿Estás seguro, Hank? ¿Estás seguro?
-He visto a Swain más de cien veces y no me equivoco -contestó el viejo impacientemente-. Su estatura, su pelo gris y el labio que le sobresale como si estuviera siempre mascando tabaco. No te quepa duda que era Swain.
El corazón le latía a Pete furiosamente. “Miserias” estaba un poco perplejo, pero Teeny Butler comprendió en seguida la causa del asombro de su jefe. Los grises ojos del *sheriff* relucían como ascuas. Las manos le temblaban ligeramente.
-¿Comprendéis ahora? -dijo Pete excitado-. ¡Ojalá el viejo no esté delirando!
-¿Delirando? ¿Acaso crees que estoy loco? Tengo la cabeza tan despejada como la tuya. Sólo que el cuerpo me duele a causa de la bala que me disparó Swain.
Pete Rice se puso de pie de un salto.
-“Miserias” -le dijo a su comisario-, llévate a Hank a casa del doctor Buckley para que le cure la herida, y luego vuélvete a toda prisa a la cabaña de Beaver Miller. Allí estaremos Teeny y yo.
“Miserias” salió a cumplir su encargo y Teeny y el *sheriff* se dirigieron a la cabaña de Miller. Sonny galopaba a placer, de tal manera que a Teeny le era casi imposible seguirlo.
Pete sentía un gran alivio en su corazón, ya que nunca había podido creer que Olin Swain fuese uno de los bandidos, y aunque le había parecido reconocerlo en aquella siniestra figura de nariz aquilina, que acompañaba a Bristow el “Halcón” en un par de ocasiones, siempre había sido casi en la oscuridad. Había también oído su voz, pero tampoco con mucha claridad, a causa de la distancia.
Pete llegó a la conclusión de que alguien en el distrito de Trinchera había tratado de suplantar a Olin Swain y el *sheriff* se preguntaba qué razón habría podido existir para ello.
Aquel pañuelo con la inicial “S” había sido puesto deliberadamente en el lugar en que fue encontrado, para despistar a las autoridades, y lo mismo aquella estilográfica con las iniciales “O. S.” que Pete recogió en la cabaña de Sunrise Holden. Pete había llegado a sospechar de tantas coincidencias y de que el criminal se prestara a dejar rastros delatores de su paso por el teatro de sus hazañas.
Al fin se tenía una pista, pero una pista que embrollaba el asunto, en lugar de aclararlo definitivamente. Hank Lewis había “visto” a Olin Swain a la cabeza de los ladrones que asaltaron el campo minero.
Y toda la noche anterior, Olin Swain se la había pasado durmiendo en la cabaña de Beaver Miller.

CAPÍTULO XX
LA VEREDA TRISTE

Olin Swain había recobrado el conocimiento cuando Pete Rice llegó a la cabaña de Miller. Swain estaba sentado en su litera hablando con su guardián.
-¡Hola, Pete -dijo Swain en tono cariñoso-. ¡Hola, Teeny! Tanto gusto en veros. El supuesto bandido tendió la mano a sus visitantes que la estrecharon afectuosamente.
Pete se dirigió a Beaver.
-Supongo que no le habrás dicho a Olin la razón de haberlo traído aquí.
Miller movió la cabeza negativamente.
-No –dijo-. Yo no soy muy sociable ni comunicativo. El oficio probablemente me ha vuelto así.
Pete se volvió a Swain.
-¿Tú te acuerdas de haber venido aquí, Olin? -preguntó el *sheriff*.
-No del todo -fue la respuesta-. Sólo sé que las últimas noches han sido una pesadilla.
De pronto miró a Pete con ansiedad.
-¡Pete! –preguntó-. ¿Has visto a mi mujer y a mis hijos?
-No te preocupes de ellos, Olin. Están bien. No les ha pasado nada -contestó el *sheriff*-. Pero, dime, ¿qué te ha pasado a ti? Cuéntamelo todo desde el principio.
-Me sería mucho más fácil contarte lo que no me ha pasado -dijo Swain-. El lunes último recibí un recado para que fuera a ver a un amigo que vive cerca del pueblo, y a quien había prestado algún pequeño servicio. Mi amigo me necesitaba con urgencia. Según decía, se estaba muriendo de hambre. Monté a caballo y fui a verle.
Swain se llevó la mano a la frente.
-Estaba a buena distancia, a lo largo del camino de Summit, cuando sobre mí vinieron unos cuantos individuos a caballo. Me dieron un golpe en la cabeza y me llevaron con ellos.
"Cuando recobré el sentido, estaba en un campamento de bandidos. Me habían maniatado pero no amordazado y no tenía la menor idea de por qué me habían llevado allí. Al principio creí que me habrían secuestrado para pedir rescate, y eso me tenía preocupado, pues desde que vine a la Quebrada del Buitre no he logrado ahorrar más que unos cuantos cientos de dólares.
-¿Estaba ese campamento que dices cerca del río Bonanza? -preguntó Teeny Butler-. ¿No nos oíste a "Miserias" y a mí preguntar allí por Pete Rice?
-Sí. Estaba seguro de haber oído la voz de "Miserias" y lancé un grito, pero un mestizo me agarró por la garganta, para que no volviera a gritar y me amordazó. Después oí una tremenda batalla y pensé que tú, Pete, pudieras estar metido en ella, y eso me tenía muy preocupado.
-Yo no estaba -dijo Pete-, pero Teeny y "Miserias" se hallaban metidos hasta las orejas y se llevaron por delante varias de aquellas víboras que te tenían prisionero.
Pete se sentía gozoso. Olin Swain había sufrido, pero las heridas se curarían. Miró con ojos afectuosos al hombre que él había creído era un bandido.
-Y te llevaron a un rancho donde había sólo caballos negros, ¿no es así?
-¿Cómo sabes eso? -preguntó Swain, intrigado.
Pete se sonrió por toda respuesta. Swain siguió explicando que se le había tenido prisionero en un cuarto del rancho con las ventanas cerradas y la chimenea tapada y que dos noches antes había oído un tiro.
Sus secuestradores, Bristow el "Halcón" y unos cuantos mestizos lo habían sacado de la casa y le habían obligado, apuntándole con una pistola, descender por una escalera de mano.

Bristow y uno de los mestizos lo pusieron luego a caballo y le obligaron después a acompañarlos a Hondonada Ardiente.
Pete y Teeny dejaron que Swain terminara su relación, aunque la conocían en todos sus detalles: los ciudadanos enfurecidos habían atacado a los tres jinetes. Bristow y su cómplice salieron huyendo dejándole a él solo en manos del populacho que lo quería linchar.
-Yo no sabía de lo que se trataba -continuó Swain-. Traté de explicarme, pero uno de los del grupo me dio un golpe en la cabeza, y tengo una idea muy velada de que me ataron a los rieles de la vía. Todo lo que recuerdo es que desperté en el tren y luego me encontré en esta cabaña.
La situación aparecía perfectamente clara y explicable en la mente del *sheriff*. ¡Alguien habla suplantado a Olin Swain¡
Alguien tenía interés en capturar a Swain cuando éste se dirigía a socorrer a un amigo, alguien había despojado a Swain de su caballo, se había vestido como Swain y se había dejado ver en diferentes ocasiones, para dar la impresión de que Swain era quien cometía todos aquellos desmanes.
Pero ¿para qué? Además, ¿quién había por allí que se pareciera tanto a Swain, aun visto en la oscuridad?
Sam Hollins creía a pies juntillas que el individuo que le había dado el golpe en la cabeza era Olin Swain, y el propio Pete creyó haberlo reconocido cuando estaba encaramado en un árbol la noche que trataron de robar el Banco. Bristow el "Halcón" lo había llamado por su nombre de "Swain".
¿Por qué? Porque había interés en desacreditar a Swain; en enviarlo al patíbulo; en quitárselo de en medio. No sólo esto, sino que entre los bandidos se había hecho circular la especia de que Swain era el nombre del jefe que los mandaba.
Poco a poco se iba reconstruyendo en la mente de Pete el plan de aquella conspiración. Ahora sabía por qué aquel bandido de la cicatriz en la rara se le había acercado a rastras para cortarle las ligaduras cuando estaba prisionero en el campamento del Bonanza.
El bandido, le había dicho que Swain había ordenado que le cortasen las ligaduras y que el falso Olin Swain quería que Pete Rice se escapase, con la idea de que el *sheriff* regresase a la Quebrada del Buitre creyendo que Swain era un bandido y un asesino. De este modo, se lograría que Swain desapareciese del mapa a manos del *sheriff* o a manos del verdugo.
Esa era la razón igualmente de que el falso Swain le desviara el brazo a Bristow cuando iba a disparar contra Pete, pues era preferible que éste regresase con vida a la población y organizara una *posse* para capturar al verdadero Olin Swain.
Pero más tarde, aquel mismo individuo que había suplantado a Swain quería matar a Pete Rice, para que éste no pudiera jamás descubrir aquel infame fraude. Mas todavía quedaban algunos puntos por aclarar en la mente del *sheriff*. ¿Por qué no habían matado los bandidos a Swain? ¿Quién podía ser el que suplantaba a Swain? ¿Y por qué?
Pete se puso de pie, pues había oído el galope de unos caballos en el camino. Era "Miserias" que llegaba.
Pete se despidió de Swain con un afectuoso apretón de manos.
-Tú quédate aquí, Swain –dijo-. Tengo varias cosas que decirte, pero no ahora hasta que te sientas mejor. Estaré de vuelta lo antes posible.
Pete se fue hacia la puerta.
-¡Adiós, Olin! ¡Adiós, Miller!
El *sheriff* desapareció por la puerta y montó en su alazán. Se sentía feliz.
Uno de sus amigos había sido salvado de una muerte afrentosa.
-¡Vamos, muchachos! -ordenó, dirigiéndose a Teeny y a "Miserias"-. Vamos a coger al individuo que ha suplantado a Olin Swain. Y no se hable de volver a casa hasta que hayamos dado con ese coyote, a no ser que él nos lleve la delantera.

El *sheriff* y sus comisarios emprendieron la marcha, sin hablar apenas. Los tres jinetes se sentían satisfechos de su labor, y en esta última expedición iban a poner las cosas en claro. El punto de partida en sus pesquisas era, naturalmente, el campamento de los mineros, que los bandidos habían asaltado la noche anterior. Desde allí podían seguir la pista.

Avanzaron los tres por un terreno accidentado, hasta que llegaron a un altonazo, desde donde se divisaba el arroyo que daba nombre al campamento minero y que se tendía perezosamente, como una gigantesca culebra al calor del sol. Unos minutos después estaban en el campamento.

Allí no invirtieron más que unos minutos, transcurridos los cuales siguieron la pista de los bandidos. Los tres viajeros marchaban a todo galope. A los experimentados ojos de Pete Rice no le fue difícil seguir las huellas de sus enemigos.

Estos se habían dirigido hacia las montañas, en lugar de marcharse, hacía el Sur, pues sabían que se los tenía embotellados en la frontera. La partida, seguramente, permanecería oculta, durante algún tiempo, hasta que se les presentara ocasión más propicia para emprender la huída.

El camino era muy desagradable, con el terreno cortado de continuo por traicioneras quebradas y desfiladeros. Los caballos, sin embargo, estaban acostumbrados a aquel terreno.

El *sheriff* y sus colegas marchaban ahora por una zona cubierta de eminencias rocosas que daban la sensación de un pueblo en ruinas. La vereda los llevaba a través de impotentes gargantas y de formidables precipicios. Por encima de ellos se remontaban audaces pináculos que parecían tocar el cielo.

Los caballos se deslizaban por pizarrosas laderas y escalaban un momento más tarde alturas en que el águila y otros animales salvajes tenían su habitación. Por fin penetraron en un valle que se extendía por una distancia de varias millas, pobladas de pinos y abetos.

Los tres viajeros marchaban en silencio, dispuestos a seguir las huellas de los bandidos hasta donde fuese necesario. El propio “Miserias” de ordinario tan comunicativo, se había sellado los labios. Los tres atravesaban un pinar de suelo acolchado por la vegetación, que apagaba el ruido de las herraduras de los caballos.

Caía ya el sol cuando Pete sospechó que se hallaban cerca de la guarida de los bandoleros. Pete había tenido la vista fija en las orejas de *Sonny*, las cuales, cuando se levantaban, indicaban que se avecinaba el peligro. Y *Sonny* iba ahora con las orejas enhiestas. El caballo movió la cabeza y se detuvo. Los comisarios pararon sus caballos también.

Escucharon un momento. En todo aquel contorno no se oía más ruido que el susurro del viento al acariciar los pinares. Luego se percibió el relincho de un caballo. Más tarde llegó a sus oídos una estruendosa blasfemia en español, a la que siguió el agonizante resoplido de un caballo y el sonido apagado de las pisadas del animal.

El *sheriff* interpretó todos aquellos sonidos. Alguien había descubierto su presencia y trataba de escapar antes de ser sorprendido. El relincho del caballo, al notar la proximidad de otros animales, había traicionado al fugitivo. Encolerizado y temeroso, éste había clavado despiadadamente las espuelas en los ijares del animal y trataba de escapar a todo galope.

Pete sacó su alazán ligeramente con la espuela. Esto era todo lo que *Sonny* necesitaba. El animal salió a galope tendido detrás del fugitivo. Por entre los árboles el *sheriff* divisó un sombrero de anchas alas. Sacó el revólver de la funda, pero no disparó.

Aquel individuo era probablemente un centinela y, el disparo, alarmaría a los demás. La sorpresa era el aliado preferido de Pete Rice, pero en aquella ocasión no era posible sorprender a los forajidos. El bandido se agitaba en la silla y disparó dos tiros contra sus perseguidores.

El silbido de la bala no afectó a Pete como el sonido del disparo. No había razón para continuar silenciosos. Aquel tiro había dado la alarma. Pete envió una bala a través de aquel sombrero. El bandido lanzó un alarido de terror y puso las manos en alto.

¡Bang! Una pistola dejó escapar un llamarazo enfrente mismo del amedrentado jinete, que se desplomó de la montura. Pete contempló la cara del bandido cubierta de sangre. Este era el premio que recibía por su cobardía.
El *sheriff* y sus comisarios echaron pie a tierra. Por entre los árboles asomaban los rifles y las pistolas. Pete y sus compañeros pusieron a sus caballos a cubierto de unas rocas, en tanto que ellos se guarecían detrás de un corpulento pino. Desde su baluarte disparaban sin cesar contra los bandidos.
-¡Preparaos, muchachos! -ordenó Pete-. Uno a cada lado, y yo me quedaré en el centro. ¡Vamos a darles a esos coyotes todo el plomo que se merecen!
-¡Y un poco más tal vez –exclamó "Miserias".
El *sheriff* no tenía idea del número de bandidos en la partida, pero el empleo de la estrategia india, de avanzar de un árbol a otro, les daba una ventaja relativa sobre sus rivales.
Teeny y "Miserias" sabían bien su oficio, así como el riesgo que corrían. Eran ambos veteranos de muchas batallas, pero nunca habían deseado ganar ninguna tanto como la que en aquel momento libraban. El *sheriff* no cesaba de hacer fuego y en los primeros disparos había herido a dos de los bandidos.
Teeny y "Miserias" no daban tregua tampoco a sus 45. Los bandidos que no esperaban aquella rociada de plomo, salieron huyendo. Una voz en español les hizo detenerse. Pete Rice experimentó una sacudida. ¡Aquella voz era la de Bristow el "Halcón"!

CAPÍTULO XXI
EL JEFE DE LA PARTIDA

Pete Rice se sonrió, aunque sin revelar en su sonrisa síntomas de regocijo.
La presencia de Bristow en aquellos parajes le intrigaba.
Pete creía que quienquiera que fuera el que se hacía pasar por Swain, se había ocultado en el campo minero por una o dos noches, preparando el ataque contra los mineros, y debió estar en las cercanías de Arroyo de la Roca Hendida cuando el verdadero Olin Swain fue capturado por la *posse* y casi linchado. Creyendo el suplantador, pues, que Swain estaba todavía prisionero de Bristow, aquél haciéndose pasar siempre por Swain, había decidido sorprender a los buscadores de oro.
Bristow debió haber hallado aquel escondrijo después de haberse efectuado el robo, y en aquellos momentos debía haber avisado ya a su cómplice de que el secreto de la suplantación se había descubierto y que era indispensable matar a Pete Rice y a sus comisarios.
Así razonaba Pete, que en aquellos momentos aceptaba la oportunidad que se le ofrecía de medirse cara a cara con Bristow.
Pete odiaba a Bristow, tanto como éste odiaba a Pete. El *sheriff* no gozaba matando a cualquiera, pero aquélla era una situación en que sus disparos iban dirigidos a acabar para siempre, si podía, con aquel criminal. Bristow era un gran tirador y Pete, sabiéndolo, no se iba a exponer imprudentemente a cualquier riesgo.
-¡Voy para allá, Bristow! -gritó Pete, con voz áspera-. ¡Entrégate, y no esperes que te lo diga otra vez!
Una carcajada fue la respuesta que recibió el *sheriff*.
-Te voy a meter una arroba de plomo en el cuerpo, si no te entregas -gritó Pete-. No te hagas ilusiones. ¡No puedes moverte de detrás de ese árbol, sin que te cace como a un conejo! ¡Entrégate o te mato!

“Miserias” y Teeny habían entrado en la pelea con el mayor ahínco, y el primero había eliminado a tres bandidos. El resto de la partida sintió que se le enfriaban los entusiasmos y apretó a correr.

¡Crac!

El látigo surcó el espacio, alcanzó a uno de los bandoleros en la oreja y lo derribó a tierra.

Quedaban aún unos pocos de la mesnada que parecían dispuestos a defenderse. Las balas llovían en torno de Pete Rice, y arrancaban largas tiras de corteza del árbol detrás del cual se defendía. Este respondía vigorosamente al fuego de sus enemigos.

Bristow el “Halcón” dirigía epítetos insultantes al *sheriff*, en la esperanza de que éste, encolerizado, saldría a campo abierto. Pete, sin embargo, era gato viejo, para ceder a tan elemental estratagema, que hubiera constituido un suicidio. El *sheriff* contemplaba la labor de sus comisarios, que avanzaban cautelosamente y pronto lograrían cruzar sus fuegos a través del campamento de los bandidos. Tan pronto como esto ocurriese, Pete contaba con salir de detrás de su parapeto, cualquiera que fuese el riesgo, y añadir el peso de sus revólveres a las fuerzas del ataque.

De pronto, uno de los bandidos a la izquierda de Bristow lanzó un penoso quejido. “Miserias” lo había alcanzado con uno de sus disparos. El intrépido barberillo seguía detrás de un árbol cargando sin cesar sus humeantes armas. El bandido había tratado de dar la vuelta sin ser visto, con el fin de sorprender a “Miserias” por la espalda. El disparo de “Miserias” había sido decisivo.

El herido, un individuo malcarado, se dirigió, tambaleándose, hacia el árbol de Bristow, con las manos en el vientre y lanzando plañideros lamentos. En español le pedía a Bristow que lo salvase, pero el bandido le respondió con una carcajada cruel.

-Debías haber sido más listo, Tonio.

Por el sonido de la voz, Pete comprendió que el bandido había movido la cabeza para hablarle al herido. Esta era la gran ocasión par el *sheriff*, sobre todo cuando era una batalla tan desigual, que no se podía desdeñar así como así los momentos favorables que la fortuna deparaba.

Bristow miraba a la derecha, Pete se movió ligeramente a la izquierda y de un salto se colocó detrás del árbol inmediato. Uno de los de la partida asomó por detrás de una roca, desde donde había estado esperando una ocasión como aquella. El bandido disparó y Pete se agachó.

El bandido quedóse rígido. Lo último que hizo en esta vida fue apretar los gatillos de sus revólveres. Pero nadie puede disparar con buena puntería, si lleva una bala en el corazón. Los 45 se le desprendieron de las manos en el momento en que el gatillo descendía sobre el cartucho, y las balas por él disparadas, rebotaron contra la hojarasca a los pies del *sheriff*.

Pete se levantó y lanzóse de un salto contra Bristow, que cayó al suelo. Bristow hizo fuego pero Pete se agachó con la celeridad de un boxeador que esquiva un golpe de su adversario.

El bandido disparó otra vez, pero el arma de Pete resultó un poco más rápida que la de su contrincante. Pudo haberle dado un tiro en el corazón, pero se contentó con arrancarle de la mano el revólver junto con dos dedos.

El dolor que sentía, privó al bandolero de todo deseo de continuar la lucha y de un asesino retador y descarado se convirtió en un cobarde que imploraba la merced de la vida. El lobo se había convertido en un coyote.

-¡Me entrego! -le dijo al *sheriff*-. No dispares.

Una bala disparada desde detrás de uno de aquellos árboles pasó rozando la cabeza del *sheriff*. Este se puso a cubierto otra vez.

Bristow continuó implorando al *sheriff* que le perdonase la vida.

-No tires -exclamó-, y lo confesaré todo.

¡Pam! Una bala salió de detrás de un árbol, detrás de Bristow que cayó de bruces. El proyectil le había dado en el hombro.

Inmediatamente se oyeron pasos apresurados en la espesura que indicaban que el que había disparado contra Bristow trataba de escapar. En la verde alfombra de la espesura se percibía el galopar de un caballo.
Pete se inclinó sobre el bandido que yacía en tierra.
-Tu compañero es quien te ha pegado el tiro, para taparte la boca -dijo el *sheriff*-. ¿Quién es él? ¿Quién es el que se hace pasar por Olin Swain? Dime quién es o...
Mas Pete se dio cuenta entonces de que el bandido no lo oía. Había perdido el conocimiento.
-¡Teeny! ¡"Miserias"! ¡A caballo!
Pete se dirigía ya a buscar a *Sonny*. Saltó en la silla. Sus dos comisarios marchaban junto a él. Hacía un minuto nada más que los bandidos habían salido huyendo.
Pete y sus comisarios recorrieron el pinar y volvieron a encontrarse en aquel paraje accidentado que había visto a su llegada. De pronto divisaron desde lo alto de una roca a los bandidos que ascendían la pendiente inmediata. Eran nueve. ¡Nueve contra tres! ¡Y a pesar de ello, salían huyendo!
Pete y los suyos emprendieron la persecución. Los bandidos dispararon, pero los tiros distaron mucho de hacer blanco. Su idea principal era el huir. Pete divisó a la cabeza de la cabalgata a un individuo alto que llevaba un sombrero con el alma curvada. ¡Era indispensable prender a aquel individuo!
Sin embargo, el del sombrero llevaba un caballo muy ligero al que clavó las espuelas, desapareciendo por el otro lado del cabezo. Los bandidos se diseminaban con la idea de salvarse cada cual como mejor supieran.
Pete picó espuelas. Aquel individuo del sombrero de ala curvada era el que había suplantado a Olin Swain, el que había interpretado tan a la perfección el papel del empleado de banco, y el que le había metido una bala en el cuerpo a Bristow cuando éste cayó prisionero. Tratábase, pues, de un hombre peligroso.
El *sheriff* y sus dos colegas, después de derribar de un disparo a uno de los fugitivos, emprendieron la persecución del misterioso individuo, extendiéndose en abanico: Pete en el centro y uno de los comisarios a cada lado. A toda la marcha que pudieron llegaron a la cima de la colina inmediata. Los bandidos se habían perdido por aquel laberinto de rocas y desfiladeros. La vegetación era allí abundante y tanto los árboles como las rocas ofrecían suficiente protección a los fugitivos.
Un caballo pacía tranquilamente y un hombre estaba tendido plácidamente en el borde de una hondonada. Pete y sus compañeros se dirigieron hacia él.
-¡Pete! ¡Socorro! ¡No dejes que vuelvan y me maten!
Pete se apeó del caballo y se dirigió al individuo que así gritaba. El hombre no llevaba sombrero. La nariz le sangraba, lo que indicaba que alguien le había descargado un feroz puñetazo.
-¡No me dejes que me maten! ¡Pete! -gritó de nuevo con voz de agónica desesperación.
Pete contempló al individuo que allí estaba postrado.
-¡Charley Bridger! –exclamó-. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?
Teeny y "Miserias" se habían acercado.
-¡Que me coma un coyote! -exclamó el barberillo-. Si no llegas a gritar te hubieras expuesto a que te diésemos un tiro.
-A eso le tenía miedo -contestó Bridger-. Haz el favor de desatarme. Yo andaba por aquí, cuando oí los tiros y fui a ver que pasaba y me encontré con los bandidos. Uno de ellos me dio un puñetazo y me ató luego. Era un hombre alto con un sombrero Stetson de ala curvada. Al marcharse me soltó un tiro, pero no me dio.

Pete Rice soltó las ligaduras que sujetaban a Bridger, pero al hacerlo, notó un bulto que le asomaba en el bolsillo de atrás, en el pantalón. Pete lo sacó. Era una bolsa de piel de ante.
-¿Tú no sabes quién era el bandido que te ató? -preguntó Pete.

Bridger hizo una mueca y se llevó la mano a la nariz. . El labio superior, ya de suyo adentrado, se adentro todavía más al hacer aquella mueca.
-No; no lo sé, Pete. Todo lo que sé es que se trae unos puños como para el sólo.
Bridger señaló con el dedo el Este.
-Por ahí se ha ido, y si corres, aun lo puedes alcanzar. No te detengas por mí, Pete. El deber es lo primero.
Pete se apartó a una cierta distancia para mirar desde la altura. Desde allí el *sheriff* pudo haber tratado de ver al fugitivo. Pero prefirió abrir la bolsa que había encontrado en el bolsillo de Bridger. Dentro de ella había unas pepitas de oro.
Pete volvió al lado de Bridger.
-Oye, Bridger -dijo-, ¿es esta bolsa tuya?
Bridger asintió con un ademán.
-Sí –dijo-. Son unas pepitas que compré hace una semana. Las llevaba conmigo, por miedo de que me las quitaran de la tienda.
La fisonomía de Pete sufrió un cambio repentino. En sus labios se dibujó un gesto de amargura, mientras miraba a Bridger con ojos de inflexible dureza. Los músculos de la cara le asomaban como si hubiesen sido cuerdas de guitarra.
-¿Hace una semana, dices? ¿Dónde está tu sombrero?
-Se me debió caer al suelo, al darme el puñetazo -contestó Bridger.
-¿Estás seguro de que no lo has tirado tú mismo a la hondonada? -Pete le interrumpió-. ¿Estás seguro de que no encontraremos el sombrero si lo buscamos bien?
-No te comprendo, Pete -Bridger replicó en tono de profunda sorpresa.
-Quiero decir, Bridger, que te ha salido mal la treta. Hasta ahora confieso que has sido muy listo, y cuando viste que te habíamos cortado la retirada, te diste un golpe en la nariz y te ataste tú mismo. Pero no me puedo creer ese cuento, aunque estaba dispuesto a tragármelo si no hubiera sido por una cosa.
Pete abrió la bolsa y echó su contenido sobre la palma de la mano.
-Estas pepitas proceden del campamento de los mineros, que tú y tu gente robasteis anoche.
-¡Eso es absurdo! -exclamó Bridger.
-¡Fíjate! -Pete replicó con enojo-. Cada una de estas pepitas llevaba un pedazo de goma de mascar. ¿Cómo te explicas eso? Pues, para que lo sepas, yo mismo fui quien puse la goma, cuando estuve el otro día en la cabaña de Hanck Lewis.
Pete se adelantó hacia Bridger en actitud agresiva.
-¡Charley Bridger -le dijo-, tú has sido el que te has hecho pasar por Olin Swain! Quedas detenido por asesinato, por haber disparado contra tu compañero de crimen, Bristow el "Halcón" disparado por robo y por haber aterrorizado el distrito. ¡No hay quien te salve la horca!
-Pete, tú te has debido volver loco -contestó Bridger en tono de protesta-. ¿Es que yo me parezco a Swain?
El semblante de Bridger estaba pálido como la cera, la boca le temblaba. De pronto cesó de hablar en justificación de su conducta y echándose hacia atrás, unas dos yardas, sacó de debajo de la chaqueta una pistola que allí llevaba oculta.
La pistola escupió un lívido llamarazo y la pólvora, al quemarse, chamuscó la manga del *sheriff*, quien salvó su vida saltando a un lado en el momento preciso. Pete se echó mano a la pistola y disparó antes de que Bridger pudiera jugar de nuevo el gatillo. La bala le entró al criminal por cerca del sobaco.
Bridger cayó como un fardo, y aunque trató de nuevo de levantar la pistola, sus músculos no le respondieron y perdió el conocimiento.
El *sheriff* se arrodilló junto a él.

-Lo siento mucho -dijo-, pero tú te lo has buscado. Era tu vida o la mía. Ahora, Bridger, lo mejor que puedes hacer es confesar, pues no te queda mucho tiempo para hacerlo. Todavía no me explico que hayas tratado de suplantar a Olin Swain. Y aun me explico menos cómo lo lograste, pues tú y Swain no os parecéis en nada.
Bridger mostró gran valor en aquellos momentos, en que sabía que le quedaban pocos para despedirse de este mundo.
-Tienes razón, Pete –exclamó-. No soy como crees del Oeste, sino de Pittsburg. He sido actor del teatro y un día se me ocurrió que podía ganar dinero por medios criminales. He estado en la cárcel.
Bridger se detuvo un momento.
-Al llegar al Oeste, todo lo que pude conseguir fue una contrata breve en un teatro de Denver. Allí me encontré con Tom Welcome.
-¿Tom Welcome, el que está pasando una temporada en el pueblo? -preguntó Pete.
-Welcome es primo de Swain, aunque éste no lo sabe, como no sabe tampoco que ha heredado una fortuna de medio millón de dólares de un pariente.
-¡Canastos! -exclamó “Miserias”.
Con la cabeza reclinada en la chaqueta de “Miserias” colocada a guisa de almohada, Charley Bridger terminó su historia.
-Olin Swain -dijo-, tenía un puesto en un Banco de Denver, cuando Tom Welcome se enteró del pariente rico de Swain y que éste estaba a punto de morir. Tom Welcome hubiera heredado la fortuna, si Swain hubiese desaparecido.
“Welcome es un falsificador muy listo. Un cheque por una cantidad importante, con el nombre de Swain, se había puesto al cobro en un banco de Denver, mientras Swain estaba de vacaciones. Welcome, entretanto, había preparado las pruebas acusatorias de Swain y éste sin poder redimir su nombre, había dimitido su puesto en el banco.
En el semblante de Bridger se dibujó una amarga sonrisa.

-Pero nunca se puede decir cómo van a salir las cosas -continuó el herido-. Tom Welcome creía que Swain se suicidaría y de ser así Welcome recibiría la herencia que legítimamente le correspondía a Swain. Aquella noche deshonrosa en su vida acabó casi con la vida de Swain, pero éste, contra lo que su primo esperaba, decidió seguir trabajando, para defender el pan de su mujer y sus hijos.
“Swain desapareció y Welcome, finalmente, logró encontrarlo en la Quebrada del Buitre.

“Welcome comprendió pronto que las cosas le iban saliendo a pedir de boca y desde el momento que Swain se había cambiado de nombre, los abogados que trataban de buscarlo para hacerle entrega de la herencia, no tenían manera de encontrarlo. Todo lo que le restaba a Welcome era hacer desaparecer a Swain.

“Yo no me parezco a Swain, pero soy alto y grueso como él. Welcome creyó que siendo yo actor, podría suplantar a su primo sin que nadie se diera cuenta de ello. Yo no quería hacerlo al principio, pero Welcome me aseguró que me pagaría bien. Aparte de eso, me amenazó. Welcome es listo y él había averiguado que yo había estado en presidio.

-Pero tú tienes la nariz pequeña y ese labio...

-Ahí es donde entraba el actor –Bridger se expresaba con cierto orgullo-. Con cera me arreglé la nariz y me puse un pedazo de algodón debajo del labio superior para que sobresaliera como el de Swain, me empolvé el pelo, para que pareciera gris como el de Swain, y un buen actor puede imitar la voz de cualquier persona, si se lo propone.

-Supongo que tú fuiste quien ideó el ataque a la casa de Holden, ¿no? -preguntóPete.

-Sí; yo fui. Yo sabía que el viejo Sunrise no tenía cuenta en el banco. No tenía intención de matarlo y la idea era solamente la de que Holden hiciese saber a todo el mundo, que sus atacantes le habían dicho que no tenía cuenta en el banco, para que la gente naturalmente

creyese que el autor de todo era Swain. La información se la saqué a Swain un día que fui a verlo a su casa -declaró Bridger con una amarga sonrisa.
Teeny Butler dirigía los ojos en todas direcciones, pues sabía que varios de los de la partida de Bristow andaban por allí desparramados, y el comisario no se iba a dejar sorprender por nadie.

-Oye, Pete -dijo Teeny-. Por ahí me parece que se mueve la hierba de un modo sospechoso...

-Tú y "Miserias" os vais hacia allá -dijo Pete-, pues quiero estar seguro de que esa gente nos vuelve otra vez por aquí.
Los dos comisarios montaron a caballo y se dirigieron hacia la próxima colina. Bridger continuó su historia. El herido iba debilitándose por momentos.
-Welcome pensó que había llegado el momento de actuar cuando supo que Bristow se había escapado de la cárcel-dijo-. Welcome supuso que Bristow se había recorrido este distrito y se lo sabía de memoria y que conocía además tus procedimientos. Entró en relación con Bristow y le ofreció una buena cantidad si le ayudaba.
"Mi parte era vestirme como Swain y arreglarme la cara, de manera que la gente me tomara por Swain en una luz no muy clara. Mis instrucciones eran meterme en toda clase de enredos y en que se me viera en ellos. El primer trabajo que se me dio fue el del banco de Summit, aunque nunca creí que me saldría tan bien.
Bridger volvió a sonreír.

-Al menos me pareció que había salido bien entonces al ser reconocido por Sam Hollins antes de darle el golpe en la cabeza.
¡Crac! Una bala blindada, disparada con un rifle de gran potencia, vino a estrellarse contra una roca por encima de la cabeza de Charles Bridger.
Pete empuñó sus revólveres en un instante y en menos que se tarda en referirlo avanzó disparando. Una segunda bala rebotó contra otra de las rocas. Pete regresó al lugar en que se encontraba Bridger y lo colocó detrás de una roca grande, antes de precipitarse él mismo en la hondonada.
Los disparos seguían, pero el sheriff se guarecía detrás de los árboles y de las rocas que allí abundaban. Pete Rice se acercaba cada vez más al emboscado y vio el rifle que apuntaba directamente contra él, mientras buscaba la protección de la maleza en el lado opuesto de la hondonada.
De repente oyó un par de disparos y vio que el rifle se desprendía de las manos del tirador. Un momento más tarde se oyó un grito de triunfo. Era la voz de Hicks "Miserias".
-¡Ya le hemos cazado, patrón! –gritó-. ¡Hemos cogido la víbora!
Pete volvió a subir por la hondonada y se colocó de nuevo al lado de Bridger. Este tenía los ojos medio cerrados, aunque no había perdido el conocimiento, pues parecía reconocer a Pete.
Unos minutos más tarde regresaron Teeny y "Miserias", que traía con ellos a un individuo bajo y delgado, vestido con un traje negro y una camisa blanca. La camisa estaba manchada de sangre.
El herido era Tom Welcome.

CAPÍTULO XXII
SE ACABO LA PARTIDA

Charley Bridger abrió sus ojos vidriosos.

-Ese es el criminal –exclamó-. Ese es el criminal que me hizo vender mi vida por unos cuantos miles de dólares. Todo lo que deseo es que lo lleven a la Quebrada del Buitre y que lo cuelguen con cuerda bien larga.
Los dos comisarios colocaron a Tom Welcome cerca de Bridger. Welcome estaba un poco débil, a causa de la perdida de sangre, pero la herida recibida no era de gravedad. Welcome se sonrió cínicamente.
-No hace mucho tiempo -dijo-, que Bridger, que es como se llama ahora, me consideraba como el hombre más grande del mundo. Eso era cuando creía que iba a conseguir de mí una gran cantidad de dinero. Ahora, que las cosas no salen bien, se vuelve contra mí. ¡Es el cuento de siempre! ¡Ahora soy una rata despreciable!
-Por lo que le he oído decir a Bridger, no se te puede llamar rata, sin insultar a ese animal -dijo Pete Rice-. ¡De manera que eres el hombre que dirigía este negocio! Tú pusiste una tienda en el pueblo y tú te quedaste allí para vigilarla. ¡Y pensar que nos creíamos que habías venido a Arizona para cuidarte la salud! No sé por qué, me parece que de ahora en adelante no te va a probar mucho el clima de Arizona.
Welcome asintió. El herido mostraba una serenidad sorprendente.
-*Sheriff*, ha ganado usted la partida. ¿Para qué hablar más? Pero este tonto que está ahí lo echó a perder todo en el instante crítico.
Welcome soltó una risotada.
-Aquel tiro que se le fue a Mortimer en el rancho fue cosa mía-dijo Welcome-. Yo sabía que Mortimer no estaba acostumbrado a las armas de fuego. Yo vi los nervios que tenía, con el dedo puesto en el gatillo. Me acerqué a él, le empujé el brazo y le disparó el arma, con lo cual Bristow supo que lo buscaban. Pero una persona sola no puede cargarse toda la responsabilidad. Bristow y Bridger cometieron infinidad de errores.
-Por lo que parece, tú, Welcome, has cometido algunos también. Toda aquella prueba fraudulenta con que tratabas de acusar a Olin Swain era algo sospechosa.
-¡Oh! A estas alturas estoy dispuesto a conceder cualquier cosa -dijo Welcome con voz fatigada-. Sé hasta dónde puedo llegar y me doy perfecta cuenta que en este momento estoy perdido. Me he jugado el todo por el todo y me han tirado la carta contraria. Así, pues, pueden llevarme cuando quieran a la Quebrada del Buitre y ahorcarme cuando les parezca, y aun les daré las gracias por salvarme de la pobreza.
Pete se puso de pie.
-Traed a Bristow -ordenó a sus comisarios-, iremos a buscar a Olin Swain, que el pobre ya ha sufrido bastante, aunque me figuro que lo dará por bien empleado cuando le cuente toda la historia.

*****

Tres noches después se celebraba una reunión en la casa de Olin Swain. Swain se había ya repuesto de los efectos de la paliza que le habían dado aquellos salvajes que trataban de lincharlo y estaba tan contento como un chico con zapatos nuevos.
Su esposa reía y lloraba alternativamente. Los chicos se acostaron aquella noche mucho más tarde que de costumbre, y cuando llegó la hora de irse a la cama, todos querían ser *sheriffs*.
Sam Hollins se fumó uno de los puros que lo ofreció Mortimer y juraba que aquella fiesta le hacía olvidar el tremendo coscorrón que le habían dado en el Banco. Curly Fenton vino a la reunión con su joven esposa. La madre de Pete estaba allí también, aunque se pasó la mayor parte del tiempo ayudando a la señora de Swain en la cocina.
-Si no le hubiéramos tenido a usted de sheriff, esta casa no estaría ahora tan alegre. Usted y sus comisarios, no sólo han capturado a los criminales, sino que han restituido su nombre y su buena fama a un hombre honrado.

Pete, perplejo y cohibido, no sabía contestar al banquero otra cosa:
-Sí, claro.
-Es algo más que “sí, claro” –interpuso Olin Swain-, y ahora que he heredado una fortuna, he dedicado una buena cantidad para recompensarte a ti, “Miserias” y a Teeny Butler.
-No -exclamó Pete-. Nosotros no hacemos más que cumplir con nuestro deber. Nosotros no aceptamos recompensas. No falta gente en Quebrada del Buitre a quien ese dinero le vendría muy bien.
A unas cuantas millas de distancia, tal vez los bandidos seguían haciendo de las suyas. Tal vez las pistolas y los rifles cantaban su mensaje de muerte, pero no cabía duda que en aquel hogar reinaba la alegría, la amistad y la paz.
¡Pete Rice y sus ayudantes habían cumplido con su trabajo!
¡Pete Rice y sus compañeros volverían!
¡Habían triunfado!

FIN